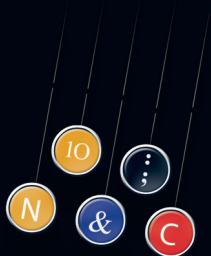


GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ

DE CÓMO JOHNNY EL LEPROSO SE ANTICIPÓ A LA MUERTE



X CONCURSO NACIONAL
DE NOVELA Y CUENTO

Cultura



CAMARA DE COMERCIO®
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA



DE CÓMO JOHNNY EL LEPROSO SE ANTICIPÓ A LA MUERTE

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ

{ ganador cuento }

DE CÓMO
JOHNY EL LEPROSO
SE ANTICIPÓ
A LA MUERTE

DE CÓMO JOHNY EL LEPROSO SE ANTICIPÓ A LA MUERTE

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ

Ganador categoría Cuento
X Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

© **Gustavo Adolfo López Ramírez**
© **Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia**
ISBN: 978-958-99131-2-3

López Ramírez, Gustavo Adolfo
De cómo Johny el leproso se anticipó a la muerte / Gustavo Adolfo López Ramírez
1 ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2011.
152 p.; 21 cm

Ganador categoría Cuento
X Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

Primera edición: noviembre de 2011

Coordinación editorial: Dirección de Comunicaciones
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
Diseño y Diagramación: Taller de Edición S.A.
Impresión y terminación: Multimpresos S.A.

1. CUENTO COLOMBIANO. Título.

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito,
sin la autorización escrita de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

Para Diego

CONTENIDO

De cómo Johny el leproso se anticipó a la muerte	11
La Kenworth	37
La vida que nos merecemos	49
Carta de amor final con anacronismos	63
Los efectos anestésicos del whisky	71
Compañía de teléfonos	87
La rodilla esquizofrénica	99
Amores de pantano: Paul Carroña y Virginia Pus	115
Los huesos de la Paloma	121
¿Por qué me abandonaste Isabel Sarli?	141



**DE CÓMO
JOHNY EL LEPROSO
SE ANTICIPÓ A LA MUERTE**



SOACHA

Amaneció.

Hacía frío y caía una lluvia menuda. No se disolvía del todo la niebla en Morrogacho, una vereda despeñada sobre el filo occidental de Manizales, y apenas si se entreveía el carro amarillo y el grupo de gente a su alrededor, a saber, tres policías, dos auxiliares de la Fiscalía, el inspector Benigno Soacha, una señora con el mantón de ir a misa de seis que desgranaba un rosario entre las manos y un ciclista cuarentón que fumaba sin afán al otro lado de la calle esperando que algo de verdad sucediera. El carro, un taxi Renault 12 modelo 90, estaba al pie de la cuneta en una callecita estrecha que terminaba en un muro no muy alto. Abajo del muro había un espeso matalotaje de cañabrava, helechos y ojo de poeta. Dentro del carro yacía un hombre ligeramente inclinado a la derecha con los pies rígidos en el suelo al lado de los pedales. Ya era cadáver y estaba lívido. Una estría marrón y apergaminada circundaba el cuello, la lengua colgaba cárdena y la dentadura de artificio rebasaba los labios violáceos. Tenía un saco gris, unos pantalones negros de terlenka y la camisa blanca era de un dril ordinario. No llevaba reloj ni anillo alguno y del bolsillo de la camisa sobresalía una billetera con un par de billetes de colección de un peso, un dólar de la suerte y una cédula de ciudadanía a nombre de Rolando Airó nacido el 10 de abril de 1940 en Bolombolo, una imagen del Señor de los Milagros y una tarjeta ajada y sucia que decía



Profesor Aristóteles Lucumí Balanta

Mentalista

Plantas medicinales del Atrato y Baudó.
Iridólogo, runas, tarot.
Enfermedades secretas de la mujer y del hombre.
Vuelvo al ser querido.
Contra para el mal de ojo.

Cra 23 Número 28-14 Manizales. Teléfono 829111

El inspector Soacha guardó la tarjeta en el bolsillo derecho de su impermeable gris y sin mucho afán revisó el interior del taxi, abrió la guantera, volvió a revisar los bolsillos del muerto, barrió con las manos enfundadas en guantes de látex el piso debajo de los asientos delanteros, encontró algunas colillas, una botella de aguardiente vacía y una caja de fósforos, las guardó en bolsas de plástico, se las entregó a un auxiliar vestido de overol negro y finalmente se unió a los policías que a un lado charlaban, fumaban y mantenían a raya a otros curiosos que comenzaban a llegar al sitio del crimen. Llamó al auxiliar de la Fiscalía: “¡Celedón!”.

–Mande el inspector –dijo el otro mientras Soacha se le acercaba.

–Qué dijeron.

–Que ya viene la fiscalía a hacer el levantamiento.

–Entonces vaya mientras tanto y me consigue un tinto oscuro. ¡Ah!, y acuérdesese, sin azúcar.

Soacha era un hombre de unos cuarenta y cinco años, macizo aunque bajo de estatura, de pelo indio y bigote fino y cuidado, pómulos amplios y acarminados como los paramunos raizales, solterón y burócrata apacentado; hacía muchos años que trabajaba en la administración de justicia y había aprendido de su ritualidad prolija el método de rumiar sin afán cada caso para llegar a la médula de los móviles, la ocasión y los medios, lo que se avenía de manera precisa con su índole contenida. Le trajeron el pocillo de café tal y como le gustaba: negro, cargado y amargo, y lo tomó lentamente, dejando que el calor fundiera el tueste y la acidez se regara por toda la boca, mientras sus ojos nadaban sobre el horizonte



de niebla y sólo cuando acabó pareció emerger de la nada y recuperar su habitual carnadura. Miró el pocillo vacío y lo devolvió de malagana. Ya había llegado la gente de la Fiscalía para hacer el levantamiento y mientras tanto Soacha se había recostado contra el carro oficial en que había llegado mirando con aire ausente el taxi empapado y quieto, la metálica mortaja de aquel pobre diablo que había sido su chofer. Pero aquel aire no podía ocultar que había tomado el camino pedregoso de sus propias suposiciones y sabía que lo primero que haría para desenmadejar aquel caso sería visitar al tal profesor Lucumí. O acaso, pensaba, ¿no son los magos los que pueden predecir y tal vez precipitar las cosas antes de que sucedan? En esas llegó una mujer muy joven y resuelta con el pelo negro recién bañado, era la fiscal:

—Quihubo, Soacha, no me diga, ¿otro taxista estrangulado?, lo de siempre, ¿no?, móviles y responsables en averiguación. Qué mierda.

—Ajá.

ARISTÓTELES LUCUMÍ

Era lunes y ya habían pasado dos días. Soacha llegó hasta el consultorio del profesor Aristóteles Lucumí, en el segundo piso de una vieja casona de intención republicana venida a menos, en pleno centro de la ciudad, al que se llegaba por unas escaleras empinadas y quejumbrosas, embreadas en un aire denso de plumas mojadas y asadura de pollo. Antes de llegar al consultorio del mentalista pasó por una dentistería, la oficina de un abogado y un *sex-shop* de vidrios oscuros. Afuera del consultorio había una banca de madera donde esperaban tres personas enfundadas en la atmósfera incierta del desamparo. Tocó la puerta y desde adentro una voz de raso grueso lo hizo pasar. Entró en el cuarto a media luz arrastrado por el aroma dulzón del palosanto quemado. Cuando menos lo pensó se sintió agarrado por unas manos negras y suaves.

—¿Usted es el inspector? Mucho gusto, yo soy el profesor Aristóteles Lucumí Balanta. Siéntese. ¿Le provoca un cafecito? Con este aguacero le va a venir muy bien. O mejor un ron, ¿qué dice?, y sacó del escritorio



de madera una botella de ron, sirvió para sí un trago y luego otro al inspector. Soacha aún no decía nada. Miraba el cuarto en penumbra intentando reconocer las cosas que bailaban en la entreluz. Había cuadros, cachivaches de porcelana, fotografías, diplomas varios, cirios a medio consumir, una pequeña biblioteca con libros de magia, de medicina, un vademécum, la colección de obras de Paracelso de editorial Diana, una mata de ruda en un rincón, una penca de sábila detrás de la puerta, un pajarraco disecado y, colgada de un gancho, una capa de fantasía de terciopelo rojo y bisutería. Aristóteles Lucumí era un negro redondo y lleno por todas partes, de risa fácil y manos inquietas de prestidigitador. Pasado el primer momento, el inspector Soacha lo abordó:

–Agradable su oficina. Aquí no se siente frío. Bueno, veamos, hace unos días me tocó reconocer un cadáver que tenía una tarjeta suya.

Miraba el ron, indeciso. Lucumí se dio cuenta de su timidez y se tomó el primer trago de un brinco. Soacha lo siguió ceremoniosamente.

–Este señor, le decía, tenía una tarjeta suya.

Sacó la tarjeta de su saco gris y le señaló a Lucumí lo que estaba escrito detrás. Con una letra pareja y cuidada alguien había apuntado un nombre, un título, Oncólogo, una ciudad, Pereira, y un número de teléfono. Después: “decir que va de parte mía”.

–¿Esto lo escribió usted?

Lucumí tomó la tarjeta, la estudió por un lado y otro, una y otra vez, reconoció su letra cuidada de caligrafía Palmer y se echó hacia atrás en su silla de cuero.

–Sí..., creo que sí, permítame su educación que me recuerde.

–Perdón por la pregunta, ¿qué es un oncólogo? –inquirió el inspector.

El profesor dudó un momento. Tomó aire y comenzó a dar muestras de su prosopopeya de oficio:

–Esa es una historia larga, una odisea negra –dijo y, decidido, sirvió más ron–. Lo que voy a referirle poca gente lo sabe, pero conozco como nadie el alma de los hombres y usted secreta un humor que da confianza, inspector. De todos modos, esto quedará entrambos. Verá. Yo tuve como mi *alma mater* a la Universidad Nacional de Colombia, exactamente la Facultad de Medicina. Ocho semestres bebí en las fuentes de la anato-



mía, la fisiología y el saber hipocrático. –De pronto, su voz adquirió una tonalidad más grave, de bajo ruso– ¿puede creer eso? Este negro se mató estudiando medicina en Bogotá, ¿para qué? –Se bebió el ron con rabia.

–Mi señor padre –ahora el tono evocaba el Atrato profundo– era un tinterillo de Quibdó, grande como yo, porte de príncipe y magna dotación de miembro. Tenía tres mujeres que eran las huries de su harrem tropical, las cuales, a su vez, le dieron dieciséis vástagos a los que debía mantener con lo que apenas se ganaba, y bien poquito que era... –Soacha carraspeó y el profesor pareció entender por aquel gesto que el inspector padecía un ataque de premura, aunque continuó, irrefrenable–:

–¿En qué íbamos? ¡Ah!, sí, bueno, al fin de cuentas, cuando mi papá murió de una pancreatitis, porque qué dipsómano consumado era aquel hombre, ¿sabe?, se podía pasar las fiestas de San Pacho como nuestro padre Noé... perdone, esteee, cuando se murió yo abandoné el solar paterno y me fui para Bogotá a estudiar medicina, pues en ello cifraba mi pasión, yo soñaba tener una bata, un estetoscopio y un anillo con un caduceo. Al fin pude emprender ese periplo gracias a un congresista del Chocó a quien mi papá le había hecho ciertos favores electorales, usted me entiende. Lo cierto es que para sostenerme me tocó trabajar en una de esas clínicas clandestinas, donde se alivia a las mujeres de la semilla del pecado supremo, el del amor. No sé si he sido claro.

Soacha asintió con resignación.

–Una vez, una mujer se complicó, se le perforó el útero, hizo una peritonitis y murió. Allanaron la clínica, me detuvieron, me echaron de la facultad y fui a dar con mis huesos a la cárcel. ¿Se da cuenta, inspector? Yo era Orfeo en los infiernos, un Orfeo negro al fin de cuentas. Al salir de la gayola me tocó hacer de todo lo divino y lo humano para garantizar mi subsistencia. He vendido vermífugos en los pueblitos, he hecho consultas en farmacias de media petaca, he fabricado remedios para la caída del cabello, me he inventado pócmias para la impotencia. En últimas vine a dar acá y me quedé porque desde siempre me ha gustado la oratoria y esta ciudad está llena de esos orífices de la palabra, tribunos elocuentísimos que no dudarían en sacrificar un mundo con tal de amonedar una frase eterna.



—¿Y qué hay del, cómo se dice, oncólogo?

—Ése era mi mejor amigo en la facultad, trabajó un tiempo conmigo en la clínica. Se retiró a tiempo. Se salvó por un pelo.

—Pero no me ha dicho qué es un oncólogo —insistió Soacha, con paciencia suma.

—Un especialista en cáncer. Verá inspector. ¿Otro ronquito? Ese hombre del que usted me habla, ¿cómo se llamaba?

—Rolando Airó.

—¡Ah!, Rolando, como Rolando Furioso, ajá, claro, ese hombre estuvo aquí, no recuerdo muy bien cuándo pero sí, que no más verlo y oírlo, no di crédito a esa historia de que estaba embrujado, que una mujer le había hecho un maleficio y que por eso se estaba secando, que perdía peso, que le habían hecho crecer un sapo en el estómago y que por eso se la pasaba vomitando, que no dormía. ¿Sabe qué inspector? A mí me habrán echado de la facultad, cualquiera podrá dudar de mis artes alquímicas y de mi saber arcano, pero en cuanto a mi pericia clínica, muy pocos se atreven a hacer aspaviento. Yo era uno de los mejores estudiantes en mi grupo de semiología clínica.

Antes de que Soacha dijera algo, Lucumí había adivinado su gesto de ignorancia y dijo como si estuviera recitando un libro de medicina interna:

—La semiología es el arte y la ciencia de los signos y los síntomas de los pacientes, que permite pergeñar un diagnóstico. Y, ¿sabe qué? Ese hombre tenía una enfermedad mortal. Créame. El que lo mató se anticipó a la Parca por unos meses.

Soacha levantó las cejas con cierto asombro. Volvió a hurgar en el saco y le extendió a Lucumí un documento doblado en tres a lo ancho.

—Si tiene tiempo, ¿le podría dar una mirada a estos papeles?

El profesor tomó aquellas hojas y las miró con interés profesional. Las acercó a sus ojos abotagados y leyó en voz alta el encabezado: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Sección Tanatología Forense. Volcó los ojos intrigados sobre Soacha y le dijo:

—Así que tenemos autopsia.

El inspector asintió mientras se movía en el asiento. Lucumí volteó a mirar el reloj en su muñeca, se levantó, abrió la puerta del consultorio



y citó a los pacientes para otro día. Soacha sintió remordimiento, vergüenza ajena por las dudas no disipadas, por la esperanza de una contra desvanecida que ahora volvía con el rabo entre las piernas, por todo ese tiempo perdido aguantando el miasma del pollo asado pegándose a las junturas, por la lluvia que los esperaba afuera.

Lucumí volvió al escritorio, se paró a un lado y sirvió otra tanda de ron y exfolió el documento mientras Soacha husmeaba los libros. El profesor abrió la ventana que daba a la calle, tomó un sorbo de ron y se sumergió en la descripción metódica y sin alma de un cadáver de papel, buscando reconocer por dentro lo que él ya había entrevisto por fuera. Leyó despacioso como ensayando una presentación destinada a la academia. De vez en cuando se detenía para aclarar las dudas del inspector.

—En resumidas cuentas, estamos frente a un sujeto de alrededor de sesenta años, de contextura delgada, aquejado de una incipiente caquexia que presenta escoriaciones y equimosis alrededor del cuello provocadas por estrangulamiento, corroborado por la congestión de la laringe, las cuerdas vocales, amén del edema y la hemorragia de los pulmones y la congestión en la región occipital del cerebro. Sin embargo, cuando se revisó el estómago se halló una lesión maligna, un cáncer muy infiltrativo que ya había hecho metástasis a pulmones y a hígado. Ahora bien, inspector, quiero que escuche con harto cuidado lo que sigue: “de acuerdo a las tablas de expectativa de vida del DANE y a los hallazgos patológicos presentes en el cadáver se puede establecer una expectativa de vida de entre tres y seis meses”.

Lucumí irguió la cabeza celebrando sus aciertos, ratificando ante sí su pericia diagnóstica. Envanecido, miró al inspector.

—Entre tres y seis meses, se lo dije, se lo dije, este hombre tenía los días contados, inspector.

—Exactamente, sí señor —respondió Soacha, acompañando con la mirada los movimientos exaltados del mentalista.

—¿Qué sigue ahora, profesor? —se atrevió a preguntar Soacha.

—La semiología nos dirá que faltan tres preguntas por hacer, inspector, la primera es: quién; la segunda: por qué. —Se detuvo mirando a su interlocutor, esperando que le hiciera la inevitable pregunta—:



—¿Y la tercera? —preguntó Soacha mirándolo fijamente.
—¿Quiere tomarse otro ron? —respondió Lucumí, carcajeando.

VLADIMIRO DE LA ROSA

El inspector seguía el rastro del difunto por toda la ciudad. Ahora estaba en un café de poca monta, cerca de la terminal de taxis, sentado con un hombre de unos sesenta años, sanguíneo, de manos grandes y rugosas, de movimientos medidos tal y como sus gestos y los del inspector y como él, de estirpe montuna. Se llamaba Vladimiro de la Rosa, era taxista y el mejor amigo, mejor dicho, el único que había tenido Rolando Airó. Trabajó con él más de veinte años y parecía conocerlo bien por dentro y por fuera. Hablaba con el alma de aquellos últimos meses y de cómo Rolando cambió por completo sus rituales precisos de hombre predecible, como si una fatiga, como si un malestar que creciera desde dentro se lo ordenara. Había, además, porque cómo no verlo, el declive de su aspecto, esa palidez de foto vieja que le rondaba la cara, y lo decía y medía cada palabra con precisión de escuadra y en cada una se sentía una densidad de tristeza antigua que conmovió al inspector:

—Algo vino a pasarle de un tiempo para acá que no me explico ni yo ni nadie, sumercé. Encima de que se estaba poniendo seco como un rejo, cambiaba así no más de carácter de un día para otro, que no sabíamos para dónde iba todo aquello: lo primero fue que no más comenzó a llegar tarde, como aposta, cuando antes era el primero en llegar en la mañana; cambió el agua de panela con queso por avena con pandebonos; a veces se portaba como siempre había sido, una ostra huraña y distante, que ni así le dieran el oro y el moro dejaba a nadie atisbar dentro de su pellejo y en otras venía de lo más charlatán y conversador. Me dijo —pasaba un sorbo largo de cerveza sin espuma y volvía a quedar en silencio un rato— que iba a vender el carro y que le dedicaría todo el tiempo a las tres hijas de su alma, a su esposa y a jugar al ajedrez en el Capablanca y cuando intenté preguntarle quién se lo iba a comprar volvió a ser el de antes, evasivo y de meras palabras. Tampoco entonces



me atreví a preguntarle, aunque me picaba la lengua, que desde cuándo acá esa acabadez, ese desánimo, esas ganas como de echarse a rodar por un barranco, pero sabía que ni siquiera a mí me iba a soltar prenda y eso que yo lo conocía desde antes, pero dígame, quién conoce a nadie, ¿ah? Muy poco sabíamos de él, inspector, pero a mí, una vez, un taxista boyacense me contó que lo había conocido cuando ambos trabajaban haciéndole vueltas a don Carranza en las minas de Muzo y que por ese tiempo el Rolando embarazó a una mujer que a su vez era la moza de un esmeraldero y que tuvo que salir corriendo de allí, porque el esmeraldero lo mandó matar y don Carranza, que de verdad lo quería como a un hijo, lo ayudó a volarse y desde entonces era el único que sabía dónde se topaba el Rolando.

El inspector sabía muy bien quién era el tal don Carranza, un viejo patrón de la zona esmeraldífera de Boyacá, amo de tierras, de minas y de vidas, que aparecía y desaparecía, moría y resucitaba, armaba guerras y después las desbarataba, padre legal y putativo de cientos de hijos en toda la región. Pero, y el hijo de Airó, ¿qué pudo pasar con el hijo?

—Ay, doctor, resulta que una vez que don Carranza estuvo a punto de morir en una balacera, llamó a la Negra, que era como le decían a la mujer que se había embarazado del Rolando, le dio las señas de para dónde había mandado a su entenado y le ordenó que se fuera, que lo buscara, que el hombre merecía conocer su pinta, que se lo llevara, y pasó que Airó, que ya estaba mayor y había asentado cabeza, se olvidó por completo de aquella mujer pero no del hijo que le había dejado encargado en su barriga y que se apegó de aquel muchacho, a pesar de lo fea y picada que tenía la cara, pero a la mujer ni la determinó y ella, que también era fea pero además estaba vieja y malacarosa, se fue para donde un brujo y le encargó hacerle magia negra y le llevó una foto del Rolando y la vieja repetía, que si no es para mí que no sea para nadie y que por obra de ese maleficio el pobre comenzó a ir de para atrás, se comenzó a secar sin que hubiera brujo que le pudiera recetar la contra y que si no es porque lo matan, el hombre hubiera terminado como un muñeco disecado.

Hubo un silencio largo en el que sólo se oía una canción campirana como un fondo luctuoso.



—Dígame una cosa, señor Vladimiro, ¿de modo que el hijo de Rolando estuvo, o está aquí en Manizales?

El taxista pareció incómodo y contestó a medias:

—Debió estar pero quién sabe, yo no sé, yo no lo conozco, si ni siquiera lo distingo.

CORTÁZAR

Al mediodía siguiente de haber conocido al mentalista chocoano, Soacha llegó al restaurante donde siempre almorzaba. Entró empapado, se quitó el impermeable gris y se lo alargó al mesero. Éste fue hasta el fondo del local, corrió una cortina de plástico y desapareció. Al momento volvió con una taza de café caliente, oscuro y sin azúcar. Cuando estaba terminando el café apareció Salvador Cortázar, un poeta metido a periodista, mejor periodista que poeta, dueño de unos lentes gruesos de miope frailuno que arrastraba el gesto irremediable de los poetas de verdad, pero contrario a su aspecto desamparado y pacífico, era el único hombre con cojones en aquella ciudad para fustigar a los políticos locales por sus mañas de caciques sin hígados, sus mentiras adobadas con un lenguaje vacuo y sinuoso, y los llamaba sin remilgos: “mesnada de caciquillos grecocattureros, robagallinas angurriosos hijos de la mala madre”. Adolecía además de un sentido de la justicia insoslayable, irredimible e incómodo para todos en aquella provincia cerrada y condescendiente. Por eso estaba amenazado de muerte y por eso no confiaba más que en un círculo reducido de personas, entre ellas Benigno Soacha, otro crédulo de algo lejano pero probable llamado justicia.

Apareció cuando el inspector había comenzado a ver las noticias y miraba, después de los titulares, a una modelo de cerveza con vestido de baño minúsculo, poniendo de lado la redonda geometría de su culo perfecto en una playa lejana donde siempre era de día, donde siempre había sol y donde siempre la sed se calmaba con una cerveza Águila bien fría; donde las noticias se debían contar sin resaltos, con una cadencia atemperada, como si el mundo fuera caminando sin afán por una playa larga y



plana y no cuesta abajo en su rodada. Cortázar saludó antes de sentarse, con esas fórmulas de uso en Colombia, donde se pregunta de todo sin esperar la respuesta y la respuesta es otra lista de preguntas ídem:

—Quiubo, inspector, ¿cómo está, cómo le ha ido?

—Bien, y usted, ¿qué ha hecho, qué hay de nuevo?

—Todo bien, gracias, ¿qué más?

Soacha pidió lo mismo que Cortázar, un caldo espeso y primigenio de frijoles blancos y alongados, sobre el que flotaban ojos de grasa y trozos de piel inflada de patas de cerdo en su aroma ahumado y su textura de cartílago, ni muy dura ni muy blanda, justo lo suficiente como para dejar que se fuera deshaciendo entre los dientes y el paladar. No hablaban durante la comida, sólo masticaban y se abandonaban a un placer rumiante, sin conciencia, sin contaminación, sin mundo.

Al final del almuerzo, mientras tomaban café y fumaban, a Cortázar se le fue el aire plácido y sin más le dijo al inspector:

—Necesito su ayuda.

—Usted, ¿necesita mi ayuda? No puede ser. Cuente.

—¿Recuerda que hace como quince días una camioneta de la Asamblea se fue al río Cauca?

—Sí, claro —respondió el inspector—. Fue como una parodia de la ópera del mondongo, porque, un día después del accidente, apareció el mismísimo secretario de la Asamblea con el brazo entablillado, cuatro costillas rotas y un vendaje en la cabeza, a poner un denuncia por el robo de la camioneta, ocurrido dizque dos días antes.

—Exacto —respondió Cortázar—. ¿Qué más sabe?

—Que la camioneta apareció abandonada, que no se encontraron huellas de los posibles ladrones y que, en últimas, todo el mundo estaba seguro de que el secretario de la Asamblea había fingido el robo de la camioneta para encubrir que llevaba el carro lleno de putas y que andaba de puro crápula en una farra de dos días.

—Bueno, prepárese para lo que sigue —dijo Cortázar con aire triunfal aunque seguía conteniendo la voz—. Después del accidente, ingresaron al Hospital de la Beneficencia dos muchachos remitidos de Santa Bárbara. La noticia que nos llegó al periódico decía que venían de Medellín



haciendo autostop y que, al parecer, fueron atropellados por un carro que huyó dejándolos tirados en la carretera. Uno de ellos, el más joven, tenía una contusión cerebral y el otro una fractura del brazo y algunos rasguños menores. Esta mañana me llamó al periódico un médico del servicio de urgencias y me citó en el hospital. Allí me mostró a los dos muchachos que resultaron siendo hermanos, aunque en la nota de remisión aparecían con apellidos distintos. El médico me contó que el mayor, que apenas si llega a los 17 años, andaba bastante desesperado y, aunque desconfiado porque, con razón, no conocía a nadie aquí, por fin soltó la válvula del remordimiento puesto que, como hermano mayor, se sentía responsable de lo que le pudiera pasar al otro muchacho. Dijo, entre otras, que no eran dos los accidentados sino tres y que no venían haciendo autostop sino que los traían desde Medellín en una camioneta Toyota, igual a la de la Asamblea reportada como robada, y que adelante iban el conductor, un fulano que había ido a Medellín a contratar sicarios y el secretario de la Asamblea, y que el objetivo del viaje a Manizales era matar a un poeta periodista que no dejaba prosperar ciertos negocios, crear una escuela de sicarios y adiestrar matones para luego fundar una oficina de cobro, es decir, una agencia de empleos para bandidos que sirviera a los políticos y mafiosos locales para amedrentar, cobrar coimas y eliminar enemigos, es decir, hacer el trabajo sucio.

Soacha miraba fijamente a Cortázar y no se alcanzaba a explicar por qué contaba aquella historia de manera tan animada, como si estuviera bosquejando las ideas para un guion y no haciendo la descripción minuciosa de la urdimbre tejida para acallarlo. Incluso alcanzó a ver sobre su cabeza una nube sombría y fatal. Cortázar no reparó en la mirada luctuosa del inspector y continuó emocionado su relato:

—Cuando salieron de Medellín, los hombres de adelante armaron su propia fiesta, con trago, perico y un par de fufurufas que recogieron en Envigado. Si se acababa el aguardiente pues paraban y compraban más, para eso tenían una tarjeta de crédito de la Asamblea. Se les vino la noche un poco más adelante de Santa Bárbara y de pronto, en una curva, el carro derrapó y se fue directo al río Cauca. Suerte que no había un abismo muy profundo, porque se hubieran matado los siete, pero sólo hubo un muerto.



—¿Un muerto? —preguntó el inspector, cada vez más intrigado y envarado en su ignorancia de las minucias criminales, de las que debía estar al tanto—. ¿Y dónde está?

—Enterrado como NN en La Pintada —respondió Cortázar fríamente.

—Y luego, ¿qué pasó?

—Al rato llegaron varios carros con unos tipejos con aspecto de matones y sacaron a esta gente del río y comenzaron a increpar al secretario y al chofer y, según me contó el muchacho, estaban bien furiosos y se mantenían en contacto con alguien al que llamaban El Señor. Que lo que diga El Señor, que El Señor está muy bravo, que cómo hijueputas les dio por beber, que qué dijo El Señor y así. Sin embargo, a todas estas, una sola vez, llamaron a El Señor por su nombre. ¿Sabe cuál es? —preguntó Cortázar con una cierta sonrisa cómplice.

—Claro —respondió Soacha, camina como pato, grazna como pato.

—Ajá —dijo triunfal Cortázar—, don Olimpo Arcila.

Olimpo Arcila era un cacique de provincias que había arrastrado a duras penas cinco años de primaria, pero siempre había mostrado una índole pragmática y avisada para los negocios y brutal y sin escrúpulos para la política, que había ascendido haciendo mandados, primero a los jefes políticos de la zona, reclutando votos a cambio de mercados y tejas de zinc entre la pobrería y, luego, cuando tuvo suficientes votos y una re-cua de capataces que hacían fila para seguir sus pasos accedió a la Asamblea. En varios años, con paciencia y sin escrúpulos, logró convertirse en el principal líder político de la región. Controlaba al gobernador, a los alcaldes, a los secretarios del despacho, a los secretarios de los secretarios y mantenía sin piedad a raya a sus enemigos. Cortázar era por ahora el más empecinado aunque éste nunca había podido probarle nada, ni el robo de las arcas del departamento, ni las comisiones que cobraba por los contratos, ni un par de muertes ordenadas por don Olimpo, nada, hasta ahora que parecía tener una causa consistente.

El inspector se rascó la cabeza y miró preocupado al periodista:

—¿Y cómo va a esconder a ese muchacho?

—Usted, inspector, lo tiene que esconder. Es usted o nadie.

Cortázar parecía haber agotado su adrenalina. Ahora lucía preocu-



pado y la nube negra que había entrevisto Soacha le nimbaba la cabeza.

El inspector juntó las manos y apoyó la barbilla en ellas. Sopesaba sus posibilidades.

–Bueno. Hay un conocido que tiene cierto negocio y nos podría ayudar a esconderlo donde nadie sospeche. ¿Y qué hacemos con el otro muchacho?

–Descuide, inspector. Todavía está inconsciente y el médico amigo lo mandó para la unidad de cuidados intensivos. Ese muchacho no sale de allí hasta que podamos denunciar a don Olimpo y la Fiscalía venga de Bogotá y nos garantice custodia permanente para los hermanos.

–Dígame una cosa, Cortázar –dijo Soacha sitiado por una preocupación creciente–, ¿por qué diablos se mete en estos líos? ¿A quién le interesan? La corrupción es lo que mantiene unido a este país. El día en que se acabe la corrupción este país se disolverá en su sinsentido. Dedíquese a escribir poemas. Tampoco sirven para nada, pero por lo menos entretienen.

Cortázar ensayó una sonrisa que fue apenas una mueca de ironía. Lo pensó un momento y le dijo al inspector, ya sin tener que embozar la voz:

–¿Sabe qué es la justicia poética, inspector?

–No, señor, el poeta es usted.

–Hubo cierto poeta inglés del siglo XVII que creyó que a pesar de que la justicia y la verdad no siempre son posibles en el mundo real, la poesía está hecha para enmendar los errores del poder y la maldad. La poesía, inspector, es superior a la historia, puesto que nos permite creer en el mundo tal y como debería ser o como queremos que sea, no como realmente es. Si no logro que este bandido pague por lo que ha hecho, algún día, alguien, por alguna razón subterránea enmendará el error, de un modo fáctico o retórico. Con eso me basta.

LUCUMÍ

A la mañana siguiente el inspector salió muy temprano de su casa. Iba adonde Lucumí. Al pie de la catedral se bajó del bus, caminó las dos cuadras que lo separaban del consultorio del profesor.



La puerta de la casona estaba cerrada y Soacha debió tocar un timbre con la tarjeta del profesor pegada a un lado. Por el citófono, la voz inconfundible del profesor lo recibió:

–Sí, ¿qué desea?

–Profesor Aristóteles, soy el inspector Benigno Soacha, ¿me puede atender un momento?

–Claro, illustre amigo, para la ley nunca es muy tarde ni muy temprano, suba no más.

Soacha subió las escaleras, atravesó el corredor deshabitado y llegó hasta la puerta del consultorio del famoso mentalista. Éste lo esperaba en la puerta de su oficina en una bata de seda verde, recién bañado y circuido por el olor del pino silvestre. El inspector lo miró, desconcertado:

–¿Usted vive aquí?

–*Of course, my dear* –respondió el profesor y lo llevó a través de la oficina en penumbras hacia una puerta abierta que daba a un cuarto en el que había una sala, al fondo una cama grande con un testero de madera de apariencia rococó y al lado una pequeña cocina franqueada por una barra con dos sillas altas.

–No me imaginé que fuera soltero –apenas se atrevió a conjeturar Soacha.

–No, no inspector, soy felizmente separado. Mi mujer se fue hace unos años y se llevó a los dos niños para Medellín. Pero claro, pretendientes no me faltan.

–Le pido que me disculpe por haberlo molestado a esta hora, pero tengo un asunto muy importante que tratar con usted –dijo el inspector mientras buscaba una silla.

–Esta humilde morada está siempre abierta para los amigos. Acomódese mientras hago café.

Había una grabadora y sonaba una clase de inglés de Linguaphone: *This is my friend Alfredo. He comes from Argentina.*

Lucumí puso la grabadora en pausa. Le gustaba que la gente supiera que estudiaba inglés.

–¿Sabe, inspector?, me encantan las lenguas. Estoy en un proyecto de hacer un gran poema épico en inglés sobre nuestra herencia negra. Por



ahora sólo tengo una pequeña estrofa, ¿la quiere oír?:

*I have a dream
Said Martin Luther King
But, because I'm only Lucumí
I say: I have a drink!*

Soltó una carcajada que el inspector sólo pudo acompañar con una de esas risas sociales que aconseja la urbanidad de Carreño, porque no entendía y porque lo que venía a decir lo traía de veras preocupado. Iba a hablar, cuando el profesor, siempre de buen ánimo, lo invitó con un gesto de sus manazas:

—Pero venga, hagamos café que a estas horas sin café no soy persona, ¿le provoca uno?, ¿qué tal si lo envenenamos con un traguito de ron, eh?

Después de pensarlo un minuto, Soacha se levantó y fue a la cocina, se paró al lado de Lucumí y comenzó a hablar:

—En realidad, venía a pedirle un favor. Yo sé que esto le puede parecer una impertinencia, pero creo que yo también sé reconocer a una persona honesta con sólo tratarla y usted me parece un tipo, es decir, una persona en quien se puede confiar.

El profesor puso el agua a hervir, tomó de un estante un tarro con café y, de improviso, se detuvo, levantó los ojos y volteó a mirar a Soacha:

—Me siento complacido y honrado, inspector, de que confíe en mí. Haré lo que sea necesario para aquilatar esta amistad.

—Necesito proteger un testigo muy valioso y creo que este es un lugar seguro, en donde nadie sospecharía hallarlo. Le quedaría muy agradecido si usted le da posada por algunos días y le ruego me excuse de explicarle de qué se trata, no porque no crea que usted no merezca saberlo, sino por su propia seguridad, créame.

Lucumí ladeó la cabeza un tanto decepcionado por no poder saber en qué clase de intriga se involucraba, pero de todos modos se notaba satisfecho de que se le tuviera en cuenta de manera tan notoria. Comenzó a poner dos cucharadas grandes de café sobre el filtro de tela, vació concienzudamente el agua, aspiró con fuerza para recibir el vaho intenso



del café recién hecho, trajo una botella de ron del despacho, agregó un par de tragos en cada pocillo, le alargó uno a Soacha, levantó el suyo y dijo con una voz almibarada:

—¡Salud!

JOHNY EL LEPROSO

El inspector sentía que su cabeza se partía entre las tenazas de la resaca. Había llevado la noche pasada a Cortázar al apartamento de Lucumí para que el periodista por fin lo conociera. Es un personaje de opereta, había adelantado Soacha.

Lucumí no los defraudó: habló de lo divino y lo humano en su propia jerga greco-chocoana, declamó, cantó boleros con un dejo de barítono dramático y por último leyó las runas a Cortázar. El profesor insistía en lanzar una y otra vez las piedras, pero con obstinación aparecieron la runa hagalaz, el desgarró y la fechu invertida, lo malogrado. El propio Cortázar se encargó de sobrellevar sus deméritos y consoló a Lucumí:

—En últimas, las runas vikingas no son más que la interpretación acomodada de un hecho aleatorio, como lanzar unos dados siguiendo el teorema bayesiano, digamos. ¿Cuáles son las probabilidades de que teniendo 22 piedras, aparezcan juntas esas dos que usted se obstina en mostrarme como de mala suerte? No se devane los sesos que la suerte está echada y mejor sirvámonos otro ron.

Bebían sin afán pero con ganas porque, de todos modos, a despecho de unos augurios improbables, estas piedras no podían soslayar los hechos que afirmaban otra cosa: habían resguardado al sicario de bigote de lanugo y ojos huidizos en el mismo piso donde ahora se emborrachaban; Cortázar consiguió unas pruebas adicionales contra don Olimpo Arcila y de la Fiscalía General de la Nación le habían prometido enviarle unos investigadores en los días siguientes.

Ahora Soacha, la lengua pastosa, los ojos tumescentes, el aliento de pirata, estaba en su oficina, un cubículo de paredes desconchadas y mohosas, asediado por un arrume de expedientes y legajos, e intentaba en



vano concentrarse en las palabras del detective auxiliar, Celedón, mientras apretaba los índices contra sus sienas tratando de conjurar el dolor.

—Hace como un mes, Rolando Airó le vendió el carro a Vladimiro de la Rosa y éste a su vez se lo traspasó a un tal Johny Samacá. Los trámites se hicieron de un día para otro en la oficina de tránsito en Villamaría. Con el dinero de la venta del carro, Airó pagó lo que debía de la casa y la puso a nombre de la esposa. Cuando fui a la empresa a averiguar por don Vladimiro me dijeron que hace dos días se había ido para Muzo donde tiene unos negocios. Con el que sí pude hablar fue con el muchacho, el que es ahora dueño del carro. Casi no lo consigo porque anda haciendo vueltas a ver si le devuelven el cacharro que lo necesita para trabajar.

—Así que don Vladimiro se fue. Dígame una cosa Celedón, ¿cómo es el tal Samacá ese?

—Flaco, alto y roñoso.

—¿Cómo roñoso? —preguntó el inspector con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido.

—Así como lo oye, con la cara picada, como si le hubiera pasado la peste de viruela toda a él solito por encima.

—¿Viruela? Usted sí es ignorante Celedón, ¿no sabe que la viruela fue erradicada de este país en 1966?

—Bueno, lo cierto es que el hombre tiene una cara siniestra, llena de granos y cráteres. Oiga inspector, no tendrá lepra, ¿o sí? Porque ese tipo si no tiene viruela de seguro que su cara es de leproso.

Soacha no se pudo contener y le dijo, apretando los ojos, impaciente:

—¿Sabe qué Celedón? Deje de hablar maricadas y mejor me consigue un café y un par de aspirinas, ¿sí?

La tarde de aquel jueves, superados los estragos del ron, Soacha buscó en la empresa de taxis a un muchacho con la cara desastrada como la que describió Celedón. Estaba de suerte. Lo encontró sentado, solitario, tomando una cerveza en un café al frente de la terminal de transportes.

—Johny Samacá, supongo.

El muchacho lo miró extrañado, y contestó:

—Depende pa' qué.

—Me voy a sentar y vamos a hablar de su papá.



—¿Quién es usted? —preguntó el hombre de los cráteres, ahora sí alarmado.

Tendría unos 25 años, era flaco, de pelo negro y graso, ojos escurridizos y una cara ostentosa y execrable.

—Mi nombre es Benigno Soacha y estoy a cargo de la investigación del crimen de un taxista llamado Rolando Airó. ¿Lo conocía usted?

—Sí, señor, él manejaba un carro que yo le había comprado a un paisano, don Vladimiro de la Rosa.

Soacha pidió un café doble y Samacá pidió otra cerveza.

—Según lo que yo he podido averiguar, Vladimiro y su papá eran muy amigos desde siempre. Es más, trabajaron juntos en las minas de Muzo y, cuando Rolando tuvo que salir huyendo antes de que lo mataran, don Carranza mandó a Vladimiro con Rolando para que lo cuidara, porque lo quería como a un hijo, es más, era su hijo aunque el apellido de Rolando no fuera Carranza, como su padre, así como el suyo, Johny, no es Airó, sino Samacá como su madre. Los padres no reconocen a los hijos por fuera del matrimonio, ¿no es así?

Johny permanecía callado mirando fijamente la botella.

—El resto de la historia lo conoce mejor usted que yo: su mamá no soportó el desplante de Airó, y dicen que lo mandó embrujar. Pero no, lo que es la vida, el hombre se estaba muriendo él solito. Tenía un cáncer fatal en el estómago. Vladimiro de la Rosa, el Boyaco, se alarmó y le mandó a decir a don Carranza que Airó se iba, así que la orden que vino de Muzo fue comprarle el carro a Rolando, pagar la hipoteca de la casa y ordenó que le entregaran a usted el carro cuando muriera Rolando. Lo que no he podido entender hasta ahora, es por qué usted decidió matarlo, si el carro ya era suyo. ¿Tuvo algo que ver su madre?

Johny intentó levantarse pero Soacha lo detuvo y lo obligó a sentarse.

—A mi madre no la he vuelto a ver desde que se fue para Riosucio. Dicen que está viviendo con el curandero ese.

—Entonces, ¿por qué lo mató?

—¿Quién dice que yo lo maté?

—Las evidencias, Johny, las evidencias.



El inspector sacó del bolsillo de su chaqueta una hoja de fax, la desdobló y leyó sin afán:

–“Johny Samacá, Alias Johny el leproso, entradas y salidas varias de las correccionales de Tunja y El Barne, luego seis años de prisión en Cómbita por homicidio simple, tres más por asalto a mano armada y lesiones personales”, ¿le suena eso?

–¿Esas son sus evidencias?

–¿Qué le parece esto?: matan a un taxista, un buen hombre, de pocos amigos y menos enemigos, fijese, si hasta era ajedrecista, el colmo del adormilamiento. Le vacían la billetera para aparentar un robo. El asesino, que se supone es un profesional, deja rastros por todas partes: bebe de la misma botella de aguardiente de la víctima, no recoge las colillas de cigarrillos que están por todo el carro, deja huellas de zapatos adelante y atrás. Yo pienso que primero estuvo sentado adelante y luego, cuando Airó estaba bien borracho, el asesino se sentó atrás para que le fuera más cómodo ahorcarlo con una cuerda de teléfono, se fumó un par de cigarrillos más, acabó la botella de aguardiente y se fue del lugar del crimen medio borracho y sobrellevando el peso de su remordimiento.

Johny callaba y sólo se dejaba sentir por un leve temblor en los labios. Miraba el fondo de la botella con el mentón clavado en el pecho.

–Sólo que no me explico el porqué. Le doy vueltas y vueltas y no lo entiendo. Dígame Johny, ¿por qué alguien haría algo así?

–Fue idea de él –dijo Johny como en un susurro.

–¿Cómo? –preguntó en voz alta el inspector, sobresaltado.

–Le juro sumercé que yo no quería matarlo, pero él me lo pidió.

El inspector lo miraba fijamente, había en esa mirada, ¿cómo decirlo?, una forma de horror inexplicado.

Johny Samacá alzó la cabeza y comenzó a escudriñar el horizonte de sus recuerdos, no los de aquella noche, sino los de toda su vida.

–Mi madre nunca fue una mujer buena, así que no tuve ni madre ni padre. Don Carranza siempre me hablaba de mi padre y me decía que cuando estuviera mayor y lo mereciera me llevaría donde él. Yo me crié como una alimaña y, como todo el mundo allá en Muzo y Coscuez, sabía que el que no consigue un arma anda solo. Por allá el mejor amigo del



hombre no es el perro, es un buen revólver. Primero fueron pequeños robos, pero después la cosa se fue creciendo y el resto de la historia es como usted lo dice, un robo, luego la cárcel, otro robo y luego la cárcel y así hasta que la vida y la suerte se acaban y lo matan a uno en un tiroteo. Pero un día don Vladimiro me buscó por cielo y tierra y me dijo que me viniera para acá que, así como don Carranza me lo había prometido, conocería a mi papá. Yo me hice mucha ilusión y me juré ser bueno de ahí en adelante y me dije que trabajaría con él y me quebraría el lomo trabajando en lo que resultara. Pero cuando vine, el hombre andaba de lo más desmejorado y luego comenzó a decirme que mi mamá le había puesto un maleficio y que por eso se le estaba yendo la vida. Todo le dolía y la comida le hacía daño, la vomitadera era impresionante y yo ya no sabía qué hacer con él. Hasta pensé en matar a mi mamá y al brujo ese. Pero el Rolando, después de que don Vladimiro habló con don Carranza, me dijo que quería pedirme un favor muy grande y me lo fue explicando de a poquito por días mientras andábamos en el carro. Me dijo que la única solución para sus tormentos era que alguien lo matara, que él no quería darle gusto a la vieja de verlo morir de a poquitos por culpa de ella, que por qué yo no lo mataba, que había muchos taxistas que estaban matando con una cuerda de teléfono y que un taxista más o un taxista menos no importaba, que de seguro no pasaría de una investigación pendeja. Era mi papá de verdad, pero qué hombre tan porfiado inspector. Si siempre que me lo encontraba, me lo rogaba llorando y yo no más me fui haciendo a la idea de que era por piedad. De veras sumercé, como usted lo dice, yo lo maté, pero el remordimiento me comenzó desde antes. Tanta ilusión que me daba tener un padre de a de veras y tuve que matarlo casi sin conocerlo.

Al inspector se le vino entera toda la resaca. Se sintió mareado y comenzó a sudar. Mientras tanto, Johnny se bebió el resto de la cerveza. A pesar de su crispación, Soacha logró atemperarse y pensó, ¿por qué no?, que el asesinato piadoso podría alegarse como atenuante en la condena de aquel hombre ruñido, maculado y excluido. De pronto en su cabeza resonó una pedrada intensa y aguda y apenas si pudo darse vuelta, cuando ya estaba a su lado Celedón, alarmado y pálido, como de muerte:



—¿Dónde se había metido? Llevo un rato buscándolo. Le acaban de disparar a Cortázar. Estaba saliendo de una clase en la universidad y un sicario le disparó en la cabeza. Se lo llevaron para el Hospital de la Beneficencia.

Soacha se hundió en un túnel y apenas oía a lo lejos la voz de Celedón y sentía sus propios latidos, su respiración, su miedo concreto y el mundo lejano e incomprensible. Oyó que Celedón le decía:

—¿Quiere que lo lleve a la universidad para comenzar a recoger pruebas?

Soacha seguía aturdido. De pronto, chasqueó la lengua y se llevó los dedos de la mano derecha contra la frente:

—No, Celedón, váyase usted para la universidad que ya lo alcanzo. Hay algo que debo hacer primero. Pero, antes, póngale las esposas a Johny.

Sin más que oír, ausente ya Celedón, salió con Johny a la calle, paró un taxi y le pidió al taxista que los llevara al centro de la ciudad. A mitad de camino comenzó a llover sin respiro.

Cuando llegaron no había nadie en las bancas de afuera y la puerta estaba a medio abrir. Adentro todo estaba en silencio pero había un naufragio en el ambiente que ambos notaron con sólo entrar. La biblioteca estaba desorganizada y había cosas tiradas por todas partes. El profesor Aristóteles Lucumí estaba sentado, la cabeza posada en el escritorio de caoba mirando hacia un lado y los brazos apoyados sobre la superficie de madera. Tenía un lapicero en la mano izquierda. Un hilo de sangre se coagulaba sobre la sien y no se veían otros tatuajes de pólvora. El inspector palpó el pulso de la carótida. Estaba muerto. Llevó a Johny hasta la habitación del fondo y, luego, saltó por entre el arrume de cosas y buscó la puerta del dormitorio de Lucumí. El sofá en donde había dormido el testigo de Cortázar estaba desorganizado y no había ya nadie en todo el apartamento. Johny Samacá miraba al inspector sin decir ni entender nada.

—Entraron cuando todo el mundo se había ido, tal vez le pidieron una cita y, luego, sin mediar palabra, le dispararon. Después fueron por el muchacho, se lo llevaron, dijo el inspector, ahora parado en mitad de la oficina, frío y distante. Buscó el teléfono y llamó a la estación central de policía. Pidió un grupo para la escena del crimen y preguntó por Cortázar. Había muerto en la sala de cirugía.



Soacha quiso arredrarse, entregarse ante aquella marea maligna, pero desde sí, como un magma, emergió la rabia, una rabia sin palabras, sólo gestos, los labios apretados, la nuez tensa, los ojos húmedos. Era la furia, la bronca, la putería en estado puro; era la madre de todas las iras sentidas y vividas; era un furor atávico; eran todas esas cosas juntas y sus consecuencias infinitas y a la vez eran ellas también por separado y sus declinaciones, atajos y contingencias.

–Venga –le dijo a Samacá, con odio–. Éste pensó que lo iba a matar y a involucrarlo en el caso. Así había sido siempre, ¿por qué ahora no? Antes de que pudiera hacer nada, Soacha, más pequeño que él pero enfurecido y cerril, lo agarró por el cuello y le dijo:

–No sea güevón, Johnny. No le voy a hacer nada. Sólo venga conmigo.

Bajaron por las escaleras de madera. Ya en la calle, el inspector tuvo que subirse las solapas para protegerse del agua. Johnny no traía saco y se empapó al instante.

–Entremos aquí –le ordenó Soacha en la puerta de un viejo cafetín que había enseguida del asadero de pollos–.

El inspector pidió un aguardiente doble. Johnny no quiso nada. Estaba amoscado. Sonaba un tango.

–Mire, Johnny –habló Soacha mientras le quitaba las esposas–. Yo no tengo nada contra usted. El caso apenas está en preliminares y le voy a decir a Celedón que usted se me voló en medio del afán. Yo me encargo de enredar las cosas para que usted, mientras tanto, se vaya, a algún lado, qué sé yo, Ecuador, en fin. Piérdase.

–Pero, inspector, ¿y mi carrito?

–¿No ve que esto es más sórdido de lo que una persona como usted puede entender? Esto no es un asunto de supervivencia, Johnny, es un asunto de poder.

Johnny lo miró un rato, pensando que tal vez si se iba, le aplicarían la ley de fuga. Pero estaba claro que el inspector no representaba una treta policial. Realmente estaba jodido, pero bien jodido. Lentamente se levantó, observando los movimientos de Soacha, y comenzó a caminar evitando darle la espalda. De repente el inspector lo miró a los ojos y le dijo:

–Dígame una cosa, Johnny: ¿usted sabe qué es la justicia poética?

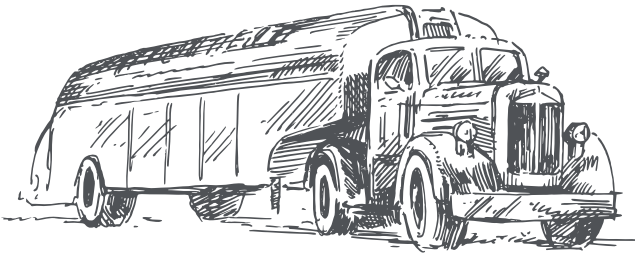


GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ

Johny lo miró asustado y apenas si pudo negar con la cabeza.

–No importa –dijo el inspector como si estuviera solo–, realmente no vale la pena.





LA KENWORTH

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ



Por favor nunca más me vuelvas a llamar la Kenworth. Odio

cuando me llamas por ese apodo vulgar de advenedizas logreras que quieren que el resto del mundo ignore mis múltiples nombres, aquellos que me han dado éxito y renombre aquí y más allá de las fronteras patrias. Porque yo sí he tenido la oportunidad de estar en Venezuela y Ecuador y pronto me verán en Centroamérica, si mi estilo arrasador e inconfundible logra convencer a los miembros del jurado de que, como yo, ninguna. Tampoco se te ocurra llamarme Jon, sin hache, aunque sea el nombre que mi madre me chantó en Caucasia cuando sumergió mi redonda cabecita en la pila bautismal. Esa perra no tenía ingenio para los nombres ni cabeza para la ortografía, y tú lo sabes bien. Se le plantó al notario cuando éste escribió en el libro de registros mi nombre con una hache intermedia y le dijo que con tres letras bastaba. Claro, pero a ella sí había que llamarla con todos sus nombres o, si no, montaba en cólera, Mercedes de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Y eso que no era para nada una santa. Deberían llamarla Doña Bastante a esa ballena culantrona chupapijas. Esa mujer, Mercedes de esto-y-aquello-y-lo-de-más-allá, no podía ver un hombre porque se ponía fuera de sí y comenzaba a parpadear, a suspirar y a revolotear y hasta que no le abriera las piernas al fulano y lo tuviera encima no descansaba. En una de esas un cabo le metió toda la artillería y la preñó de mí y cuando la culipronta fue a reclamarle, el milico la corrió a culatazos y la amenazó, tanto que tuvo que salir corriendo de huida de la tropa, siguiendo el curso del río Magdalena, yendo de pueblo en pueblo, trabajando de doméstica o alimentando marranos hasta que la gorda, que ya estaba peor que ballena vieja y no podía moverse sin que se le fuera el resuello, cogió la cama al



borde de la *eclamsia*, allá en Caucasia donde nací yo bajo el signo de Virgo agarrada por las manos callosas de una comadrona que se compadeció de aquella vaca vieja y la ayudó en el paritorio. Otro que se condolvió de la recién parida y el ternero fue un señor que tenía por ahí cerquita un montallantas. Le dijo que lo único que él necesitaba era sazón de mujer para alimentar a los llanteros en el día y calor de hembra para sentir de noche. Tan mal debió de haberse visto que se quedó juiciosa con el viejo por tres años la golfá esa. Pero vaca ladrona no olvida el portillo y cuando me vio medio levantadita, le volvió a coger la ventolera y sin aviso se largó con un contrabandista guajiro y a mí me dejó solita allá con el viejo borracho. El resto de la historia te la sabes, una temporada en Maicao vendiendo mercancía china mientras el guajiro le empaquetaba dos niñas, Eva y Lía, y después de que se cansó del hombre la buscalavida se fue para Uruuña en Venezuela donde terminó trabajando en la casa de un turco que le zampó el otro muchachito, el último, Pol, mi hermanita del alma. Por lo que a mí respecta, lo único que me quedó de ella fue el baúl lleno de ropa vieja y este aborrecimiento que nunca se me va a quitar. El llantero, sin saber qué hacer conmigo, lo único que acató fue mandarme con baúl y todo para donde doña Betania, la madre de él, que me terminó de criar. A esa vieja sí la quise, porque aunque estaba loca y desvariaba, nunca permitió que el viejo me alzara la mano, ni siquiera cuando me encontró vestida con la ropa de mi madre, todo colorete y rubor. Pero lo bueno no dura, como decía ella. Un día se murió, de puro repente la viejita y de puro repente me encontré solita, sin madre real o sustituta, sola a merced de aquel bruto que, decidido a convertirme en un macho de taller, grosero, mal hablado y rascamelaspelotas, como él, me llevó otra vez para la llantería a aprender su oficio. Tenía apenas diez años y ya me veía de aprendiz bajando y vulcanizando llantas de troque en menos de lo que canta un gallo. En una de esas estuve a punto de morir porque, al separar la pestaña del aro, la presión me dio de frente en el pecho y me mandó disparada como veinte metros. Cuando me desperté, un llantero macizo me alzaba con sus manazas de jayán y me apretaba las costillas para que se me pasara el pasmo. Ese señor me enseñó a convertir mis errores en virtudes y me



convirtió en un mecánico hecho y derecho. Bueno, ni tan derecho, porque cada vez que podía yo me torcía peor que cigüeñal de carro viejo. Es un chiste, bobita. Una noche lo mataron de un tiro en la frente. Dicen que fueron los paracos, pero quién sabe. Aquí nunca se sabe. También aprendí la mecánica de oídas, la que consiste en saber qué le pasa al camión con sólo parar la oreja y sentir los ruidos que hacen las entrañas de la máquina y casi sin darme cuenta ya estaba cuadrando los camiones o dándoles la vuelta de prueba para saber de qué mal venían a quejarse al taller, porque ahí donde los ves, los camiones sienten, se resienten y se enferman. Dímelo a mí, que aprendí a conocer sus quejas como si fuera su alma gemela y solitaria. Porque cuando me siento a la cabrilla yo soy máquina como ellas y cuando me bajo ellas se transforman en mí. Yo era apenas un pipiolo y ya tenía fama de entendido, si hasta choferes avezados me llevaban los camiones para que les diera una vuelta y les dijera de dónde venía ese ruidito y allí donde ellos oían ruidos yo sentía lamentos y cuando decían las válvulas yo les oía el corazón y de tanto conocerles las entrañas aprendí a saber de dónde les venían las dolencias. A mi padrastro le dieron celos y me cogió ojeriza y a cada rato me buscaba la caída. Una madrugada, de esas en las que llegaba jincho de la borrachera y apenas volaba por instrumentos, me levanté tempranera y juiciosa para lavarme el pelo, ponerle acondicionador, enjuagar bien la ropa y colgarla a secar libre de miradas prevenidas y maliciosas, pensando que dormía a pierna suelta la borrachera. Cuando venía del baño con una toalla en la cabeza se levantó aquel animal a mear la canasta de cervezas que se había jartado. Vacilaba al caminar y me lanzó una mirada incierta y tenebrosa, como si se sintiera traicionado por la realidad y sintiera que estaba aún en el putiadero y no en su casa. Seguí derecha y alerta pero tranquila porque oí que el viejo se metió en el baño. Me fui para la cocina a hacer café cuando de pronto se apareció con una cadena en las manos. Me lanzó un fuetazo y si no es porque soy joven y esquiva, me revienta la cara. Volvió a intentarlo y yo apenas le hacía el quite, hasta que me dio coraje como dicen y extendí mis manos suaves pero firmes y tomé la cadena lo más fuerte que pude y tiré de ella hacia mí. Se vino de frente y lo dejé pasar hasta que se estrelló contra la pared de la cocina.



Sonó como un estrépito seco y lanzó un gruñido sordo. Voltié a mirarlo con rabia asesina y vengadora y cuando le vi el rostro rezumando sangre y la cabeza abierta me sentí satisfecha. Entonces me largué con el baúl para Aguachica, que es más grande y por donde pasan todos los camiones que van o vienen de la costa y ahí sí hay trabajo para las que sean. Me puse a trabajar con los Argote, dueños de la mitad de los camiones de ese pueblo, y de la noche a la mañana me convertí en el camionero más lindo y joven que había en los contornos. Pero el destino, hermanita, llama y no hay que resistirse. Allá en Aguachica una conocida me llevó al primer concurso departamental de cantantes transformistas y la vida me cambió en aquel instante. Yo soy una de ellas, me dije. Allí, aquella noche me emborraché por primera vez y tuve uno de esos dilemas que han definido mi existencia. Me dije, la cabrilla o el transformismo. Pero a medida que me emborrachaba me invadían la tranquilidad y la resolución. Me di cuenta de que toda mi vida estaba jugada con cartas de doble faz, por una cara la sota de bastos y por la otra el caballero de espadas. Y así fue desde entonces. No te rías que es verdad. A cualquiera le puede pasar. Pero ahí también comenzaron mis problemas. Una noche llegué vestida como mi bella genio, te acuerdas, la de la botella y el astronauta, a una fiesta en Puerto Salgar y un tipo se me queda mirando un rato y yo amoscada, hasta que me dijo, yo te conozco; mierda, pensé, se me olvidó ponerme el velo; yo te conozco, tú eres el que maneja una Kenworth. Y lo dijo duro como para que todos lo oyeran y desde ahí me llaman la Kenworth. Y lo que debió ser un halago se tornó en oprobio para mí. Pero nada, adoro esa belleza toda guarra y engallada como yo, princesa azul turquesa andando desafiante y elegante por las trochas enfangadas de este país, diva de las carreteras, nuestra señora de los camioneros. No me digas que no la has visto pasar y no has sentido envidia de sus seiscientos caballos, sus frenos de trece mil libras, los faldones laterales debajito de las puertas con escalones cromados y la tapicería diamantinada de la cabina y el camarote alfombrado, la cama de dos metros por sesenta con sus sabanitas rosadas de algodón egipcio de cuatrocientos hilos y la colcha de felpita que me arrulla en las noches largas de las carreteras más oscuras y abandonadas. Aunque no me queje, para



nada. Compañía no me falta y hasta me doy el lujo de desdeñar uno que otro que no me cuadre. Ni mujeres, que a mí me va bien lo uno y lo otro, soy cincuenta y cincuenta, *fifty-fifty*. Pero no ha de faltar el ignorante que crea que por vestirme como lo hacía mi madre, una es una pobre loca redomada que sólo vive para mamar vergas. Confunden el culo con las témporas. Una cosa es andar detrás de un macho, desesperada como mi madre y otra es sentirse una mujer hecha y derecha aunque se vaya vestida de camionero y tirar con quien le dé a una la puta gana. Como yo.

Te voy a dar un consejo y te lo voy a dar gratis porque eres mi hermana. Primero eres, después te llamas. Personalidad ante todo, niña. Yo no sé por qué la gente deja que le pongan un nombre y ya. Una debería tener un nombre para cada día o para cada estado de ánimo. Yo, por ejemplo. Cuando estoy aburrida digo que me llamo Martirio, pero si en cambio me siento luminosa me presento como Lida de los Ángeles Zamora, o cuando me transfiguro en toda una princesa me hago llamar Lady Dayana y para la mierda la que no me llame así, en fin, si el día no da para más y me toca ser bien mala y perra como una *bitch* que me llamen Yasuri Yamileth y punto. Es que los nombres deben ser sonoros, rechinantes, como un chasquido de personalidad en el oído, algo que te preceda y te haga honor. Esto lo digo porque yo misma me he puesto a pensar largamente en el asunto durante mis viajes. La carretera y la soledad de una cabrilla aguzan el pensamiento y dan tiempo para pensar en cosas que el resto de los mortales desdeñan por banales. Pero yo no.

Cuando me inscribí para el Concurso Miss Colombia Transformista Gay 2008, el problema más serio fue escoger el nombre. Como soy de las que no toman las cosas a la ligera, me senté toda una semana y escribí y escribí cientos de nombres y como decía la Churrasca, me dieron las altas horas consultando diccionarios, libritos, epistolarios y formularios de amor, hasta que, al borde de la locura, decidí seguir el mismo método de los concursos de belleza: escoger los nombres finalistas y decidirme por el que más me gustara de todos para venir a este concurso donde, tú lo viste, todas se sintieron pavoroseadas al verme, la presencia, la voz, el mando. Así que, amiga, papel y lápiz. Atención, Colombia, estos son los nombres escogidos para el concurso: “Qué nombre llevará la Kenworth



a Miss Colombia Transformista”: la primera finalista es Wendy Paola (considera el jurado que este nombre, aunque un tanto vulgar y común en los estratos bajos, es sonoro, atractivo, impactante y representativo, por lo tanto queda entre las finalistas). El siguiente nombre escogido es Lady Dayana (la reina de corazones. Su nombre se puede escribir de mil maneras: Lady Di, Leidy Dayana, Lady Diane, o como suene y sienta la mujer que lo escoja, *forever* tendrá un espacio entre los nombres de toda mujer que se respete sin importar la lengua, el país o la raza). La tercera finalista es Nayibe (nombre sonoro, de evocaciones árabes, menos popular que Shakira pero sí más exclusivo y usado en los *shows* transformistas, no sólo en Colombia sino allende las fronteras. Además, si comenzamos eligiendo en este ramillete a una Shakira tendríamos que escoger una Madonna y luego una *Britny Spirs* y así nos iríamos por el desbarrancadero del lugar común. Originalidad ante todo. Nayibe). Nos aproximamos a la cuarta finalista. La escogida es Chantal, nombre de origen francés, el idioma del amor, representa lo que hay en ella de suave, cordial, sagaz, emotiva, amable y condescendiente. Sin embargo, conocí una loca caricortada que se llamaba así y no quiero dar lugar a equívocos. Qué pesar, con lo que me gustaba ese nombre. Finalmente, la última, la más esperada, la escogida. Señoras y señores, demos la bienvenida al nombre elegido para ser llevado en el próximo Concurso Transformista Gay Colombia 2008: Oriana Fallaci. Nombre italiano de acento intenso y evocaciones florentinas, que significa hecha de oro, pero también hecha para el arte y el amor. Debo confesar que me enamoré de este nombre y de la periodista, una mujer regia y bastante brava (me pregunto si sabría manejar camiones, como yo), claro que manejar camiones de seis ejes, veintidós llantas y doce cambios y veinte metros de largo no es nada comparado con las dificultades que hay para limpiarse las manos, la cara, suavizar el acento, borrar toda huella de sudor y aceite y transformarse lentamente en una mujer de rostro ambarrino y mirada indescifrable; una mujer, una maja, una diva, una *vedette*, escoger la canción, el maquillaje, el vestido. Y los nervios, sobre todo los nervios. Hoy puedo mirar atrás sin sonrojarme y verme en mi primera presentación. Fue en San Alberto, más o menos cerquita de Aguachica.



No quería exponerme a que me descubrieran y me botaran del pueblo. La canción que escogí para aquella ocasión fue *Soy rebelde* y el vestido me lo prestó una amiga retirada. Ni qué te cuento. El vestido me quedaba grande, las mangas eran de boleros deshilachados, la falda estaba desteñida y las lentejuelas se le habían desprendido casi todas. Además, como soy grande (sí claro, tengo estampa camioneril, no lo niego), en aquella cancioncita de terciopelo, la voz de quinceañera incomprendida me quedaba ridícula. Todas se reían malévolas. Pensé en retirarme, pero una veterana de voz cascada y piel de pergamino me dio un consejo de oro. Lo que tú tienes que hacer es conseguirte una modista propia y aprenderte las canciones de Lola Flores o de Rocío Jurado, que son de mejor recibo entre locas sufridas y abandonadas y le quedan mejor a tu pinta y tu tono de voz. Y ese fue el principio de mi carrera de éxitos. Pero el camino no está tapizado de rosas, también las espinas cuentan. Qué tal las veces que me ha tocado salir corriendo de los pueblos porque nos echan la policía o la vez aquella en que llegaron los paracos al pueblo de San Antero, mientras nosotras estábamos en una rumba en las afueras, cuando avisan que los paracos, que los paracos y alguien más alcanzó a gritar que andaban por la plaza matando gente y que les soplaron que en las afueras había locas y travestis hasta para botar a la jura y las que arrancan dijimos y nos volamos con la ropa que teníamos puesta, que ya sentíamos los tiros a metros de la discoteca. Para colmo de desgracias era luna llena y la pedrería y las lentejuelas daban visos y los hombres que venían detrás comenzaron a apuntarnos y a dispararnos. Se rezagaban las más viejas, pero que yo recuerde, sólo murieron dos, una catana, Carmen Miranda, porque el tazón que llevaba en la cabeza la atrapó contra un árbol y una amiga de Bolombolo, ni muy biche ni muy vieja, Lupita Ferrer, porque siempre tuvo problemas con la cadera y cuando salía a pasarela disimulaba muy bien la cojera sacándole culo para un lado, sí que ganó puntos por aquella treta pero a la hora de correr se le volvió más bien una limitación y se cansó fácil la pobrecita. Nunca la encontraron. Dicen que la tiraron al río Cauca. A mí me tocó sacar a casi todas del pueblo. Tenía la Kenworth guardada ahí cerquita y por fortuna las pude camuflar bien atrás entre unos racimos y unos muebles que debía llevar



al otro día para Puerto Salgar. Algunas ni me dieron las gracias. Perras y desagradecidas, con la ropa destrozada, la lengua afuera, sudando como yeguas, orinándose de miedo de que un paraco les metiera una bayoneta entre el culo, y no me lo agradecieron. Ver para creer.

Otro consejo, hermana, no tomes nada a la ligera. Participar en un concurso es una obligación y un honor. La que no quiera exhibir sus atributos y someterse a la mirada a veces cruel, a veces envidiosa, a veces desconsiderada del público o del jurado, que escoja otra cosa. Se requiere sacrificio, preparación, dedicación, horas de ensayo y pasarela y conocer la psicología, el fondo del alma humana. Debes elegir muy bien la indumentaria, el maquillaje, la canción y lo que vas a responder cuando te pregunten. Nada de esas babosadas de las señoritas, las de los concursos de belleza. Pobres reques, traspasadas por cicatrices, lo único que les sobresale es el *derriere* más grande que el culo de una vendedora de chontaduro y las tetas como globos. En cambio, el cerebro es liso, lisito, planito, sin una raya. Yo conocí una que dijo que en caso de una guerra nuclear si tuviera que escoger una pareja para preservar y multiplicar la especie humana, escogería al papa Juan Pablo II y a la madre Teresa de Calcuta. ¿Por qué mejor no dicen cuando les pregunten: lo que pasa es que yo soy boba y ya? La inteligencia no es obligación. Te preguntarán: ¿qué atributos tiene en cuenta el jurado calificador en un concurso transformista? Te los voy a confesar. Toma nota: primero la apariencia. No me malentiendas. Quiero decir, la primera impresión es la que vale. Una miss, una *vedette* no lo es sólo por sus curvas o su voz. Es el aura, es su presencia que lo llena todo. También cuenta la gracia en el rostro y, muy importante, el acondicionamiento de la peluca. Nada hay que desdiga más de una reina transformista que una peluca mal puesta, o de colores distintos o muy usada. Después viene el traje de gala y, *of cors*, el traje típico, el país que vas a representar. Tú sabes que no es lo mismo venir una reina de figurín, que una reina transformista. No me tomes por osada ni creas que es un despropósito. En noventas sesenta y nueve cabe cualquiera y los moldes ya vienen hechos. Lo meritorio, lo duro, es meter en esos mismos trajes hombres con cuerpos dispares, rellenitos, piernones, vergones, güevones. Mírame bien Polcito, mírame. Chofer y



transformista. El detalle final es el maquillaje. Aunque a decir verdad el maquillaje me pone de muy mal genio. Es muy largo, dispendioso, difícil, te cae en un ojo una puntica de rímel y te comienza a arder justo en mitad del escenario y sin que lo puedas evitar comienzas a llorar como una magdalena o de pronto se te fue la mano en la base y, con el calor que hace en ciertos pueblos donde el aire acondicionado no existe, te pones a sudar peor que gringo en Guantánamo.

Quiero que me perdones por hablar sólo de mí. Te lo juro Pol, que cuando acabe este concurso y sea la ganadora absoluta, te dedicaré más tiempo. Primero, me contarás con detalle cómo te escapaste de Urueña y me viniste a buscar y después te cambiaré de nombre y te llevaré conmigo para que heredes mi cetro. Mientras tanto, arrodíllate aquí conmigo para que recemos, ¿lista? Virgen del Carmen patrona de los muleros, camioneros, buseteros navegantes, ferroviarios, te pido por vuestros méritos y los de tu hijo que pueda ganar este concurso Miss Transformista Colombia, para que por primera vez una representante del gremio de los conductores pueda ostentar tal galardón. Si así es tu voluntad, yo misma, cada vez que llegue a un pueblo, iré con mi camión, lo parquearé frente a tu iglesia y de rodillas ante tu altar pondré una ofrenda en señal de gratitud y devoción, amén. Pol. Polcito, abrázame, hermanita de mi alma recuperada, dame la mano que ya llegaron los del jurado.





**LA VIDA
QUE NOS MERECEMOS**

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ



Se reían y no podían parar de reírse, reían a toda gana y se seguían riendo mientras apuraban el trago de alcohol que casi se ahogaban y también mientras fumaban la colilla de bazuco y tosían y gargajaban riéndose y el Profe remedando la cara de espanto que puso la Señora cuando los vio ahí parados en mitad de la sala con sus costales, sus trapos sucios y las lagañas de la cara sin saber qué hacer ni ellos ni ella si la ocasión la pintan calva y apenas tocaron el timbre para pedir periódicos viejos, frascos, botellas, aun cuando fuera una comidita medio pasada y sin saber cómo, la puerta que se abre y la Señora que da la espalda y va para el cuarto como si estuviera esperando justo en ese momento a alguien y de puro convencida no repara en quiénes eran, tan meniadita iba y tan segura de que era otro y no ellos y apenas se miraban y se adentraban en la casa, el *living* amplio y fresco con sus matas de interior lustrosas y mansas y los grandes cuadros y las porcelanas refulgentes en su instantánea quietud y todo tan elegante y caro y como nadie les dijo que no siguieran ellos siguieron y de pronto la Señora se detiene y da media vuelta, así, lentamente, sin afán, con una sonrisa entre cómplice y satisfecha y va poniendo todo lo lento que se pueda usted imaginar los brazos en jarras sobre la prominente osamenta del sacro y ahí es cuando la escena se descompone como si un montón de vidrios rotos, como si la cara se hubiese vuelto un coágulo de horror entre los labios pintarrajeados y cierra el deshábille de cualquier manera intentando esconder timorata la lencería italiana, abriendo mucho pero mucho los ojos pero sin atreverse a decir esta boca es mía, marmórea, atrapada en su susto y los espantapájaros apenas que la ven de esta manera sufren una parálisis contagiosa y lo siguiente que se les va a ocurrir es devolverse y correr,



pero al instante en que el cerebro da la orden el instinto contraataca y en vez de huir avanzan muy a tientas, con la cabeza adelantada, olisqueante par de parias sin saber qué seguirá, que si de pronto un perro feroz y asesino aparezca y los devore así sean roñosos y famélicos o quién quita que un hombre con una escopeta los levante a pepazos y ya van llegando donde la vieja y la toman en andas sin mayor resistencia, aunque también puede suceder que de pronto se dispare una alarma y tras de la sirena se dejen venir tombos, tiras y la legión extranjera y la llevan para la sala y la mano vinagrosa del Sopas le tapa la boca para que no reaccione, siéntese Señora, siéntese que nada le va a pasar, acomódese no más mientras echamos una miradita que no todos los días uno tiene la oportunidad de conocer una casa tan bonita, qué tal que de pronto los espere un guardaespaldas, reducto de sicario y les pegue un tiro en medio del corazón y la Señora jadeaba y parecía que ya se iba a vomitar y los ojos que tenía reabiertos que bailaban de lo puro desmesurados que si sigue así se le van a salir y mientras el Sopas la sentaba y la amarraba de la silla de la sala que para eso cuerda nunca le falta a un desechable y como ya se estaba cansando de tenerle la mano apretada contra la boca carminada lo único que atinó fue meterle entre la jeta una media que traía en la chaqueta, mientras el Profe iba directo a la cocina buscando algo que comer que ya eran como las tres y ni desayuno ni almuerzo había habido ese día y el Profe se decía entre feliz y temeroso que era el colmo de las buenas, pues no parecía haber en esa casota nadie más que la Señora, seguro que era el día libre de la muchacha y el chofer estaría en el aeropuerto recogiendo al Señor y después vendrían los niños del colegio y todos se sentarían felices a contarse cómo estuvo su día mientras mamá preparaba la comida y cómo te fue mi amor y cómo están mis niños que qué familia tan feliz que ni la de la leche Klim, por eso había que actuar rápidamente y tomar lo que más se pudiera y salir de allí a las volandas antes de que lleguen todos y uno será pobre y arrancado en esta vida pero no pendejo como para dar papaya, para que lo maten por ahí como vulgar robagallinas o se lo lleven para la blanca a pan y agua, que la vida de la calle será dura pero es más dura la vida en el encierro, cuando de pronto un grito y un barullo lo espantan, un estropicio indefinible



lo avienta contra la sala y ahora sí de verdad nos van a dar por el culo y quién me mandó a meterme en estas y al llegar encuentra al Sopas que sin saberse cómo ha prendido el equipo de sonido y atronadora la voz de Diomedes Díaz desgañita un vallenato, furioso el Profe se le arrima al Sopas que se voltea y lo mira feliz como diciendo Eureka, si el viejo Arquímedes hubiera sido ñero, con una botella de Chivas en la mano y soltando apenas una carcajada desde la negrura de su boca desdentada, no seás animal, le dice el Profe, ¿quierés que todo el mundo se dé cuenta que estamos aquí? Fresco parece, no se ponga así, mándese un chorro, ¿no ve cómo se oye de bacano aquí el Cacique de la Junta? Y el Profe coge la botella con rabia y se toma un trago largo. Al final abre la boca grande y deja un agggg redondo y rotundo con la cabeza extendida y los ojos apretados paladeando el jue-pu-ta, el primero siempre pasa en reversa, Sopas, ¿o no? El Profe ladea la cabeza una y otra vez para atenuar el latigazo, los dos se ríen con ganas y el Sopas le arrebató la botella y bebe. El Profe va con seguridad hasta el equipo y busca el volumen. Después de varios intentos la música baja y Diomedes es apenas una compañía modulada.

Oíste Sopas, ¿vos si te acordás que cuando llegaste a la cocina lo primero que viste fue un frasco con un jugo rojo de lo más bonito y tomabas y tomabas pensando que era un refresco y apenas que llegué te encontré echando espuma por la boca como si te estuvieran atacando las convulsiones y te dije que no fueras bruto que eso era detergente con olor a frutas, como nunca aprendiste a leer?, y otra vez las carcajadas y volvían y pasaban el alcohol con gaseosa para que todos bebieran y así otra ronda y entonces el Sopas reviraba y le decía al Profe, duro para que la plenaria ñera pudiera seguir manteniendo la carcajada, y vos sabrás leer y todo pero ¿te acordás que cogiste un queso lleno de hongos por encima y yo que te decía, cuidado Profe que ese debe estar pasado, y apenas te mandaste de una un trozo comenzaste a escupirlo por todo el piso porque tenía más sabor a pecueca que las medias mías? Volvían a reír sin contenerse y decían que ahora sí nos cagamos de la risa y mientras se reían atalayaban de qué lado de la ronda estaba el pipo, puro alcohol noventa grados con limonada y la pata de bazuco que se pelean



al acelerar de las yemas quemadas de uñas largas y mugrosas, mientras el Profe y el Sopas levantaban de cuando en cuando la cabeza intentando traer recuerdos de aquel día.

En la nevera había un frasco de salchichas Viena y cada salchicha la pasaban con whisky. Abrieron a punta de cuchillo un tarro de salmón finlandés y lo dejaron a la mitad porque no encontraron pan para acompañarlo. Destaparon unos mejillones en escabeche pero les pareció que sabía mejor la cuca de una ñera y lo botaron en el acto, la mostaza Dijon estaba demasiado picante y, desesperados, se pasaban la mano por la lengua para deshacerse del olor. Oíste, Sopas, estos ricos sí comen muy maluco. Pero beben muy bueno, reviró el Sopas arrastrando las palabras todavía con la botella de whisky en la mano. La Señora seguía en la sala atragantada, no se iba a morir pero se le veía el atafago, tanto que el Profe, con lo desconfiado que era, se compadeció de ella y le sacó el tarugo de media que tenía en la boca y de a poco vino recobrando los colores. Todavía estaba muy asustada para gritar y apenas les dijo con trabajo, no me hagan nada, se los ruego. Yo estoy sola, esperaba a alguien pero no vino. Madrecita, dijo el Profe casi con afecto, no se preocupe, le mandó el brazo encima del hombro, nosotros, se tomó el último trago de la botella y midió las palabras una a una, somos gente bien. Pobres, pero a lo bien. El Sopas buscó en el bar otra botella y como no sabía ni entendía se dejó llevar por la apariencia barroca de un Swing 18 años. Egoísta no era y le cedió a la Señora el honor del primer trago. Ella lo dudó y mientras miraba la botella pensaba que si decía que no los desairaba y esta gente era de por sí violenta y caprichosa y si decía que sí, qué asco, pero para este susto apenas un trago para afinar los nervios, ¿qué hacer? ¿Qué diría el libro de etiqueta de doña Sofía Ospina? Tomó la botella con dignidad y apuró un trago. El Profe abrazó a la Señora, la soltó a medias y la atrajo de nuevo sobre sí intentando ser amable. Señora, ¿sabe cómo nos llama la gente de bien? No señor, dígame usted. Desechables. ¿Desechables? Sí señora. ¿Sabe usted qué es un desechable? Es una masa de carne vieja, huesos, sudor y mugre que se tira porque ya no da para más. Como si con el pañal que cagó el bebé botáramos al bebé o si con la toalla de la percanta que menstrúa



botáramos a la muchacha o como si al tísico lo echáramos con su sangre y su pañuelo. ¿Desechable yo que vivo bajo un puente que costó más que esta casa, que fue inaugurado por el presidente y bendecido por el señor obispo? Dígame Señora: ¿esta casa la inauguró el presidente? La Señora dijo que no con la cabeza. ¿Y la bendijo el obispo? La Señora dijo que tampoco con la misma cabeza. ¿Sí lo ve?, se levantaba el Profe y manoteaba mirando al Sopas que celebraba cada frase con un chorro de Swing. Se sentía en un comercial de whisky, como si estuviera en el medio de un grupo de amigos ricos que acaba de jugar una partida de golf y celebra con el mejor whisky del mundo el hoyo en uno del inefable Mr. Brainbridge. ¿Quiere que le dé la receta de mi almuerzo de ayer?, volteó a preguntar el Profe y siguió sin esperar respuesta, se toman varias hojas de periódico, ni muy frescas porque sudan demasiada tinta, ni muy viejas porque se expone a que la consistencia quede muy pastosa, se parten menuditas y se echan en una olla con agua caliente. Se espera que se deslíen y se va formando un caldo gris y espeso. Se bate bien y se agrega aceite para que no se ponga grumosa, se le añaden hojitas de cilantro, sal y pimienta al gusto y se sirve. Si se han recogido panes o arepas se acompaña o si no se boga sola. Me queda rica, para qué lo niego. Para que vea Señora que usted apenas lee prensa y yo me la devoro, a eso es a lo que yo llamo de verdad ser reciclador. El Sopas prendió un Cohibas que había encontrado en el bar y se metió sentencioso en la charla, ahí donde usted lo ve el Profe es un mancito bien leído, antes de ser ñero era profesor de la universidad pero se enloqueció de leer cualquier mierda que le cayera a las manos, qué hombre tan desocupado, ¿no?, y de puro garoso y bazuquero vino a dar al parche, pero ahí donde lo ve el hombre es de lo recorrido que conozco. A ver, pregúntele lo que quiera, a ver. Sin esperar, fue hasta el sofá donde habían puesto las cosas y se trajo una carpeta llena de recortes de periódicos y revistas, la abrió y se la mostró a la Señora dándole toda la importancia que a sus ojos merecía, vea, el hombre va recortando de las revistas artículos raros y después se queda leyéndolos y hablando solo o a veces arranca a discutir y a manotear con el periódico. Por eso será que está tan loco. ¿O no, parece? Sisas, dijo el Profe prendiendo un cigarrillo y dando una pitada larga y satisfecha. La



Señora comenzó a mirar al bar con insistencia y el Profe le dijo, medio molesto porque esperaba por lo menos una palabra de reconocimiento de ella, ¿qué quiere, ah? ¿Me puede soltar las cuerdas?, apenas le respondió la Señora, es que me aprietan las muñecas. Las muñecas, qué tierna, dice el Sopas sardónico. Soltáselas, Sopas. ¿Me puede dar un cigarrillo? Sopas, traele un cigarrillo. No, no. ¿Puedo ir por él? Los ñeros se miran medio desconcertados. El Profe, entendiendo el fondo higiénico de la petición dice con maldad, sí pero si lo prende con el cigarrillo mío. La Señora toma un cigarrillo y le pide al Profe el suyo. Él lo pone en su boca y ella no tiene más remedio que acercar el cigarrillo contra la boca de él. El Sopas suelta un grito de victoria, pero qué belleza, si son como el uno para el otro. ¿Me puedo servir un trago? ¿Y no le gusta este?, pregunta el Sopas mostrando el Swing que tiene en la mano. De verdad prefiero el vodka. Uy, *volka*, ¿oíste Profe? Ese debe ser más fino que este. Yo creo que ese si me saca ampollas en la boca. ¿Y por qué le gusta ese y no este?, pregunta el Profe. Porque los tragos blancos dan menos guayabo, dice la Señora. Esa no me la sabía yo, tenelo en cuenta Sopas para que de ahora en adelante sólo tomemos vodka. La Señora baja los ojos, azorada, y dice, está bien, y el Profe, pedagógico, le espeta, vea Señora, le agradezco el dato, pero permítame decirle que yo en cuestión de tragos no soy exclusivista, a mí lo que me gusta es la excepcionalidad.

El Sopas se levanta y saca de una caja de cartón un trozo de salchichón ordinario y un pan grande. Lo corta apoyando el cuchillo en la palma callosa y sucia. Comienza a repartir pedazos de salchichón encima del pan y en esas llega una ñera. Es la Chilindrina, indefinible en su edad, en el color de su pelo, enfundada en sacos de lana y una chaqueta de paño con las mangas dobladas. El Diablo celebra la llegada y, sin pararse, le abre los brazos y le hace espacio entre él y el loco Waldisney. Venga para acá perrita, que aquí está su Mejoral ¿Perrita? Su madre, gonorrea. Hacete pues donde querás, retrechera, le dice el Diablo mientras todos corean un uyyy, como queriendo dar coba. Al fin, ella se sienta y codea al Diablo riendo, como quien ha dicho la última palabra. Perrane-gra le pregunta al Profe: Bueno loco, decime, ¿al fin de cuentas se tiraron a la vieja o no?



Dígame una cosa Señora, ¿y su marido? La Señora se ha tomado dos tragos de Finlandia uno detrás de otro y prende un cigarrillo. Está más tranquila y ya ensaya una sonrisa incómoda. Ese tal por cual me dejó. Bueno, se voló con una plata que le tumbó a medio Manizales. Era gerente del Banco de Caldas y cuando el banco comenzó a tener problemas financieros, el desgraciado alzó vuelo. La gente prefirió mirar para otro lado y hacerse a la idea de que el dinero se perdió. La investigación, claro, fue exhaustiva pero nunca llevó a nada. Esta sociedad piensa que es mejor perder la plata que arriesgar el linaje y todos tan tranquilos que así se arreglan las cosas entre la gente bien. Ayer, él, mañana pueden ser ellos. Dígame, Señora, pregunta el Profe, inusualmente serio, ¿cuál es la gente bien? La Señora levanta los brazos y le dice, sépalo y entiéndalo que hay tres preguntas para las que nunca habrá respuesta, la primera es el sentido de la vida, la segunda es si hay vida después de la muerte y la tercera es esa. Los tres rieron, apenas con una risa leve y desencantada y después de un breve silencio el Sopas preguntó: ¿y los hijos? La hija. Vive en Miami. Se casó con un cubano y dice que por aquí no vuelve ni a deshacer los pasos. ¿Y no tiene sirvienta? Por días. Con la plata que me manda la hija no me da sino para pagar una muchacha por días. O sea que usted vive en este caserón sola. El Profe la escruta con los ojos fijos de un anatomista lúbrico. No está fea, piensa, un tanto veterana, pero se acuerda que una vez leyó que la mujer de los cuarenta a los cincuenta se parece a Europa, con muchas ruinas pero todavía interesante, y aunque está jamona, reconoce que para él eso no es defecto, al fin de cuentas donde hay carne hay fiesta. Sola no, qué va, responde la Señora, si precisamente estaba esperando unas amigas para jugar a las cartas. ¿Sí? No jodás, le dice el Profe abriendo bien los ojos. ¿De manera que usted recibe a las amigas en esa facha? Y nosotros que pensábamos que estaba esperando algún mancito, un tipo, ¿me entiende? La Señora baja los ojos. Fresca seño que con nosotros no tiene que andarse con secretos. Uno tiene que echarse sus polvitos de vez en cuando. ¿No ve que órgano que no se usa se atrofia? , dice el Profe ¿Y es que nosotros no le servimos?, pregunta el Sopas, alzando la voz, como si de verdad estuviera en condiciones de ensayar un reclamo. Mirá Sopas, vos no te vengás a



dar de macho aquí que lo tuyo son los muchachitos. Y eso a vos qué te importa, sapo hijueputa. El Sopas se ha venido contra el Profe blandiendo la botella como listo a descargarla contra su cabeza, pero éste, sin inmutarse, le detiene el brazo en el aire y con la mano libre le manosea la cabellera. Vea pues cómo se puso de digno este pirobo, fresco güevón que vos sos mi parce, le dice, mientras lo agarra cariñoso por el cuello y lo lleva a un lado mientras le susurra, ¿sabés qué papito?, dejemos la cosa así que esta señora no va a dar nada y es mejor seguir la fiesta sin tropel. ¿Me entendés, Sopas? Si te da mucha arrechera mejor andate pa' un baño y te boliás la paja, que yo aquí te espero. ¿Cierto que la fiesta está buena?, le pregunta el Profe a la Señora. ¿Usted no tiene nada para darse en la torre? Porque todos los ricos tienen porquerías de esas por ahí. La Señora, que ya se ha tomado media botella de vodka va doméstica hasta el bar y de un cofre saca un bareto de marihuana. Lo prende, da una pitada profunda y medio resignada y se lo pasa al Profe. Éste se lo entrega al Sopas como ofreciendo la pipa de la paz, lo coge entre los dedos índice y pulgar, aspira hondo y áspero el cigarrillo y aguanta largo hasta que le viene la tos, suelta la bocanada y lo devuelve al Profe que repite la dosis con ansiedad. Los tres se ríen, claro, la Señora a medias y el Profe le vuelve a reclamar: claro que yo esperaba que usted sacara otra cosa, porque esto será para pobres como nosotros, pero un rico debe tener cosas más finas. ¿Usted lo que quiere es perico?, pregunta la Señora. Eso, un pase no más. La Señora lo mira como arrepentida de haber cedido tanto. Ya le parece el colmo haber llegado adonde está, como para seguir dando terreno. Entonces dice, como para oírse a sí misma defenderse: ¿Y yo qué soy pues, la boba del síndrome de Estocolmo o qué? Los ñeros se miran y el Sopas levanta los hombros sin entender. El Profe ensaya una mueca y le dice, ¿boba? Usted de boba no tiene nada mijita, a ver pues el perico que ya me estoy emputando. Él mismo va hasta el bar de donde provino la marihuana y comienza a tirar al suelo ceniceros, sacacorchos, portavasos y antes de que siga el daño la Señora le dice, ahora indefensa, vea Profe, ahí enseguida del cofrecito hay una cajita de música. Busque ahí. ¿Si oístes?, te llamó Profe, eso sí es el principio de una buena amistad. ¿Y yo cómo me llamo? El Sopas. Más duro que



no se oye. El Sopas, ¿no me oye? Usted se llama el Sopas y yo me llamo Myriam por si no lo sabían, hijueputas. El Profe se detiene con la caja de música en el aire, ya abierta, mientras suena infantil *Para Elisa*. La mira un instante y suelta una carcajada: vea pues, se puso tierna la señora, ya nos ganamos un madrazo, eso se merece un chorro y un pase.

¿De manera pues que ustedes no fueron capaces de comerse a la vieja? Vea pues, mi Dios le da pan al que no tiene dientes, dice el Diablo. Si a mí me llega a tocar, me tiro la vieja y la mato, porque esos ricos son muy canallas y después no descansan hasta que no le hagan venganza a uno. Yo sí la mato y me robo lo que más puedo. Esto es todos contra todos. Pues sabés que sí, Diablo, responde el Profe muy serio, yo también pienso lo mismo. El Sopas lo mira, incrédulo. El Profe mira fijo al Diablo y le dice, ya estábamos muy borrachos y empericados, cuando me voy para el baño y al volver encuentro al Sopas como un zombi mirando la televisión y a la vieja que estaba en el teléfono haciendo una llamada. Yo me le fui y me imaginé que estaba llamando a la policía. Traidora, le dije, ¿a quién llamas? No, sólo estaba llamando a la licorera a pedir más trago. Vos sí sos bobita Myriam. ¿Pensás que nació ayer o qué? Mirá ese bar lleno de trago. Pero si se acabó el vodka. Qué vodka ni qué vodka, mis calzones, vos estabas llamando a la policía. Y yo que pensaba que me había conseguido una amiga de la jai. ¿Sabés qué les hacemos a los sapos? Los estripamos. Y cogí la misma cuerda del teléfono y la jalé y se la enredé en el cuello y le di tres vueltas y comencé a tirar fuerte hasta que los pies se le levantaron del suelo y se puso lívida la vieja y sacaba la lengua que apenas le bailaba y yo apretaba la cuerda hasta que la lengua se aquietó y entonces se dejó caer contra mí livianita y ahora sí se le salieron los ojos y se puso toda morada que aunque le solté la cuerda no recompuso el color y entonces la acosté en el sofá y todo el cuerpo se le fue poniendo pálido primero y después volvió a amarotarse y hasta ahí llegó la vieja. ¿La mataron?, dijeron todos, abriendo ojos y bocas que fulguraban entre el chisporroteo de los leños. Pobre vieja, dijo la Chilindrina, la pusieron a chupar gladiolo. El Sopas seguía mirando al Profe y la única manera de llamar a su mirada es: estupefacta.

Dígame, Señora, ¿después que la dejó su marido no se volvió a casar?,



pregunta el Profe. ¿A casar? No. Primero porque pueblo chiquito inferno grande y me tocó sobrellevar la deshonra del escándalo, y segundo porque los hombres son todos una mierda. Es lo que yo digo, apoyó el Sopas. Salí con varios hombres, pero a una sólo le queda el recurso de enredarse con la rosca ínfima de los hombres casaderos de la sociedad. Pura pantomima y apariencia. Apenas se acuestan con una salen ufana-dos a contarles a sus amigotes del club y, claro, la puta es una. Los ricos sí son muy complicados, dijo el Sopas antes de meterse otro pase de perico. Complicados sí pero ¿ricos?, quién sabe, volteó a decir la Señora, no hay nada más parecido a un pobre que un rico de Manizales. El Profe se reía. Le quedó sonando la frase y la repetía mientras iba al baño. El Sopas descubrió un televisor que había a un lado de la sala y se entretuvo viendo el canal Playboy, si viste qué chimba de hembra. Profe, ¿dónde andás? Buscó al Profe con la mirada hasta que la Señora le hizo señas de que estaba en el baño. El Sopas bebía tragos de whisky sin apartar los ojos de la pantalla. La Señora fue hasta el teléfono. Hablaba con alguien cuando llegó el Profe con la sombra de su risa en el contorno de los labios. Ella ni siquiera lo sintió llegar. Traidora, ¿a quién llamás? La mujer soltó el teléfono y apenas atinó a jugar con los labios y parpadear seguido en el acelere de la coca. No, yo sólo estaba llamando a la licorera a pedir más trago. Vos si sos bobita Myriam, ¿pensás que nací ayer, o qué? Mirá ese bar lleno de trago. Pero si se acabó el vodka. ¿Se acabó el vodka? Mucho cuidado mija. Sopas, ¿vos es que sos bobo o qué? Me descuido y la dejás hacer lo que quiera. ¿Y si estuviera llamando a la policía? ¡Sopas! El Sopas volteó a mirar al par con ojos cuadrados y saltones. No más vodka para nadie, se jarta lo que hay aquí o se beben mis orines. Oíste Myriam. Sí, Profe, lo que digas, cálmate Profe, cálmate. Mejor tomate otro, dice el Sopas y se acerca con lo que le queda del whisky. Esta vez los tres toman de la misma botella y la Señora agarra al Profe del hombro, tranquilo hombre, créeme. El Profe va hasta el bar y mira las botellas que hay allí. No hay vodka, comprueba, y ya no hay mucho que escoger. Entonces toma una botella de ron, se manda un trago con un aire de molestia en el entrecejo y se dirige a la Señora, mandón, poné música. ¿Tenés algo de las Hermanitas Padilla? ¿Te gustan? A mí también, dice la Señora,



conciliadora. Va hasta el equipo de sonido, complaciente, y saca *Lo Mejor de las Hermanitas Padilla*.

Qué dirán

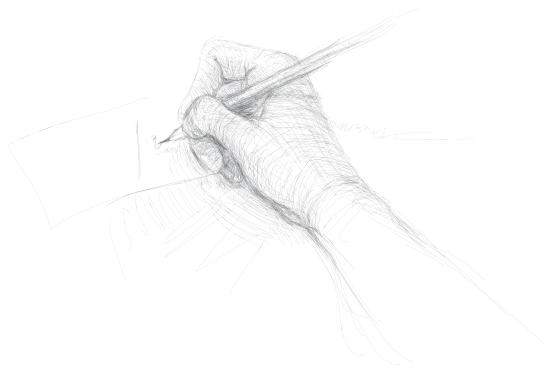
los de tu casa cuando me vean tomando

*Pensarán que por tu causa yo me vivo emborrachando
y ándale*

La Señora se mueve en círculos mientras canta y le arrebató suavemente la botella al Profe, toma un trago largo, la mantiene cerca de su boca como si fuera un micrófono, se sienta en el sofá y sin más anuncios clava la cabeza contra el pecho. Comienza a roncar. El Profe va hacia ella, le quita sin afanes la botella y se recuesta en la puerta que da contra el patio. Amanece. El Sopas cabecea en un sillón. Entonces el Profe va hasta el cuarto y busca en la cartera de la Señora. Encuentra cincuenta mil pesos, toma treinta y despierta al Sopas, procurando no hacer ruido, vámonos Sopitas que está amaneciendo. El Sopas se levanta tambaleante e indefenso y lo sigue. Al llegar a la puerta el Profe se detiene y mira lo que ha quedado atrás. Se devuelve hasta el cuarto y trae una cobija que pone encima de la Señora. La mira dormir un rato, dulcificada, y va por su parcerero que tambalea sobre el marco de la puerta. Lo carga y salen.

Se acabó la historia, se acabó el alcohol alhucemado, la limonada, el bazuco y el fuego que reúne. Los ñeros se han ido y debajo del puente sólo quedan el Profe y el Sopas. Profe, Profe, llama el Sopas en un susurro, ¿será que en estos días podemos volver a visitar a la Señora? Seguro Sopitas, vamos a volver a visitar a Myriam. Profe, ¿me vas a enseñar a leer? Dormite marica que mañana hay que levantarse a buscar el desayuno.





**CARTA DE AMOR FINAL
CON ANACRONISMOS**

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ



Bahía de las Ánimas, Agosto 25 de 1999

Querido Gato:

Quiero advertirte, antes de que maldigas, maúlles y me zarpes, que por última vez seré anacrónico y ejerceré el lugar común y lo mani-do. Por ejemplo, escribir cartas. ¿Por qué no recaer en la olvidada manía epistolar, tomando la pluma de forma contenida y elegante, sentado de manera correcta en un espacio iluminado y comenzar: “Muy señor mío: espero que se encuentre bien de salud y de fortuna en compañía de los suyos. Después de este breve saludo paso a exponer el asunto de la presente:... bla bla bla”; o empezar citando aquella vieja canción campirana: “Querido amigo quisiera, que al recibir la presente, te halles bien y que la suerte te acompañe por doquiera...”; o sobreponerse y arrancar de una buena vez con algo más propicio, es decir, un tanto más oscuro: “Once upon two times”, como aquel álbum de Siouxsie and the Banshes que tanta marihuana nos sacó, ¿te acuerdas? Aunque debo confesarte que no me gustaba tanto como a ti, fíjate, si padeciendo un solo tiempo andamos con el agua al cuello, ¿qué tal con dos? Mejor es intentar por lo menos refutarlo, como Borges: “el amante que piensa: *mientras yo estaba tan feliz, pensando en la fidelidad de mi amor, ella me engañaba, se engaña*”. El pasado es soportable por la nostalgia, que es el placer de estar triste. El presente ni siquiera vale la pena, es corrosión en estado puro pues no más mentarlo se ha deshecho y el futuro una ficción inhabitada por lo probable y lo improbable, la incertidumbre de un después y el consuelo



del que espera y, en la espera, la esperanza se ahoga. La esperanza es (y aquí con todo respeto debo torcerle el cuello a la Dickinson), esa cosa *sin alas* de la que nos agarramos en medio del naufragio. Cuando se pierde la esperanza se comienza a ganar la libertad. ¡Ah!, amigo, y nosotros, ¿cuándo la perdimos? Bueno, yo sí sé cuándo la perdí. Fue aquel domingo imposible en que me dejaste para siempre. ¿Te acuerdas lo que decíamos de los domingos? El no día, el gran flato, el eructo de dios y, claro, nos teníamos que ir a emborrachar de nuevo para que la resaca no nos alcanzara y era la botadera de corriente y la charladera y entonces nos reíamos de todo y de todos en este pueblito de eunucos, felices ellos ahorcados en sus corbatines domingueros, nadando en la mierdita de hostias con vino de consagrar y vos, en cambio, te cagabas en todo con tu mirada cínica y tu bamba grande de negro de La Pola, diciéndoles hasta de qué se iban a morir, abriendo el bermellón de tus labios para vomitar toda clase de palabrotas, vos, la mierda que el gato no tapó, la fiebre del apestado, la lora que reposa en el hombro del pirata y su garfio, el nido de la perra, el tifón de los egipcios, el baphomet de los templarios, el macho cabrío del Sabbath. Éramos felices y borrachos, que es otro modo de ser feliz en la inconsciencia, en la lucidez líquida que da el alcohol y vos y yo anduvimos por este mundo como quien va sin dios ni ley apurando las noches y las amanecidas a punta de ron, cigarrillos, marihuana y cuanta porquería se nos pusiera por delante burlándonos de todo y todos sin reparar en gastos como quien dice. El mundo eras vos y eran tus carcajadas, tus dientes como el teclado de un piano de Richi Ray y jala jala, tus labios de bululú y la risa del guasón, tus improperios, tu impertinencia, tus metidas de pata y tu odio. Decir sí al fango como Beckett, y harto que nos refocilábamos en ese maldito. ¿Te acordás cuando nos encaramábamos a los mangos a fumar marihuana, jugando a ser Matthew Philips Shield nombrado Felipe I Rey de la Redonda, trepado en su árbol soberano cerca de Oshram, ejerciendo un reinado sin sustancia, y decirlo y cumplirlo mientras armábamos el cigarro, desapelmazando la hierba entre los dedos, desechando el barbasco, alineando cuidadosamente los moñitos entre el cuenco de papel de arroz, luego cerrarlo pasando el borde libre por la lengua ligeramente



humedecida hasta obtener un cilindro perfecto, prenderlo y esperar que llegue en ráfagas el humo hasta el alvéolo, conteniendo la respiración, sin dejar de hablar, apenas con el aire que ha quedado en la redoma de la boca mientras vuelve la ráfaga de humo vegetal que se dispersa en el espasmo de la tos seca y convulsa y que te dará al fin de cuentas la certidumbre de que es fuerte y buena, de las mejores de Riosucio o de la Sierra que te dispara por un rato el coco, o, en fin, apenas un barbasco aromatizado sin suficiente canabinol para apurar una traba infame?

De eso hace ya mucho tiempo. Muchas de estas cosas las sabés porque las viviste. Otras, no por vividas no tendrás que recordarlas, aunque yo sí llevo la memoria como un fardo de plomo a las espaldas. Para mí los recuerdos son materia quieta y presencia dolida de mi vida que vienen y van y vuelven en oleadas de presente para fustigarme el costado, la ingle y la boca y me dejan el sabor amargo de la vida vivida, Gato. Por entonces no te decía Gato sino Walter, mucho gusto, qué nombre tan ordinario, pensé cuando te arrimaste aquella noche en el Fundadores adonde había yo llegado de la mano con Madame Cocó a la gala de Manu Chau y andaba en el intermedio fumándome un par de cigarrillos cuando te acercaste ladino y ronroneante, me echaste el ojo y me pediste uno y fuiste soltando sin más que ya estaba bien de Manu Chau, que se había convertido en un cantante políticamente insípido y que después de que dejara Mano Negra se había vuelto *este sonsonete*, en cambio Mano Negra sí era algo de la puta madre, repetías en todos los tonos y te venías con la lista de los discos y seguías hablando atacado de la risa que si no sería mejor si nos íbamos por ahí vos y yo y a tomarnos un ron y charlar y te reías y mientras más te reías más se me iba poniendo duro el sexo, pero si yo no soy marica (bueno, casi), me decía, y de dónde salió este chulo tan descarado y yo como hipnotizado me reía de lo más bobo y sin más me fui saliendo del teatro con vos y le dejé el asiento vacío a la señora. Pobre Madame Cocó, nunca me lo perdonó. Esas mujeres burguesas y desocupadas que de lo puro aburridas se vuelven mecenas de poetas y de malandros como yo que sí tengo harta carreta para entretenerlas y pija respetable para encabritarlas, se ponen a hiperventilar si no te tienen a la mano para distraerse. Qué le hago. Tan pronto el



marido de la Cocó se iba de viaje yo llegaba a la casa a disfrutar la vida muelle a mis anchas, huevos poché y vino blanco con *muffins*, sentados en la terraza fumando los Partagás que recibía el cornudo de La Habana y después dele que dele a la marihuana y tire que tire de lo lindo mientras le recitaba al oído *La Regrete* de Heraclite y la señora se ponía loca de verdad y se apegó más todavía de mi verga después de que me tocó lanzarme medio desnudo del segundo piso porque el marido llegó de improviso y un inmenso rottweiler me corrió por todo el barrio, que estas damas cuando descubren el sabor de la vida de putas se alebrestan y no hay como tener un poeta de tinieblo para volverse la mujer más chic y ser la envidia de las señoras del Country Club. De todos modos ya me estaba empezando a aburrir de aquella vida, que hasta lo bueno cansa y razón no les faltaba a los romanos cuando decían que la molicie afemina porque aquella noche tan divina terminé en un colchón tirado en medio de un garaje, aferrado por unos brazos de macancán sintiendo en la espalda el batiente de una respiración animal. Sentí pavor. Me liberé como pude, fui al baño a vomitar y huí de aquel garaje golpeándome las sienes y repitiéndome sin pausa: yo soy un poeta heterosexual. A mí Cavafis no me va a joder la puta vida. Cavafis. Dos días después daba vueltas por tu garaje. Me paraba en la puerta y salía corriendo bufando. En una de esas me sorprendiste y otra vez riendo y hablando a la misma vez (como hará el maldito, me decía) fuiste soltando que querías un ploncito, un roncito y una mamadita y terminé rendido, a tus pies, Gato bandido. Voy a decirlo de una manera cruda, más cruda que una de las zanahorias que Ginsberg solía usar como consuelo: a partir de entonces comencé a ver las cosas con otros ojos, mejor dicho, con el ojo del culo.

Yo tenía entonces treinta años. Tú, en cambio, si mal no recuerdo, tenías veintitrés (“no permitiré que nadie diga que es la edad más hermosa de la vida”) y podías darte el lujo de largarte cuando quisieras. Y así fue. Una mañana de domingo, que había sido un sábado insomne y largo que venía de una noche de viernes de algarabía de ron y de perico, me despertaste (yo ya no podía seguirte ese ritmo de pavor) y me dijiste brutal que te largabas, que ya no ibas a ser más la mujer de nadie, ni la marica de nadie y que si uno se declaraba marginal y libertario debía



vivir en el subsuelo. Ni modo. Con esas razones y un puñal en la mano, no había más que discutir y mientras yo volvía de a poco del desespero te fuiste sin más, descalzo, extraviados los ojos y perdido el rumbo. Y no te volví a ver. Hasta ahora.

Me senté a esperar, confiado en que pasada la resaca y, espoleado por el horror que da la bajada del perico, volverías. Pero aquella noche ni la otra ni la siguiente apareciste y comencé a sentir el vacío y tu ausencia de costado. Y siguió entonces el derrumbe y rodar por el barranco de la vida y mientras más caía menos me importaba. Recuerdo un día que me encontré con un viejo amigo de la universidad, casi que por descuido, pues dejé de frecuentar la gente y el centro. Hermano, estás tostado, me dijo. Y entonces entendí que tendría que ir más bajo si quería estar quemado del todo. Había que llorar más y sentirse más abandonado, había que tomar más ron y aspirar más hondo. De vez en cuando me llegaba una razón, alguien que pasaba a mi lado susurraba tu nombre y mentaba un destino. Alguien te vio esculcando canecas de basura en el centro de Bogotá, otro te vio elegante y transformado, la risa intacta, el aire perverso, acompañando a un viejo cacorro en Medellín. Otro más te vio sin dudas aquí, acechando mis pisadas.

Una semana hace que recibí la última noticia. Un policía de civil me encontró una tarde mientras tomaba cerveza en pleno Parque de Bolívar. Me contó que en un pueblo de la costa un hombre descalzo y sin camisa entró cierta noche a un café y se puso a beber pagando con monedas. A eso de la medianoche comenzó a insultar a todo el mundo. En Bahía de las Ánimas a los hombres les gustan las peleas y se enfrascaron sin afán, sin tregua. Terminó muerto a patadas, a puñal, a porrazos. Sobra decir que fue el único muerto. En el bolsillo de atrás del pantalón encontraron una libreta con mi dirección.

De la familia, si la tuvo, nadie nunca supo nada, ni yo, y cada vez que preguntaba me respondía con un pueblo diferente y nombres de hermanas que tal vez nunca existieron. Por eso vine a buscarte a este pueblo al que llegaste no por el azar sino que, conociendo el destino que te habías prefigurado, imagino que buscaste en el mapa el nombre que te sonara más oscuro y la fama que te asegurara el peor destino. Ahora



GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ

que te tengo a mi lado, no te voy a volver a dejar ir. Me abrazaré a tu cuerpo con fuerza, cerraré los ojos, te diré poemas y por última vez seré anacrónico y te besaré en los ojos.





LOS EFECTOS ANESTÉSICOS DEL WHISKY

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ



Leía el periódico sin afán, los brazos abiertos, desplegadas las hojas asidas apenas por los dedos índice y pulgar, asintiendo a veces, rezongando interjecciones a ratos y parando para abreviar la taza de café, cuando de pronto se detuvo en las breves del mundo, juntó los brazos para plegar las páginas, corrió a un lado plato y pocillo y puso el periódico sobre la mesa, concentrándose en una notícula en el margen inferior izquierdo de la página. Su mujer, que venía con la segunda taza de café, le preguntó intrigada:

–¿Qué estás mirando?

–Que le pagaron cien millones de dólares a una señora por haberse despertado en mitad de la cirugía y oír que el cirujano se burlaba de ella.

–Mentiroso, no te creo –le dijo ella sentándose a su lado.

–Mira, aquí no más.

Detroit. Agencia Reuters. Un juez de Detroit condenó a un cirujano y un anestesiólogo a pagar una indemnización de cien millones de dólares a una mujer que los demandó porque en medio de una cirugía practicada para extraerle los cálculos de la vesícula biliar se despertó y escuchó claramente que el cirujano hacía chistes sobre su obesidad y la forma de su ombligo. La mujer, María Bonavena, alegó perjuicios morales y daños irreparables a su autoestima por parte de los dos galenos, el uno por no cumplir la obligación de mantenerla dormida y al otro por crueldad, conducta sexista y daño colateral porque, a raíz de los comentarios del cirujano, cayó posteriormente en una depresión severa que la llevó a una internación prolongada en una institución psiquiátrica.

–A mí me pasó lo mismo –dijo él sin dejar de repasar la nota.

–Cómo así. Tú no me habías dicho nada.



—Lo acabo de recordar. No se me había ocurrido —dijo él.

—¿Qué? —abrió ella los ojos mirándolo fijamente.

—Que yo he tenido pesadillas desde la cirugía.

—¿Y...?

—Que en el sueño me veo dormido en la sala de operaciones, que de pronto despierto pero tengo los ojos cerrados y no puedo moverme, y luego, todavía con los ojos cerrados, siento el paso del oxígeno por mi garganta, el dolor del bisturí sobre la carne y oigo al cirujano pidiéndole una pinza a la instrumentadora y luego maldice y le grita algo al anestesiista y enseguida ambos empiezan a vociferar y yo quiero abrir los ojos y llamarles la atención y pujo por gritar, por moverme y no puedo y siento entonces que todo me ahoga, el tubo, las sábanas encima de la cara y entonces me despierto sofocado y ya no quiero volver a dormirme porque me da miedo que se repita la pesadilla.

—Pudiste decírmelo, llamarme, despertarme.

—Me pareció que no, que no era justo incomodar, que a lo mejor ya pasaría.

—¿No fue así?

—No.

Carmen va a cumplir sesenta años el mes que viene, es gruesa sin ser oronda, calmada y de suaves maneras, mira muy fijo cuando escucha y asiente todo el tiempo si le entretiene lo que oye, lleva treinta años casada con Raúl, dejó la universidad para contraer, nunca trabajó, prefirió dedicarse a criar los cuatro hijos que tuvieron y que ahora viven lejos. Cuando hace frío o camina mucho le duelen las rodillas.

Mira a Raúl y parpadea un par de veces mientras organiza sus ideas.

—Bueno Raúl, pero dime una cosa: ¿qué tienen que ver las pesadillas con la cirugía que te hicieron?

—Mucho, mujer, mucho. Resulta que cuando comencé a tener las pesadillas no sabía por qué diablos las tenía. Yo pensaba que era culpa de la anestesia, pero una madrugada, de pronto, recordé por qué se gritaban el cirujano y el anestesiólogo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque el cirujano se lleva las venas que saca, las várices, quiero de-



cir, y las usa como carnada para los pescados.

–Ella abre los ojos y trata de reír. Se sienta a su lado.

–¿Cómo lo supiste?

–Lo oí. Por eso discuten. Parece que el anesthesiólogo se dio cuenta y contó lo que pasaba y estaba enredando al cirujano.

–¿Y eso es bueno o es malo? –pregunta ella.

–Debe de ser bueno, porque yo lo sé, pero ellos tratarán de ocultarlo.

–Y tú, ¿qué vas a hacer?

Él vacila un instante, mira el periódico, mira el café y se detiene en sus ojos negros.

–No sería mala idea darles un susto. Estos ricos se la ganan muy fácil. Probemos a ver qué cara ponen cuando un pobre diablo les monta una demanda.

Raúl, a diferencia de su mujer, es flaco, inquieto, indócil, tres años mayor que ella y trabajó detrás del mostrador de una ferretería toda su vida antes de que le llegara la pensión hace apenas seis meses. De trabajar de pie seguramente le vinieron las várices en las piernas que el doctor Sanguino operó y que debieron servir para pescar un alevino gigante en la represa del Prado. Sufre de la presión, le dan vahídos, fumó hasta que le dijeron que de seguir así moriría pegado de una bala de oxígeno.

Viven en una casa alquilada, tienen que tomar un bus para ir al supermercado o al banco; él, resollando si tiene que subir un tramo de escaleras; ella, quejándose de que las rodillas ya no le aguantan más; los dos, lamentándose de la pensión, de lo poco que rinde, del gobierno, de la vejez que asoma.

Ahora él levanta el pocillo y bebe despacio y después mira el almanaque que hay en la pared, mientras ella sólo calla y fija los ojos en el techo. Ambos divagan, se les nota. Entonces ella lo mira, vivaz:

–Cien millones. ¿Te imaginas!

El doctor Floreal Montes de Oca, respetado anesthesiólogo del Hospital de la Misericordia, recibió la notificación de la demanda tres meses después. Siendo un hombre de rituales predecibles acostumbraba llegar a su casa a eso de las siete de la noche, subía directamente a su despacho



donde Emilita, su señora, acumulaba la correspondencia del día y luego de servirse un whisky de malta, sólo uno entre semana y tres o más los viernes antes de salir para el club, comenzaba a revisar las cartas, las cuentas, los comunicados de la Academia de Medicina y después bajaba al comedor donde lo esperaban su señora y uno que otro invitado del matrimonio, casi siempre señoras de la sociedad de orquideología, la pasión de los viejos, o algún familiar lejano que andaba de paso. Después de cenar, iban a mirar un rato el noticiero y luego el doctor Montes de Oca, respetado anesthesiólogo, volvía a su estudio a responder algunas cartas. Sin embargo, cuando abrió el correo y se enteró de que había sido demandado por la considerable suma de cien millones de pesos por daño moral, violación al deber objetivo de cuidado y secuelas psicológicas severas en la persona de Raúl Morales, no tuvo más remedio que alterar toda su rutina, excepto la del whisky y, antes que comer, en vez de comer, corrió a llamar a su abogado. Emilita desesperaba en el comedor porque ya era hora de bajar y Mimí estaba bostezando y en su casa la estarían esperando a esta hora, la pobre, a su edad, y entonces decidió ir hasta el estudio a buscarlo y comenzó a recriminarlo porque por costumbre en esta casa no se habla por teléfono antes de comer ni tampoco durante la comida y cuando comenzó a carraspear él levantó el brazo que tenía libre en un gesto altanero y ella prefirió bajar de nuevo y comenzar a comer cualquier cosa con Mimí, que ya él se las tendría que ver con ella.

El abogado le dice con frases rebuscadas que no hay de qué preocuparse, que lo primero es examinar el tema, que no se vaya a desvelar por ese asunto, que la gente se acostumbró a sacarles plata a los médicos, que lo espera en su oficina y que ya verán qué hacer.

—¿Por qué no habías bajado a comer, viejo?

—¡Bah!

—¿Qué te pasa Floreal?

Floreal baja la cabeza y la mueve contrariado. Se le notan los años, la papada, las ojeras del trabajo seguido. Cualquiera pensaría que el doctor Floreal Montes de Oca es un hombre rico. Al fin de cuentas, conduce un BMW, vive en un barrio lujoso, va al Country Club, tiene negocios



en el exterior, pertenece al grupo de orquideología, es experto conocedor de whiskys de malta, miembro de la Colombian Whiskey Malt Society. ¿Qué más? Sin embargo, la verdad sea dicha, está en bancarrota. La medicina ya no es lo que solía ser, lo repiten cada nada en la Academia de Medicina, perdió sus ahorros en una pirámide con que un banquero judío esquilmo a medio Manhattan, el apartamento de Miami se fue para la mierda en la quiebra inmobiliaria, el whisky está muy caro, sobre todo el puro de malta, el club de orquideología está lleno de viejas venidas a menos, una escala técnica, una mera parada antes de caer en la condición de pobres vergonzantes. Siempre repetía que su deseo era morir en un quirófano, caballero del éter, *deorum ars*, noble como un whisky viejo y reposado, pero a estas alturas, ¿a quién le importa? Los pacientes se han vuelto desagradecidos, se aprovechan de cualquier debilidad para emprender el camino del litigio, o si no vean a este fulano Morales, ¿de dónde habrá salido?

—Me acaba de llegar una demanda.

Emilita abre los ojos desde el trono Luis XIV de su asiento en el viejo comedor. Tiene una copa de chardonnay en su mano derecha y en la izquierda enreda nerviosamente un collar de perlas. Levanta la cabeza con un cierto imperio y confronta al hombre apabullado que está sentado en el otro extremo del comedor:

—¿Quién ha sido, Floreal?

—Qué sé yo, Emily, cualquier malnacido que quiere volverse rico a mi costa.

—¿Y por qué? ¿Qué ha pasado?

—Se despertó en mitad de la anestesia, y ahora quiere cien millones.

Emilita pone la copa en la mesa, suelta el collar, abre los ojos, mira a la muchacha que ahora viene con el caldero de sopa, se lleva las manos a la cara y lanza un breve quejido. Va a cumplir sesenta años el mes que viene y planeaba irse a celebrarlos a Miami, pero ya su esposo le ha contado que el apartamento de Miami se perdió, que hay que apretarse el cinturón. Resígnate querida, que los ricos también lloran.

Pero Emilia Echavarría odia la resignación. No se resignó a ser pobre cuando su papá desfalcó el banco y se voló con una vulgar coris-



ta de *vaudeville* y tuvieron que sacarlas a ella y sus dos hermanas del Marymount y las mandaron a estudiar internas al colegio del Sagrado Corazón en Manizales, ni tampoco se resignó cuando murió su madre y le palmeaban las espaldas pidiéndole fuerza y resignación, entonces, ¿por qué ahora habría que ser resignada frente a un pobre diablo que amenazaba lo poco que quedaba del naufragio?

—No, Florito, esta demanda no puede prosperar.

—¿Ah, no? ¿Y cómo?

—Tú verás. Amenázalo, contrademándalo, lo que sea, pero no te vas a quedar cruzado.

Montes de Oca queda sorprendido, no lo había pensado, reconoce, debe buscar una salida limpia y barata pero conoce a su mujer y sabe que no lo dejará en paz hasta imponer sus propios métodos.

—¿Y si voy a hablar con él?

—¿Cómo? —Ahora ella frunce el ceño y vuelve a erguir la cabeza—. Faltaba más, Floreal Montes de Oca. Rebajarte.

El doctor Montes de Oca, experto conocedor del whisky de malta, sabe que en una discusión enconada, conviene llevar al oponente a terreno propio:

—Tú lo has dicho Emilita, rebajar. Hay momentos en que hasta el mejor whisky debe rebajarse, lo importante es saber cuándo, con qué y para qué. Sabes que al rebajarlo compensamos la evaporación, equilibramos el sabor, el dulzor y limamos las aristas. Rebajar es la palabra, te lo agradezco mi querida.

Se paró sin decir más, subió al estudio, abrió el arcón en que guardaba sus botellas, escogió un Glenfiddich 12 años single malt scotch whisky y se sirvió un trago largo, profundo, amaderado, sin resquicios, sin rencores.

Días después, un jueves o viernes, no hay acuerdo al respecto, el doctor Floreal Montes de Oca llamó a Raúl Morales a su casa. Carmen estaba donde sus hermanas, y Raúl no tuvo tiempo de pedir consejo. El mismísimo Floreal Montes de Oca, respetado anestesiólogo, a despecho de lo que le había recomendado su abogado, en contravía del canon social que resguarda su señora, lo ha llamado para hablar, en su casa o



en la mía, usted decide, hombre Raúl, para que nos entendamos como dos personas civilizadas que es lo que conviene en estos casos, es cierto, lo ha dicho un par de veces y Raúl, suspicaz por naturaleza, ha virado del cabreo a la intriga y de allí a la aquiescencia y casi sin darse cuenta ha dicho que sí. Cuando se lo contó, Carmen ha callado, se ha ido a arreglar la ropa de cama, los tendidos, las toallas y entonces Raúl sabe que pronto vendrá y comenzará a increparlo, sin excesos, es verdad, pero lo mirará muy fijo, con los ojos como tizones, las manos crispadas, el aliento recortado como de asma.

—Ya no me puedo echar atrás. Le dije que sí y soy un hombre de palabra.

—Claro —responde ella alzando apenas la voz un tanto así—, vendrá muy tranquilo, te enredará con dos o tres disculpas y mañana madrugará a retirar la demanda, te conozco, Raúl, te conozco.

—Es una conversación no más, entre hombres, eso dijo. Te lo juro. Mira, si quieres lo recibimos juntos y tú le dices lo que piensas de él y chao.

—No señor. Es tu problema. Me voy aquí no más adonde Juana. Si me necesitas llámame, pero no quiero verte tranzado por ese pomposo matasanos Tú decides. Acuérdate que prometiste llevarme a conocer el mar y ahora no te me vas a echar para atrás.

—Carmen, por Dios, qué te dije. Soy hombre de palabra. Así me toque cargarte sobre mis hombros, te juro que este fin de año te llevo a ver el mar. No desconfíes de mí.

—Mírame Raúl Morales, mírame bien. Yo sé que no somos ricos y nunca lo seremos, pero ya que nos metimos en esto, te lo pido por favor, hasta el fondo. ¿Okey?

A eso de las ocho, en medio de un temporal inclemente, apareció el doctor, apenas unas cuantas gotas sobre su *blazer* naval Austin Reed de botones de galeón, la figura acompasada sobre la puerta sosteniendo en sus manos una maleta de lona *monogram* Louis Vuitton. Raúl se quedó un rato parado en la puerta, contemplándolo, inhibido ante aquella estampa de revista de corazón, vestido para ir de regata.

—Tremenda borrasca. Le traje algo. ¿Puedo?

—Pase no más, doctor.

Montes de Oca no deja que Raúl tome la maleta. La lleva él mismo



hasta la sala. La descarga encima de un sofá. Se quita la chaqueta y la pone encima de una silla. Mira a Raúl que lo ha seguido un tanto confundido.

—Este baúl es Louis Vuitton. Mira las insignias de la marca, el forro granulado, ¿eh? Apuesto a que nunca habías visto uno. Lo hacen sólo por pedido. No puedo andar sin él. ¿Te gusta?

Abre la maleta. Con mucha ostentación levanta las chapas doradas y después alza la tapa que deja ver en su interior forrado en terciopelo púrpura varios compartimentos juiciosamente organizados con botellas y unos cuantos vasos de cristal. Mete la mano como si fuera un mago y saca de ella una botella de whisky de malta, un Glenlivet, lo pone encima de la mesita de la sala. Mete otra vez las manos al baúl y saca un Macallan Premiun 12 años. Lo levanta, lo mira a través y dice con desmedido orgullo:

—Whiskys de malta sin mezcla. ¿Me sigues Raúl?

Raúl está parado junto a una poltrona, su único lujo, con las manos en los bolsillos, fruncido el ceño, amoscado:

—Me perdona doctor, pero pensé que íbamos a hablar del caso.

Montes de Oca se detiene, lo mira de pasada y hace un gesto como de no vale la pena, y sigue hablando.

—No te preocupes. De eso hablaremos. Lo que quiero decirte es que el whisky de malta es la bebida más noble que existe, es gallarda, es noble, es generosa, equilibrada. Si hay algo que puede hacer una bebida de estas es permitir que haya arreglo entre personas, ¿me entiendes, Raúl? Esto no es vulgar aguardiente. La gente se toma dos tragos y ya quiere matar y llevar del muerto. No señor, esto es whisky y del mejor. Ahora mira, traje los vasos *old fashioned* para que no te tengas que poner a traer nada, ven prueba un trago.

El doctor le sirve un generoso Glenlivet. Cuando Raúl lo va a tomar, el doctor lo detiene:

—No, no, no. Para, Raúl. Míralo no más primero. ¿Qué ves?

—... ¿Whisky?

—No, Raúl, no. Mira el color, oro, puro oro vivo y brillante, ¿lo ves? Ahora huélelo.

Raúl olisquea desconfiado.

—Rico, ¿no? Huele rico.



—¡No! Es olor a frutas y madera, hay una evocación sutil de las tierras altas, siéntelo, Raúl.

Raúl lo mira sin moverse.

—Pruébalo —le ordena el doctor con un gesto sutil de las manos.

—Mmm. Está bien. Se siente la madera.

—Exacto. Ya nos vamos entendiendo.

—¿Me puedo sentar?

—Siga no más doctor, siéntese.

—¿Eres casado Raúl?

—Sí. Claro, Carmen. Salió a hacer una visita antes de que comenzara a diluviar. No demora.

—¿Tienes hijos?

—Cuatro, pero ya se fueron. Ahora somos sólo ella y yo.

—Yo no tuve hijos, Raúl. Hacen falta, sobre todo cuando uno se va poniendo viejo.

Raúl bebe un sorbo, baja los ojos y comienza a hablar:

—Yo le quería decir a usted doctor que lo que yo pido es justo. Mire: duermo mal, tengo pesadillas, me deprimó. No es nada personal, entiéndame —mueve las manos y agita el whisky suavemente—. Después levanta el vaso y bebe sin afán.

Montes de Oca no lo mira siquiera. Mira su vaso. Alza la cabeza y recita su parte:

—La vejez en solitario es una tragedia que ningún whisky por noble y puro puede remediar. Si mucho puede obrar como un sucedáneo, un lenitivo, un quitapesares. Si yo hubiera tenido hijos, pero Emilita, la pobre, resultó yerma, en fin. Eres afortunado, Raúl, no importa qué tan lejos estén, siempre van a ser tus pequeños.

Raúl se levanta y toma la botella. Va a servirse otro vaso pero el doctor lo detiene sin grosería.

—Prueba otro, hazme el favor. Mira, quiero que notes la diferencia. Un whisky puro es totalmente distinto de otro. Mira este otro —mete la mano en la caja y saca un Famous Grouse 12 años—.

Raúl se sorprende al comprobar que en la etiqueta lo que anuncia el trago es una perdiz roja sobre un promontorio, altiva, desconfiada como él.



GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ

—Veo que te ha intrigado la perdiz. A mí también. Este es mi preferido, un whisky pure malt 12 años, reservado para los momentos especiales.

Destapa la botella y sirve un trago. Lo prueba:

—Esto es lo máximo, amigo. Prueba por favor, siente el sabor del mejor whisky escocés, ligeramente dulce al inicio, intenso y ajerezado en el medio y oscuro como roble al final. Este es mi hijo muy amado en quien he depositado mis complacencias.

Raúl toma un trago. Su nuez se mueve con fuerza a medida que baja el trago. Levanta los ojos y siente que empieza a comprender de qué le habla el doctor Montes de Oca, experto catador de whiskies de malta. Floreal lo mira complacido. Siente que Morales ha ido moderando el gesto, se nota que está más relajado, listo para oír, para acordar.

—El whisky, amigo mío, es como la vida. No hay nada que la defina mejor. Hay vidas que crecen en las tierras altas y otras en las partes llanas, las hay baratas y las hay costosas, están las puras y también las mezclas, algunas vidas, como los whiskies, envejecen mejor unas que otras, hay aquellos que merecen ser guardados y otros no, unos despiden un aroma noble y otros áspero, pero unos y otros, mi querido Raúl, siempre terminan mareándonos y cuando menos lo pensamos por más que no queramos estamos borrachos y ahí acaba todo, es inevitable mi amigo. Mírame a mí. Soy lo que se dice un clásico. Me paseé por Escocia, conocí las mejores destilerías, departí con los mejores *master distillers*, tuve una colección de whiskies de más de cien marcas distintas, puros, mezclas, todos de las tierras altas. Te puedo contar la historia de cada destilería, cada malta, cada mezcla, en fin me haría eterno. ¿Sabes qué me queda de todo eso? Este baúl. Estas botellas que ves son prácticamente lo único que me queda en este mundo. No tengo nada más. Es mi única fortuna. Las traje para ti. Tómalas. Son tuyas.

Raúl abre los ojos. Pone el vaso sobre la mesa de la sala. Mira la maleta y mira al doctor Montes de Oca.

—No le entiendo.

—Estoy quebrado, Raúl. No tengo nada. Si sigues con la demanda me van a tener que sacar de mi casa a vivir en un inquilinato. Estoy liquidado.

Se sienta y baja la cabeza. Raúl está incómodo.



—A eso vino, pues, a ablandarme.

—No, no, cómo se te ocurre.

El doctor se levanta y se acerca a Raúl. Lo toma del brazo en un gesto de apaciguamiento. Toma su vaso y bebe largamente, esta vez con afán. Raúl da una vuelta por la sala, también bebe. El ambiente se ha vuelto a poner tenso.

—¿Te das cuenta Raúl lo que te digo? Si estuviéramos bebiendo aguardiente ya me tendrías contra la pared y me estarías dando golpes hasta dejarme medio muerto. La nobleza del whisky.

—¿De verdad quebrado?

—Hasta el fondo. No sabes lo que es tenerlo todo y después perderlo, ¿verdad Raúl?

—No, la verdad, no.

—Es mejor que no lo sepas. Es horrible.

—El carro.

—¿Qué pasa con el carro?

—Bueno, me puede dar el carro.

El doctor Montes de Oca reacciona. Se pone inquieto. De repente se levanta y mira frenético a Raúl. Tiene los ojos rojos y la nariz se ha ido abotagando, hinchadas las venas, encendidos los carrillos, parece un volcán a punto de erupción.

—Desgraciado, atorrante, ambicioso. Lo que sea, con tal de sacarme algo. Tenía razón Emilita, no debí rebajarme. Te traje mi mayor tesoro, quise compartir contigo mi arte y mis secretos, para nada.

Raúl se acerca a la mesa, mete en la maleta las botellas, la levanta y se dirige a la puerta.

—Ojalá se le reviente la nariz, viejo borracho. Ni un peso, ni un solo peso le perdono.

Abre la puerta. Montes de Oca está un tanto desconcertado. No esperaba que esto terminara así. Está parado a mitad de camino entre la sala y la salida y busca, inútilmente, una palabra que reabra las negociaciones.

—Volvamos a charlar, Raúl, discúlpame.

—Se va doctor, o lo saco.

El doctor Floreal Montes de Oca, famoso anestesiólogo, concedor



del whisky de malta, toma el baúl de nuevo entre las manos, respira hondo, mejor dicho sopla profundo y sale tambaleante de aquella casa, mientras afuera no quiere menguar el aguacero.

Raúl cierra la puerta con violencia. Aprieta los puños, cierra los ojos con furia, se siente mal, humillado, escamoteado en su propia casa, Carmen tenía razón, dónde estás, por qué no vienes, habrá que ir por ella, no importa el agua; le viene un vahído, una sensación de ahogo que sube directa de las entrañas, unas ganas de vomitar; corre hasta el baño, se arrodilla y comienza a desfogar todo lo que ha tomado, profundo hasta que rezuma bilis, atrabilis, la argamasa del estómago, todo, todo, hasta que la cabeza se reviente.

Tirado en el baño lo encontró Carmen cuando escampó y pudo pasar a la casa. Respirando con trabajo, sin reconocerla, mirando a lo lejos, la boca echada a un lado, vomitado, ensopado, orinado en la ropa. Un vecino oyó los gritos de ella y llamó una ambulancia. En el Hospital de la Misericordia le tomaron una escanografía y después vino un médico joven, muy amable muy distante quien le dijo, condescendiente, que había tenido un derrame, me entiende señora, un vaso roto, un aneurisma. Probabilidades de sobrevivir: ninguna. A lo sumo uno o dos días, el daño había sido mayor. No, no había forma de operarlo, por ahora no, de pronto mañana vendría el neurocirujano, luego el doctor Montes de Oca, el famoso anestesiólogo y le echarían una mirada. Seguro que si hay chance de operarlo, el doctor Montes de Oca le dará la mejor de las anestесias. No más oír aquel nombre ella pega un brinco y se le encara al médico:

—Ese patán es el culpable de que mi marido esté aquí. Si le pone una mano encima, juro que yo misma lo mato.

El médico se molesta, abre los ojos, manotea, exige respeto. Ofendido, prefiere retirarse.

Dos días después murió Raúl.

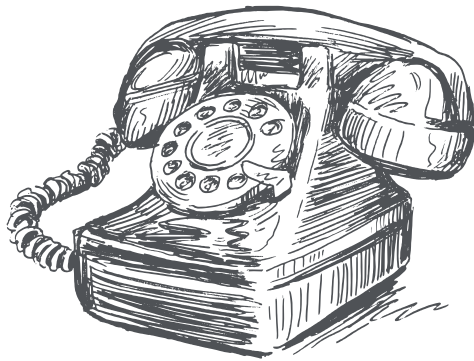
Tenía razón el viejo Floreal. El whisky es como una metáfora de la vida. No la vida de alguien considerado en su individualidad, sino la vida en sí misma. La que brota en las tierras altas en forma de grano de cebada, la que picotea la huidiza perdiz, la que se arranca, se limpia,



LOS EFECTOS ANESTÉSICOS DEL WHISKY

se separa, se almacena y se fermenta, la que se vuelve mosto, la que se destila y luego se reserva, la que envejece en el oscuro roble, la que se embotella, la que se compra, la que se vende, la que se bebe con placer y con angustia, la que mitiga el dolor, la que emborracha. La que se va con los viajeros. Los que nunca vuelven.





COMPañÍA DE TELÉFONOS

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ



En el principio fue solo una llamada y sin embargo, desde entonces, las cosas tendrían un antes y un después. Todo fue sonar el teléfono y tú dejar la ventana mirando la calle discurrir en la mañana, poner el pocillo de café sobre la mesa junto a la dalia anaranjada, atravesar la sala, bajar el volumen a las noticias de la radio y ya en el cuarto levantar la bocina, el santo y seña del aló, aló que nadie sigue, sólo aquel quejido suave, susurro que se despliega maula y húmedo, crece y se hace audible y ahora sin duda es un jadeo, aspirar y espirar, sístole y diástole de la respiración, entrar y salir, entrar y salir, fuelle que se abre sobre el vientre imaginado, cópula paródica en su vagido creciente y salobre, dulce agonía que se expulsa en su perversa latitud, y como aún no entiendes el aló se repite va y viene y es eco que se diluye en el vaho que te llega y lame y al disiparse de golpe hay una compuerta que se abre en el limbo del cerebro, es la cosa, su filiación, su intención, su marca y todo es claro en tu cabeza y por eso la oleada de rubor y de espanto que sube a las mejillas, bordea los ojos, circunda la frente, va por el peñasco del temporal, te calienta las orejas y se funde en indignación por el escándalo sentido, por ese insulto que nadie ha dicho, por ese gemir obsceno que no dice su nombre, ni una palabra o una noticia del mundo, un tatuaje siquiera en la voz para formar un rostro conocido, nada sólo el estertor gutural, su contumelia, su jadeo, adivinar la mano que se agita imaginándote, el ictus, el tensar de la cuerda sobre el arco antes que la flecha salga y el espasmo final, desgarrar y estallido. ¿Te conocerá, te habrá visto, realmente te deseará, siquiera sabrá a quién llamó? Y ahora tu cerebro es esa mancha intolerable, sexo de macho que se esconde con un tachón de tinta, rayón en el cuaderno, colegio de las monjas y este vértigo y el llanto que ya quiere



salir mientras tiras el teléfono y sientes una lama sucia que te babea la cara. Te cubres el rostro sentada como una muñeca inútil en el sillón *art déco* donde ahora vas a llorar la rabia de esta mañana que te oprime. Pobre Magdalena. Tan sólo una llamada lúbrica y anónima para conocer el volumen y la forma exacta de tu hartura, el sabor a amoníaco de tu desencanto y la desazón que como una fatiga viene desde el estómago y se anida en el centro de la primera gota de lágrima que corre desde adentro del corazón, desde la médula de tu garganta, desde el fondo de las noches sin ganas con Manolo, de las mañanas repetidas al pie de la ventana mirando el mundo pasar, los buses atestados de gente recién bañada, los niños llevados por las sirvientas diciendo adiós con la mano, adiós al mundo, adiós a todos, como dijiste adiós cuando saliste de la iglesia con él y te metiste de lleno a ser señora de su casa, esposa de su marido, madre de sus hijos, confidente de sus amigos, protectora de sus crudas, zurcidora de sus medias, su correveidile personal, su mujercita de figurín con un delantal precioso comprado en Caléndula, oliendo su ropa en la mañana buscando su almizcle perdido, recogiendo la revista que dejó tirada en la sala o el patín de Santiago no vaya y se tropiece su papá, tan distraído, pobrecito, si es que si no estoy yo pendiente de todo no sobrevive un minuto y lo dices comprensiva cuando todo va bien pero cuando te exasperas viene la jartera y entonces la misma frase es una razón mordiente, con esa, bueno tú sabes, cántiga-cantinelata-cantaleta que todas las madres transpiran, puro mascullar y reconcomio, a ratos grito herido quejándote de todo y lamentando tu suerte y lo dices: estoy hasta la coronilla y ya verán cuando me vaya cómo les voy a hacer de falta y van a ver cómo se defienden sin mí, Señor dame penas pero no remordimientos; a sabiendas de que nada va a suceder porque es parte del acuerdo, tú quejarte y él hacerse el desentendido, tú aceptar que él es él, y tú su mujer, que un cincel labró en tu homúnculo para siempre el niño en la madre, la madre en la casa, la casa en la esquina, la esquina en la calle, la calle en el hombre y ahora esta llamada en punto de las nueve, pero si ni siquiera sabías de qué se trataba, quizás un calvo sebudo y barrigón escondido tras los pliegues de una persiana oscura, es la imagen que dibuja tu cabeza, que agrieta con su salacidad insolente esta mañana



sin sol de agosto, pobre infeliz, venir a hurgar en el tímpano sin buscar siquiera la tibia oquedad de tu capullo.

Qué quedó de mí, flor de desconsuelo, adónde fueron a volar mis ganas de la vida, mis cuadernos de apuntes, mi diario, mis tardes de besos tibios, la punta de tus dedos rozando las espigas de mis senos, las lecturas de Durrell, las escapadas al Teatro Olympia a ver a Emmanuel, mis trémulos muslos cerrándose al toque de tus dedos cautivos, las noches ebrias, el cigarrillo que marea, Tom Jones al oído, el traje blanco en la boda de arroz y bragas, aquel hombre que eras Manolo buscándome sin descanso en el baño del avión, en la mesa de la biblioteca del tío Alfonso, en el cuarto de la muchacha quitándome el delantal, el vestidito, la cofia, sí señor don Manolo, ay don Manolo que me muero y las risas y siempre con ganas de sexo y de pronto un día, sin más, te fuiste desvaneciendo entre el estoy cansado o el niño llora Magdalena, hazlo callar que me mata la jaqueca y el trabajo hasta tarde en la oficina y no molestes y el fútbol los domingos con Gerardo o el billar de los viernes con tu hermano y ya no hubo la urgencia de tu sexo a flor de piel, el demorarse en la mañana antes de salir buscándome largamente con la lengua olorosa a enjuague bucal, el perfume animal emergiendo del mentón recién afeitado, ya no fue más aquel espérame en el baño, acuérdate, en el restaurante árabe cuando nos acometía el deseo en mitad de unos *quibbes* y *tabine* y ahora los besos de los sábados traían sabor a whisky rancio y a calentura de resaca con el sexo a media asta que se viene apenas comienza y sin siquiera reparar en mí, sin mirarme, sin verme a los ojos del deseo pides un Bloody Mary y una aspirina y no más sexo hasta la próxima semana o la siguiente a menos que otro guayabo te endurezca el sexo por un rato y así llegué a entender la jerarquía que tienen las cosas en tu vida y el punto exacto donde se detiene tu dedo en el ordinal que dice Magdalena, amarrada a tu destino con la cuerda de la costumbre, después del informe para la junta del viernes, el trancón de la mañana en la avenida, la tasa de cambio, el colegio de Santiago, la Liga Inglesa, las noches de cartas en el club, la revista *El Gráfico*, el noticiero de las siete, mientras mi vida se diluye en un médano sin sabor y sin sustancia y el destino está tejido entre las tardes con las amigas en La Suiza o el té de las damas ro-



sadas y la visita a los niños pobres del Hospital Infantil, los buenos días a las seis, las buenas noches a las diez, ¿apagaste ya la estufa?, los domingos de almuerzo donde mamá, las vacaciones de Julio en la finca de Cambía, la comida de los sábados con Kike y Soraya, hablar de los niños, del colegio, de lo duro que es conseguir muchacha para la cocina, de la pobre Magnolia, fijate que Rodolfo la dejó para irse con otra y ahora él vive en Panamá y ella tuvo que volverse para donde su mamá con los dos niños y ese sartal de historias menores, cotilleo incansable pueril pueblerino hurgando en las vidas ajenas, salmodia que exorciza el tedio parroquial, vida mía, ¿te conté del hijo de Susana de Upegui que está en Alemania detenido por llevar droga en el estómago y la pobre anda de psiquiatra y el marido lejos en Tejas no llama, no pregunta, no responde? Decime.

Cuando llegó Manolo, Magdalena en su cabeza era un mazacote sentimental. Había rabia porque imaginaba un hombre gordo, definitivamente un empleado público de mediano rango secretando de su lengua de burócrata en fornicio una miel de crápula, un pegoste negro y correoso (no tenía una razón para imaginar un funcionario, pero ahí estaba, karma del burócrata, *stigma officinalis*). Otra parte de ella destilaba un aceite de vanidad creyéndolo un hombre maduro de costumbres sexuales exclusivamente orales obsesionado por el contorno de su oreja y ahora viendo a Manolo, su resignada panza, sus gestos pueriles, la estolidez rumiante que adquiriría frente al televisor la invadía un indecible malestar. Preparó a las volandas el pollo frito que se estaba pasando de jengibre y de fritura y apenas si lo probó, Manolo comenzó a renegar, lo hacías mejor, qué te pasa, si hasta Carmenza que es tan jodida se chupa los dedos con tu pollo frito de Szechuan y cuando le contamos que lo habías aprendido en el barrio chino en San Francisco casi se muere de la envidia y qué te pasó, pero dijo el qué te pasó sin mirarla, sin notar la huella húmeda que apenas se secaba en el surco de las mejillas, sin ver que ella veía en aquel hombre que ahora le hablaba un pobre ser insípido y distante incapaz siquiera de intentar un orgasmo por teléfono. Él sin verla y ella sin oírlo se fueron cada cual a sus cosas. Él, a no sé qué con un trabajo pendiente, se encerró en el estudio a buscar unos datos en la Internet y ella al cuarto de Santiago a ver si acabó las tareas y entonces



él vuelve con mi amor regálame una aromática de limoncillo para pasar el pollo y después Magdalena vueltas y más vueltas la llamada en su cabeza, repaso de cosas hechas, proyectos inconclusos, un algo que es un no sé qué que la molesta, va al cuarto, se sienta y mira su diario, la letra redonda y cuidadosa de caligrafía Palmer que le enseñó la Hermana Sagrario y se detiene en el último día en que ha hecho una anotación: “31 de agosto: hoy he comenzado el libro de Kristeva *Historias de Amor*. Me lo ha regalado Juliana por mi cumpleaños número 30. Anoto de la página 4: ‘Nosotros hemos perdido la fuerza y la relativa seguridad que los antiguos códigos morales garantizaban a nuestros amores al prohibirlos o fijar sus límites bajo el fuego cruzado de los quirófanos de ginecología y las pantallas de televisión, hemos enterrado el amor en lo inconfesable, en aras del placer, del deseo, cuando no de la revolución, la evolución, la ordenación, la gestión, en una palabra, en aras de la política’. Estoy borracha. Manolo no está. Anda en una convención en Cali. Me ha llamado por teléfono. Hemos peleado.”

La segunda llamada llegó al día siguiente y reavivó el zurullo de sentimientos en su cabeza. Cena de silencios largos, dieta vegetal introspectiva y monosilábica y Manolo otra vez a la Internet, sin novedad en el frente. La tercera vino infaltable a la hora en punto y ya, más ofuscada que indignada, le dijo de una váyase para la mierda o llame a su madre si es que la tiene y le tiró el teléfono y volvió a sentarse en la silla art déco con la cabeza entre las manos, confundida, aturdida de pensar lo que estaba pensando, como el primer día, como el segundo, y juró que se lo contaría a Margarita y claro se lo contó y ella le dijo: o cortás el teléfono o le llevás la corriente, y entonces se escandalizó igual. Pero Márgara, cómo le voy a llevar la corriente a ese degenerado. Entonces cortalo, dijo Margarita, sin dejar resquicio para otra opción y Magdalena se inventó cualquier excusa, se despidió de ella y se fue para el estudio, mirando al vacío, la mancha de sexo en el papel, la figura del hombre con el sexo mutilado que le entregó la Hermana Sagrario, el gemido que va y viene, la oleada húmeda y lloró menudamente, tal vez porque sabía que no era capaz de seguir su ritmo salaz, no podía, aunque quisiera igualar su jadeo, abrir la boca aunque fuera un poquito y untar la bocina con su



saliva tibia, ni siquiera respirar un tanto así de duro para que no creyera, para que no sintiera que se venía con él, degenerado de mierda, pero también lloraba, porque sabía que ya no estaba ella para cortarle, que no era capaz de no levantar la bocina, que ya le estaba haciendo falta, que ya pensaba en él, que ya dibujaba, más allá de la mancha ciega en el cuaderno, de aquella mutilación en el triángulo del pubis, un sexo de macho cabrío enhiesto que la perseguía por la casa, que le hurgaba en las entrañas, que le hacía jadear con ganas y que ya estaba esperando que Manolo se fuera, que se llevara a Santiago para el colegio para quedarse a solas, para quitarse la ropa, para ponerse la cofia, el delantal, deshacerse lentamente de las medias, de las bragas y sentarse a esperar en la silla art déco su llamada de las nueve y lloró largamente de rabia y de dolor, de ese dolor que da el placer cuando es inconfesable.

Fue directamente a la sección artículos eléctricos y comenzó una búsqueda juiciosa y sin premuras. Preguntó, leyó los instructivos y al fin se decidió por un identificador de llamadas japonés, simple y fino, que pudiera manejar con facilidad y que no permitiera alguna dilación de sus planes secretos. Le pareció la cosa más intrincada del mundo, un chisme de espías, pero a Manolo, cuando lo notó esa noche entre el partido de fútbol que pasaban por la tele y una cerveza con salchichas, se le antojó la elección más lógica en los tiempos que corren. Cómo no se me había ocurrido, dijo, mientras salía del baño en el entretiem po, con tanta inseguridad y tanto loco suelto, si hasta te pueden extorsionar y ni cuenta te das y esta marca es la mejor. Yo ya no me doy cuenta de lo que necesita mi familia, pero para eso estás vos mi amorcito, le hizo un guiño, le lanzó un beso y se sumergió de nuevo en el partido y la cerveza. Magdalena se tranquilizó y se pudo sentar a su lado a hacer como quien mira la tele pero seguía, más allá de las gambetas y los quiebres, pensando en su plan, en su idea, en la forma secreta de enredarse con su hombre de las nueve, de atraparlo, de poder darle una voz a aquel jadeo, de dibujarle un rostro, un nombre, unas manos, un gesto al andar. ¿Sería acaso aquel hombre de bigote y patillas heroicas que parecía seguirla esta mañana en el supermercado? Había salido de la casa, tomando claro está todas las medidas de sigilo y cautela, prudencia obliga, anteojos oscuros, abrigo



café largo, tomar dos taxis por si acaso, mirando a lado y lado y sintiendo de pronto la mirada afilada de unos ojos grises que la escrutan, mejor dicho la desnudan, edad entre 45 y 50 años, alto, bigote bien cortado que se extiende más allá del surco nasal invadiendo las mejillas, labios finos y rojos, estampa a lo Alejandro Obregón muy seductor, pensó y como él con unas patillas canas que descienden paralelas a las orejas bajando casi hasta al ángulo de la mandíbula, muy cuidado, muy maduro y muy hermoso, será él el hombre del teléfono, se preguntó, tendrá su voz, no tanto ya con rabia y ni siquiera pensándolo como un perverso lúbrico sino como un amante secreto, la espera crispada en su sexo que busca el centro más allá de la línea del teléfono, la respiración acezante acompañada de sus labios delgados y maduros, si ya le dejaba estarse todo el rato que quisiera, levantaba el auricular al primer llamado de su aliento, ya cerraba los ojos e imaginaba sus carnes juntándose en medio del fragor y del jadeo, aguantaba, claro está, hasta que la piel adquiría casi un tono azul resuello, no le quería dar a entender que lo seguía, que jugaba con él, pero sabía que él sabía que estaban en lo mismo, que en su silencio ella lo esperaba, que sin decirlo él la sabía desnuda en la alfombra apretando los ojos, apretando los labios, sintiendo que cada crépito de su respiración descendía infatigable por su vientre, ronroneaba en su ombligo y bajaba ya húmedo por el promontorio hasta los repliegues que sus piernas dejaban al abrirse en las mañanas donde se había instalado puntual como el café descafeinado, el color intenso de las dalias, el parloteo de las noticias y en esto iba pensando, armando un modelo de llamada con el molde de aquel hombre, cuando desapareció y tuvo que sentirse decepcionada porque en la sección artículos de hogar lo vio encontrándose con una mujer, más joven y más bella que ella y se abrazaba con fuerza a su cintura de hombre hecho y derecho aunque de todos modos le pareció que en un momento de descuido él volteó a mirarla y podía jurar que había dejado una sonrisa cómplice flotando en el aire de la mañana. En el taxi de vuelta, prefirió olvidarse de él y se concentró en el chofer, mirándolo por el espejo, su juventud, el ángulo perfecto de su perfil, las cejas intensas y una sombra de barba de dos días en la cara que Magdalena escrutaba sin recato, pensando si no habría



sido mejor sentarse en la parte de adelante, haberse insinuado un poco, mostrarle los muslos todavía fuertes, sentir sus manos rozándola al hacer los cambios y jugar un juego de seducción mientras daban vuelta por el centro buscando no sé qué dirección y decidirse por un hotelito barato, subir las escaleras apenas iluminadas por una luz de claraboya hasta una recepción sórdida donde una señora jamona, envuelto el pelo en rulos, los escrutaría sin asombro, no diría nada de su tensión contenida, de la palidez que se asienta en sus mejillas y les daría la llave del cuarto al fondo, mientras los ve alejarse y se ocupa de las toallas, del papel del baño, del niño que juega a su lado con un carro de bomberos y ya adentro, cerrando la puerta, el taxista es ahora un muchacho ávido de sexo que prefiere las señoras mayores, que comienza a desvestirla con afán, que le muerde el cuello, que le busca los senos, la empuja contra la pared y le recita un manual de obscenidades al oído, mientras se quita la camisa y el vástago de su sexo va apretando las costillas de Magdalena que naufraga gustosa en aquella fronda impúdica y ya la va arrastrando al catre de faena en el apuro de un sexo sin esperas cuando una voz que se repite la vuelve al mundo real, llegamos señora, y otra vez lo dice, mientras ella se resiente de sus propios desvaríos, se baja aún aturdida del taxi y se para en la esquina de su casa a pensar si no habrá llegado ya muy lejos, si no será mejor olvidarse de este juego, evitar este camino sin recodos. Ya eres infiel, Magdalena, se dice, pues has deseado a alguien con el pensamiento, ninfa plebeya, damisela pérfida, mujer buscalavida y titubea en la puerta de la casa, hay un ligero temblor en su mano al introducir la llave cuando una oleada de rabia le viene, ahora piensa en Manolo, es su culpa, se justifica, su desinterés, su falta de malicia, si hasta dice que el matrimonio termina como una hermandad y la rabia la va llevando adentro y ya está instalando el identificador, la conexión secreta para saber quién llama, para llamarlo, jugarlo, hurgarlo, sorberlo, sexo del martillo, yunque y estribo, timpanorgásmico, viaje fantástico, ovocito que recalca en la endolinfa y desde allí al centro donde la plomada del vientre señala el punto exacto del deseo.

No fue sino instalar el aparato y las llamadas cesaron por un tiempo. Sin embargo, Magdalena ya estaba en la otra orilla, liberada de sus pro-



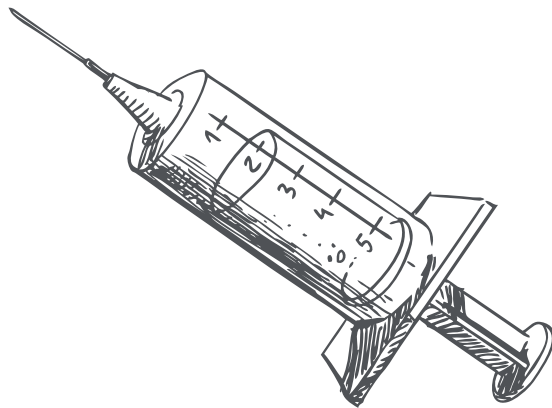
pías convenciones, obedeciendo al llamado de su estro, química animal que no pudo seguir Manolo, sofocado por el repentino agite de su mujer, ella buscándolo entre las sábanas o en las pausas de la tele y él capitulando, incapaz de más de un polvo a la carrera por semana, ¿de dónde había sacado arrestos Magdalena para volver a ser hembra en celo, dispuesta a hurgar sin temperar en los resquicios mucosos de su cuerpo, a lamer los residuos salobres de sus junturas, a sorber su esperma, a chupar su verga pálida? Escandalizado e impotente, apenas la miraba receloso y elusivo, acostumbrado a una educación sentimental soslayada, de puntos suspensivos y de razones interpuestas, más respeto jovencito, de eso no se habla en esta casa, mientras ella se escapaba después del mediodía por los talleres, las obras en construcción o la terminal de buses, haciendo de *voyeur*, tratando de retener en su cabeza los brazos tatuados de un malandro, una lengua exhibida sin pudor a su paso o el promontorio rotundo de una entrepierna a la entrada de un gimnasio, para volver a casa y remolonear en sus fantasías, imaginando ser aquella tipa clásica del porno, a quien por un azar genético la naturaleza premió con un clítoris vicariante, punto G en la garganta, disfrute de un insaciable sexo gutural que le exigía llevar bien profundo adentro de su boca un miembro enorme remecida del placer que nadie más podría disfrutar. Reconoció su cuerpo palmo a palmo, diferenció el olor y el sabor de sus pliegues y antros, gozó de los favores de los muebles, de la guarnición y quincallería de la casa, de un consolador comprado por correo y aprendió para qué le sirve la Internet a la mayoría de la gente.

Y claro, las llamadas tenían que volver y volvieron. Una semana después de instalado el identificador, mientras tomabas el café de la mañana entretenida con el hombre de la moto que trae los periódicos al quiosco de la esquina y la señora del doctor Cantor que va para la escuela de yoga, puntual, enfundada en su pañoleta y sus gafas Gucci, sonó el teléfono. Te detuviste un momento, miraste la dalia, el identificador, el teléfono y lo tomaste entre las manos como quien llega a una cita infaltable sabiendo lo que tiene que hacer. No dijiste tan siquiera aló. Apenas comenzó del otro lado un tímido resoplar que fue *in crescendo*, un aagggghhh que se extiende largo y tenso hasta llegar al filo cortante del



silencio y colgar. Como siempre lo dejaste hacer su parte, tranquilizada en la costumbre y, cuando colgó, en vez de tomarte las manos en la cabeza, en vez de lamentarte, apenas sonreíste cómplice de ti misma y dejaste pasar el rato. Llamaste al número escogido y oíste una voz de hombre desprevenida y madura. Ahora el aló venía del otro lado y entonces sin afanes comenzaste la contrapartida. Desnuda, en el centro de la sala sobre el tapete con el vibrador en una mano y el teléfono en la otra dejabas oír tus requiebros, lamías con tu lengua roja y filante la bocina, descargando un borboteo provocador, agitabas muy adentro aquel falo obediente mientras del otro lado, desarmada, entrampada la otra voz intentaba entender lo que pasaba, dejaba entreabierta la compuerta que su voz entornó, aquel juego que ahora era de dos, aquella compañera que del otro lado lamía la inefable delicia del sexo por teléfono, le hacías saber que en el juego también hay un vaivén, que nadie se come a nadie, que uno también es comido, que al sentirte, él también es aspirado hacia dentro, hacia el vientre de mujer, hacia aquella vagina que también engulle, que al hacerle sentir tus jadeos él tendrá que rendirse y prolongar el juego, las llamadas, algún día te hará oír su voz, te propondrá una cita, te esperará en la esquina y se escaparán a los hoteles baratos del centro y después del amor se quedarán largo rato mirando la humedad del techo cómo avanza, el gorgoteo feliz de la pareja de al lado, el tardo discurrir de la señora de la recepción arrastrando su pierna varicosa, sin pensar en Manolo, sin importarte siquiera que en aquel momento él en su oficina estará mirando a la secretaria de personal y deseará hacerle el amor, y le contará a Arteaga y se pavoneará y le dirá lo caliente que se mantiene y después del café cumplirá su previsible ritual, se sentará en el baño a mirar *Playboy*, a fumarse el primer cigarrillo de la mañana y a desear, sólo por aquella vez, masturbarse mirando las frondosas tetas de *Miss September*.





LA RODILLA ESQUIZOFRÉNICA
MEMORIAS DEL CONGRESO COLOMBIANO
DE ORTOPEDIA

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ



Queridos colegas:

Rufus de Éfeso, quien ejerció nuestra sagrada profesión hace más de dos mil años, postuló que la historia clínica es la piedra angular de un acto médico perfecto. Para empezar, escribió, se debe escuchar al paciente, hacer una anamnesis juiciosa, metódica y prolija, abundando en ella los detalles, sin desdeñar aquellos que nos puedan parecer nimios o incluso los que podamos tomar por deleznable. Según se verá por mi experiencia, dejar de lado este consejo puede, llegado el caso, arruinar nuestras vidas o dar al traste con las de otros. Traigo a revisión para explicitar mejor este argumento, el caso de P.R., paciente de sexo masculino de cuarenta años, remitido a la consulta con un diagnóstico perentorio: “intratable artrosis de rodilla”, sentencia terminal que prescribía, tal y como ordenan los tratados, una cirugía de rodilla, un remplazo tricompartmental de la articulación. No voy a entrar aquí en detalles técnicos, harto trasegados por todos los presentes, pero baste con decir, para información de los profanos, que había que atasar la rótula, cortar un tanto del fémur, otro tanto de la tibia, remplazar por plástico, titanio y acero, agregar cemento óseo, suturar y adiós y hasta la próxima. Mera rutina ortopédica. De todos modos ordené, para completar el protocolo, dieciséis exámenes de rutina, todo con tal de evitar sorpresas inmanejables, por ejemplo, que en medio de aquel desbaste el intervenido hiciera un sangrado incoercible, de esos que exanguinan sin remedio porque se pasó por alto una hemofilia larval, o emergiera de la nada una tormenta tiroidea que hace que la sangre hierva y fibrile el corazón, o que los riñones se luzcan y decidan no filtrar o qué tal que el hígado y lo de más



allá, en fin, me entienden ahora lo que trato de decirles, no se debe obviar ningún detalle, es mejor ser puntillosos que desatentos, así como es mejor ser rico que ser pobre, como decía Pambelé, pero tampoco olviden que por más mangueras que introduzcan por cualquier orificio corporal en busca de marcadores, indicadores o trazas, lo único que no sale en los exámenes es el estado del meollo, o sea, el meollo del asunto, que es como decir la integridad del cerebro y en ese descuido comenzó mi perdición. Me embelesé con los formatos, la reserva de sangre, los dibujitos con la rodilla y las explicaciones de le sacamos esto y le ponemos esto otro y tome su carné del seguro y vaya y hágase estas pruebas y nos vemos el día de la cirugía y todo lo demás y me desentendí de su cabeza. Claro, no es tan fácil, no basta con preguntar ¿está usted loco?, ¿ve visiones?, ¿como cada cuánto le habla Dios? Hay que ser discretos, dejarse llevar por la sospecha, recelar de un fulgor instantáneo en la mirada, ciertos gestos repetidos, conjeturar, indiciar, y, sin embargo, a pesar de que me espinaba la sospecha de que algo faltaba o sobraba o no encajaba, no lo vi sino cuando ya no se podía dar marcha atrás, justo en plena cirugía. Entré a la sala, las manos bien arriba escurriendo agua y clorhexidina y, mientras la instrumentadora me alargaba la toalla, se arrimó el anesthesiólogo y en aire de reclamo burlón me dijo: ortopedista cabrón, de dónde sacaste este chiflado, por poco no lo duermo, me tocó clavarle una tras otra dosis navegables de pentotal, midazolam y haloperidol y no sé qué va a pasar cuando despierte. Se notaba que me quería acusar de negligente aquel payaso del éter, pero más despierto que él, di media vuelta, me concentré en la compresa, clavé la mirada en las radiografías y planeé cómo salir de aquel berenjenal. Sabemos bien que la psicosis puede dar al traste con una prótesis reciente: basta un ataque inesperado del delirio, una invasión repentina del espacio, una orden sagrada que obliga al convaleciente a ir tras el santo grial y adiós rodilla nueva. Secándome las manos, mirando las placas de aquella rodilla desquiciada, repasé los pormenores y comprendí, fatalmente, mi error: pasé por alto esa mirada, el nombre de un medicamento psiquiátrico refundido en medio de la historia y, de pronto, titilando, como en la marquesina de un teatro, apareció la palabra que faltaba: esquizofrenia. Menudo diagnós-



tico, me dije, bonita la hora de caer en la cuenta y qué le hago: si le saco la rodilla pecar de temerario, si no, de negligente, así que improvisé una medida sucedánea con tal de darle largas al asunto, mitigar el error y no dejar que mi renombre quedara por el piso: hice un procedimiento menor, una artroscopía, lavé bien la articulación, retiré tejido sinovial innecesario y decidí esperar. En ningún lado anoté que el paciente estaba loco, sólo di vueltas, escribí babosadas, algo con qué alimentar a los gusanos de auditoría médica. Ya dije que las omisiones también juegan al momento de nuestra condena. Terminada la cirugía, estando el loco sosegado, fui y le hablé, le dije, como si nada, como si no importara que fuera un maldito psicótico, que no había encontrado justificación para operar, que mejor esperaríamos un tiempo, que haríamos otros exámenes, que mientras tanto siguiéramos con los antiinflamatorios y la fisioterapia y después veríamos qué hacer. Me miró receloso y mudo, pero me dije que flotando todavía entre éter y sedantes era natural que mantuviera la boca cerrada. Error de la mirada, pequé de atolondrado, no fui capaz de prever la tormenta de oprobios que su cerebro fragmentado preparaba para mí, la retorcida saga conspirativa que fraguaba su cerebro disociado. Le di de alta y le formulé, mera rutina, veinte sesiones de fisioterapia y analgésicos tipo pankillers, codeína y esas cosas, esperando que lo mantuvieran atontado y sin dolor. A la semana lo volví a ver en la consulta externa. Sin pedir ni tener cita vino, se encaró con la enfermera y se abrió paso hasta mi puerta. Examinaba a una maestra con un túnel del carpo cuando lo vi junto a mí. El gesto era imperioso, los ojos fulguraban, le temblaban las manos, no se podía contener. Traía una carpeta con cientos de dibujos hechos a trazos gruesos al carbón mostrando su rodilla, había flechas, signos de desesperación, giros, paréntesis y todos me señalaban de ser responsable de haberle inoculado, a través de la rodilla, el virus de la inmunodeficiencia. Por su culpa, por su putísima culpa ahora soy sidoso, me lo dijo masticando las palabras, repitiendo, no sé ni cómo no lo vi, doctor sidoso, se le nota a la primera ojeada, tiene pura contextura de vicioso. Paradoja de los detalles: si yo me lamentaba por no haber reparado en su condición mental, él se acusaba por haber soslayado mi gesto crapuloso y por tanto, coincidíamos en



haber eludido un diagnóstico capital, con la única diferencia de que él estaba oficialmente loco y yo no. Sentí un desasosiego a lo largo y a lo ancho, no porque me sintiera culpable, al fin de cuentas, hice lo que hice siguiendo los lineamientos del más riguroso canon ortopédico, me mortificaba todo: haber dado con aquel hombre, haber omitido aquel diagnóstico, estar ahí parado en un consultorio con una maestra añosa a medio vestir, mirando al loco y al dispensador de diagnósticos, sin saber qué hacer atrapados en el mucílago de aquella rodilla esquizofrénica. Se fue cuando quiso y dos días después volvió. Me acusó delante de las enfermeras de haber conspirado con la clínica para inyectarle con neodispositivos nanotecnológicos una dosis letal del VIH y aseguraba que sólo aguantaría, si mucho, un mes más en ese estado. No me amenazó, ojalá lo hubiera hecho, me hubiera justificado frente a los demás de cualquier medida que tomara de ahí en adelante; sólo se exhibía como víctima, real o figurada, de una conspiración fraguada por un ortopedista desalmado y sin corazón, porque además, cojeaba y se veía más mal que cualquiera que se pusiera a su lado, el muy maldito y el rictus de dolor le daba un aire martiroológico que hasta yo, de no ser por mi experiencia, me lo hubiera tragado. No contento con sitiarme en el trabajo, decidí acosar a mi familia. Llamó al teléfono privado, no sé cómo lo consiguió y contestó mi hija de apenas doce años. Le contó que yo pertenecía a una logia conspirativa mundial, que le había inyectado un virus mortal a través de la sinovial de la rodilla y que desde entonces no dormía, no comía, no pelechaba y que su vida estaba en el último cuarto de milla, lloraba, alzaba la voz, suplicaba, me inculpaba, la tuvo pegada del teléfono media hora detallando con lujo de pormenores la historia de su agonía. Mi hija, pobrecita, inocente, medio tonta, educada por monjas europeas, le creyó y me reclamó llorando por el daño que le había causado a ese señor. Al día siguiente, decidido a poner coto a aquella situación, fui donde el gerente del Hospital Universitario y le puse la queja. Le conté que era víctima del acoso esquizoide de alguien fuera de sí, poseído por un furor enfermizo que me estaba taladrando. Sin inmutarse, el burócrata aquel, parásito sanitario que vive a costa de médicos y pacientes me dijo que el sujeto ya había ido un par de veces a su oficina,



que no había que pararle bolas, que lo dejara quieto, que ya se le pasaría. Me pareció inaudito. El muy cabrón, pudiendo mantener a raya a ese sujeto, restringirle el acceso, cortar de tajo aquel acoso, no lo hacía de puro desdén, permitía que el loco me persiguiera por los corredores, pusiera en duda mi fama y la del hospital y se atreviera a profanar incluso la privacidad de mi casa y mi familia. Se lo dije, le hice responsable de allí en adelante de lo que me pudiese pasar y salí bufando para mi consultorio sin saber que allí me esperaban el loco y su monserga. Cuando lo vi me frené en seco y volteé para esconderme, pero ya no había vuelta atrás, me había visto y se vino tras de mí. Metí las manos en la blusa y caminé hasta el otro piso sin darme cuenta de exactamente para dónde iba. Me seguía. Cuando menos lo pensé estábamos en el ala de pacientes psiquiátricos. Cuando vi la placa del pabellón, mejor dicho, cuando la vimos, los dos paramos en seco. Volteé a mirarlo, me miraba. Cuando creyó entrever mis intenciones inició un sartal de insultos alegando que le había tendido una trampa, que lo había llevado hacia el sitio donde lo iban a internar lejos del mundo, lejos de la posibilidad de informar a todos del crimen que la institución y yo como conspirador oficiante íbamos a perpetrar contra él. Levantó los brazos y se vino sobre mí cojo y ostensible, y justo cuando estaba listo a descargarlos iracundos, yo vencido, esperando indefenso el golpe alevé se abrió la puerta del pabellón psiquiátrico y salió el doctor Melilla, el jefe del servicio. Parece que el paciente y el doctor habían tenido una larga relación porque no fue sino aparecer Melilla y el loco se detuvo, atinando apenas a señalarme y a acusarme ante el psiquiatra de mi intentona criminal. Melilla caminó hacia él, lo tomó del brazo y lo llevó de vuelta, le garantizó que nadie lo iba a internar, le prometió hablar con el gerente para que se hiciera una investigación sobre su caso. Al rato apareció el psiquiatra con expresión neutra y me llevó a su consultorio. Le conté mi historia tal y como lo he hecho con ustedes, me hizo toda clase de preguntas, inquiría, me indicaba, lo sé, me trataba por momentos como si el insano fuera yo, me escrutaba, replicaba y cuando sintió que ya iba yo a explotar por el acoso, me dijo que era mi deber tranquilizarme, que aquel loco era de cierta manera un individuo protegido, que cualquier juez lo consideraría un



sujeto inimputable, es decir, que no importara lo que hiciera, él no era responsable de sus actos y yo sí, que por lo tanto era yo el que debía andar con sumo cuidado y no debía dejarme llevar por la rabia o la desesperación. Me lo dijo, con su voz de terapeuta, perentoria pero a la vez sedante y en ese instante, en aquel momento, el doctor Melilla me lo dijo sin decirlo, previniéndome de que no lo hiciera pero a la vez recomendándomelo de manera subterránea y fui consciente por primera vez de lo que tenía que hacer. Ya no había marcha atrás: el loco o yo. Él tenía el camino expedito y abierto y yo apenas una delgada y sutil línea por la que habría de andar, cuidando esta vez con precisión cada detalle, cada gesto y, si Rufus de Éfeso me socorría, terminar de una vez con aquel enojoso asunto. Me dije, para justificarme, para validar mis razones que además de haberse metido con mi hija, de impedirme dormir, de amenazar mi carrera, nada de lo que él hiciera obraría en su condena, más bien sería una corroboración de su desfase y el perdedor y culpable sería siempre yo. Por tanto, si tenía la razón pero no la justicia de mi lado, yo mismo debería proveérmela y debería hacerlo del modo más escueto y limpio posible, sin dejar huellas visibles, esquivando el ganchudo brazo de la ley y eso en Colombia, ya se sabe, es barato y abundante. Así pues, salí esa tarde del hospital y recalé en las comunas, en los barrios donde se vende, vox pópuli, el bazuco, la bareta, lo que quiera, merodeé esperando que todos se voltearan a mirar mi ostentoso BMW, hasta que parqueé mi carnada en una esquina. Dejé el carro encendido y las ventanas bien arriba. Comenzaron a revolotear como coyotes, lentamente y en círculos. Sudaba, resoplaba, me moría, pero me considero hombre resuelto y un buen Aries, no importa qué tan equivocado pueda estar, por donde meto la cabeza la tengo que sacar. Pronto el que tenía que venir apareció. Tocó en la ventanilla con dos nudillos en los que había unas letras tatuadas. Miré el techo y volví a resoplar. Bajé un poco, sólo un poco el vidrio y dije trémulo el santo y seña: marihuana. Cuánta necesidad, contestó con una sonrisa exquisita. Dos cigarrillos, dije a mil subiendo el vidrio. Salió despacio y al rato apareció. No debieron de ser más de cinco minutos pero yo me sentía como pescado en papillote, a pesar de que tenía el aire al tope, de que sonaba *Otoño* de Vivaldi y de



que tenía la camisa abierta casi al pecho. Volví a bajar el vidrio, era un quinceañero de barriada, flaco, pelo negro pleno de gel, cortado a ras sobre las sienes y redundante en el centro del cráneo, las orejas perforadas con aretes, las cejas adornadas con metales asaetados, seguía riendo enigmático; es medio menso, pensé de él, sin imaginar qué pensaría él de mí, cacorrón tramoyero, de seguro y nos comunicáramos telepáticamente a través de un diccionario de barriada sin parar y sin modular una palabra, sólo gestos y silencios. Decidí probar honradez y lealtad soltándole un billete de veinte mil. Salió y volvió, tal vez más conecedor de ordalías que yo mismo, puesto a prueba siempre, resistiéndose a ser él mismo, no el menso sino un verdadero y porfiado canalla, una gamba. Cuando me dio el cambio íntegro supe que era mi hombre, el *man*, *the one*, aquel que yo necesitaba y le abrí la puerta del carro. Se subió sin asomo de desconfianza y sin decir esta boca es mía y partimos. Atrás quedó el desierto suburbano y los coyotes dejaron de rondar. Le dije claro y de una, intentando copiar su jerga, necesito una vuelta, pa'las que sean, respondió tocándose el cabello. Cogí carretera, no quería que me viera algún colega y cogiera fama de marica, aunque, reconozco, también sentía miedo de que a la gamba le diera por robarme el carro, podría devolver de veinte mil, pero un BM es una tentación irrenunciable para cualquiera. Cómo te llamás: Wílder y vos, me tuteó. Inventé algo que encajara, qué sé yo. Sabés manejar, le dije, no, dijo de una, tenés novia, sí pero no importa, respondía preciso y sin pensarlo, entonces me arrepentí del equívoco y mejor callé. Paré cerquita de un peaje y le dije, pasando saliva, necesito matar a alguien. Miró a través del vidrio la ciudad lejana, de seguro buscó su casa de lata colgada de los cerros y volteó a verme no sin cierto asombro, tal vez, no estoy seguro, entreví una luz de desilusión, pensé que íbamos, balbució por vez primera, no, le dije perentorio, se recuperó y respondió, se puede arreglar con un primo que hace esos mandados y entonces convinimos que en dos o tres días volveríamos a hablar. Antes de dejarlo en una esquina lejos de su barrio le di cincuenta mil de adelanto y le dije que le daría otro tanto al final, cuando su primo, el sicario, completara aquel asunto. No le di mi teléfono, claro que no, tomé el de él y lo llamé dos días después y nada, tres, tampoco,



se robó la plata, no era tan güevón, al fin de cuentas, me dije, más vivo de lo que parecía. Sin embargo, al otro día me contestó de una la llamada. Me dijo que el primo no estaba, que apenas había vuelto de Cali de hacer unos mandados, decía mandados como si fuera la cosa más natural, una profesión registrada en la cámara de comercio, como si un mandado no fuera descaradamente y sin resquicios, mandar a alguien para el otro mundo, en fin, que me puso cita para más tarde en el peaje y así fue. El otro se llamaba Jairo y tenía el empaque preciso para ser un sicario de verdad: una Yamaha 125, unos tenis Nike y una Heckler 9 milímetros en la pretina. Se liaba un porro sin afán recostado en aquel animal, los ojos atentos al entorno, movedizos; se chupaba los labios y apenas hablaba lo necesario, todo un profesional el camajo. Me alarmé de pensar que a sólo metros de un peaje se pudieran consumir hechos tan notorios como ilegales: fumar marihuana y negociar un crimen. Este es mi país, pensé, y me acerqué. Me dicen que usted me solicita, me dijo levantando la cabeza. Sí señor, me arrimé humilde. Para qué sería pues, me preguntó: Usted ya sabe, le dije mirando a ninguna parte, eludiendo sus ojos de alce, y cómo lo quiere, me miró fijo mientras daba la primera pitada, no entendí del todo pero apenas atiné a decir la primera bobada que se me vino a la cabeza, que parezca un accidente y soltaron los dos las carcajadas y se retorcían de la risa y sin más ni más se quedaron serios y Jairo me dijo, como lo más normal del mundo, como si no se hubieran reído, sea, el cliente siempre manda. Acabó de fumar y comenzó a dictar sus condiciones, puso un precio, la mitad ahora y la otra al final, me pidió las señas del encargo, una dirección, me previno de lo que me pasaría si no le cumplía y me dijo, antes de prender la moto y salir raudo y sin despedirse, que tan pronto yo le hiciera el primer pago a Wilder comenzaría a correr el tiempo para acabar el mandado. Cuando mencionó la última palabra ya iba lejos y me quedé solo y al borde de un arrepentimiento imposible. Volví a casa sin afán, dando vueltas, entreverando razones entre la capitulación y la justificación, pero cuando abrí la puerta y mi hija se me colgó del hombro y me asaltó a besos, me llené de coraje y de justificaciones, me encerré en el estudio, di cuenta de media botella de whisky y saqué de la caja fuerte el primer pago. Durante tres días no tuve



noticias ni del loco ni de los muchachos que lo buscaban en la Yamaha. Volví a sentir remordimiento, qué tal que el loco ya hubiera desistido, que Melilla lo hubiera convencido, que hubiera amainado su furor y que yo no tuviera tiempo de conmutarle la pena. Llamé a Wilder para cancelar la operación y no me respondió, volví al día siguiente por el barrio y lo busqué. Nada. Me fui, desesperado, a la clínica para confesarme con Melilla, para pedir su consejo y conseguir su intercesión, pero no más llegar al parqueadero nadie menos que mi esquizo me esperaba: qué alivio, casi me sentí fraterno. Corrí a su encuentro, aliviado, conciliador, con ganas de inventarme una historia para que se fuera, se escondiera en algún lado, ofrecerle algo a cambio, qué sé yo, pero no fue sino estar a unos pasos de él, abriendo ya los brazos para saludarle y el muy cabrón al verme saca una cuchilla de afeitar y con ella comienza a tasajearse los labios y a resoplar, piafar como un caballo para que la sangre me bañara la cara. Qué horror, qué desencanto. Apenas tuve tiempo de huir y de llegar a casa, hecho un mar de nervios a encerrarme, tomarme un Lexotan, tres tragos seguidos de whisky y caer dormido en el sofá del estudio hasta la mañana siguiente. Cuando desperté más sosegado me preparé un café y comencé a hojear el diario. De pronto una noticia llamó mi atención: un hombre que recibía atención en el Hospital Universitario, huyó del pabellón de psiquiatría, salió por el parqueadero y mientras corría por la avenida, amenazando a los transeúntes con un arma cortopunzante, fue atropellado por un taxi, muriendo instantáneamente. Seguía una descripción minuciosa del lamentable estado en que quedaron esparcidos los sesos del occiso, las declaraciones de algunos enfermeros que corrieron tras el desgraciado y las de algunos curiosos. Acompañaban la nota dos fotografías: una, en colores con la escena del accidente y otra en blanco y negro, una foto de carné, con el rostro del muerto. Volví a entrar en pánico. Era mi pobre esquizo. De pronto sonó el teléfono y estuve a punto de pasar del pánico al colapso. Hablaba Melilla. No, Melilla el psiquiatra imperativo y categórico, sino el Melilla asustado y quebradizo, que narraba su propio drama comenzándolo justamente una semana atrás cuando convenció a nuestro hombre de que se hospitalizara, intentando paliar el daño que le estaba produciendo la



esquizofrenia paranoide delirante en la cual yo obraba como el referente axial y que no más la tarde de ayer, eludiendo la férrea vigilancia que se le había impuesto, escapó del pabellón psiquiátrico y de manera inexplicable apareció muerto en mitad de la avenida y con la cabeza debajo de las llantas de un taxi. Ahora el gerente del hospital lo separaba del cargo de manera fulminante, le advertía que toda la responsabilidad por aquel caso trágico era suya y amenazaba con llevarlo a los estrados judiciales acusándolo de homicida negligente. Lo que me pedía el psiquiatra era que hablara a su favor, que llamara al gerente y le contara los pormenores del caso, que dijera que Melilla había obrado de buena fe y que el paciente, por decir lo menos, no tenía posibilidad alguna de recuperación. No sabía qué decir, a lo mejor le prometía a Melilla interceder a su favor, pero lo que yo necesitaba en aquel momento era entender lo que pasaba. Tenía un paciente incómodo para el que había contratado un sicario pero el asesino no lo había podido encontrar porque un psiquiatra compasivo y diligente lo había hospitalizado para que no me fuera a hacer daño a mí o no se lo hiciera a él y en medio de su paranoia el paciente se había escapado del pabellón psiquiátrico y después de que yo escapara del parqueadero del hospital se lanzó a la calle en mi búsqueda con tan mala suerte que un taxista anónimo lo atropelló y mató sin saber que esa tarea se la había encargado a otro. No sentí remordimiento alguno en aquel momento, para qué lo niego, si hasta me sentí orgulloso de mi ingenio, de haber previsto para aquel pobre desgraciado una muerte accidental y no una impresentable matanza a manos de un sicario desalmado. En cuanto a Jairo y a Wílder decidí que no les debía nada ni ellos a mí, aunque ese no era su parecer. Al mediodía mientras almorzaba, apareció Wílder por mi casa. No lo podía creer. Reclamaba la mitad final del pago y una bonificación adicional, la liga, tal y cual lo dijo. Pedí que me tradujera la palabra: la liga es la lana, pero no la que se da como limosna, sino como solidaridad, la mejora, la prima. De lo contrario, me hundirían hasta el cogote con la Fiscalía demostrando lo mucho que tuve que ver en la muerte de aquel loco. Me encerré en el estudio para negociar con aquel intermediario que algún día taché de menso. Qué pensaron de mí par de güevones, bramé, no crean que me voy a



dejar chantajear así porque sí, menos de sicarios que faltan a su palabra. No saben con quién se están metiendo, dije irresponsable, intentando ponerme en su nivel. Sabía que algún día me tendría que tragar esas palabras, pero me creía invulnerable y era lo único que salía de mi boca. Cancelé la consulta y aquella misma tarde me fui para Pereira a contratar otro sicario. Repetí el *modus operandi* de la primera vez y en menos de una hora ya estaba ultimando detalles. Le conté la versión de la historia que se ajustaba a mis necesidades, como si estuviera concitando su simpatía o su piedad. Recurrí a su código de honor, le hice ver que el otro faltaba a su ética, porque un malandro también la debe tener, ¿o no? Lo único que lo movió fue la descripción de mi sicario, de Jairo. Detállmelo, me pidió en el tono más perentorio que un profesional lo pueda hacer. ¿Tiene una moto así y así y se peina así y asá? Sí, le dije, intrigado. Estás de suerte, viejo, esa pinta me las debe y llegó el momento de cobrarlas. El plan era sencillo y en aquel momento me pareció infalible: yo llamaría a Wílder y a Jairo y los citarí a negociar en un lugar abierto, donde el forastero pudiera verlos fácilmente y, después de consumado el encargo, cubrir su retirada. De todos modos, me advertió, yo no debería ir a la cita. Como él no conocía Manizales, le propuse que arregláramos el encuentro en un barrio que hay a la salida para Pereira, cerca de la cárcel y tracé a mano, intentando que la memoria no me traicionara, un croquis del lugar de la celada. Una cosa que aprendí de estos encuentros es que cada sicario maneja su negocio con su propio estilo. Cuando le pregunté por el monto del anticipo me alargó un papel con el número de una cuenta de ahorros y me dijo que pertenecía a su mamá y que en caso de morir, ella tendría asegurada una modesta pensión. Por lo demás, la empresa no aceptaba anticipos parciales, sólo el pago total previo a cualquier trabajo. Satisfacción garantizada. Al día siguiente lo llamé al final de la tarde para confirmarle el pago. Llame entonces a los otros, me ordenó y mañana hablamos, fue lo último que dijo. Llamé enseguida a Wílder. Le juré que había decidido negociar, que quería llegar a algún acuerdo. Me dijo entonces que nos encontraríamos donde siempre. No, le dije, vamos a territorio neutral. Viejo menso, de seguro lo pensó y me dijo: bueno, pa' las que sean; y le di las señas. Me senté esa noche en el



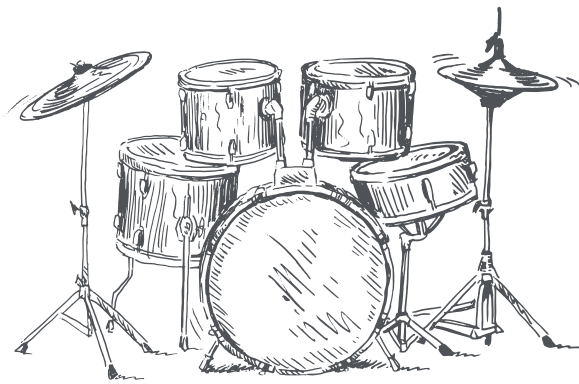
estudio intentando calmar los nervios con una tanda de sudoku hasta que me venció el sueño. A la medianoche sonó el teléfono. Aló. Nada. Volvió a sonar. Buenas noches, es la policía.

La historia clínica es de cierta manera una indagación acerca de una anomalía a la que llamamos síntoma, perseguida sin descanso por el clínico, el cual va recabando un cuerpo de evidencias en la escena del crimen para encontrar al final del sendero un culpable al que llamamos diagnóstico. Eso fue lo que nos enseñó Rufus de Éfeso y de eso trata precisamente esta conferencia. En este caso comencé desempeñando el papel de un indagador descuidado y terminé siendo una anomalía a punto de indiciar. La voz del policía que me hablaba sonaba contenida y distante, libre de las asperezas propias de un indagador profesional. Parecía apenas llenando una planilla, pero yo sabía que me estaba envolviendo en una red inextricable. Quería saber quién era yo, cómo me llamaba, qué hacía y esas cosas. Cuando supo que era médico refinó aún más sus formas y, pidiendo perdón por molestarme, dijo que precisaba hablar conmigo un asunto ineludible exactamente ahora. No me dio ninguna pista pero mi cerebro, presintiendo una amenaza, dispuso los mecanismos clásicos de Selye de huir o confrontar, la respuesta fisiológica al estrés. Yo me preparé para escapar: respiraba sofocado, el corazón latía en mi boca, sentí náuseas, ganas de perderme, de dejar de ser quien soy, pero también, entendí, por alguna razón, que por más lejos que me fuera, todo lo que había por hacer ya estaba hecho. Serví un whisky puro y me senté a esperar. Al rato apareció el policía. Tendría unos treinta y cinco años, lucía igual de educado a como sonaba, pero su mirada era fría y las arrugas en la frente denotaban crispación. Traté de que el miedo no se me notara de a mucho, pero a medida que hablaba la zozobra me iba arrastrando a la condena. Hacía apenas unas horas que había habido una balacera en un barrio de la periferia de la ciudad, resultando muertos dos muchachos, ambos con antecedentes penales, por lo que se supuso, en principio, que habían sido ajusticiados por una banda rival, pero al rato encontraron muerto, no muy lejos de ahí, al motociclista que disparó contra ellos, impactada la cabeza contra el fondo de un barranco. También tenía antecedentes, lo que reforzó



la tesis del ajuste de cuentas. Sin embargo, dijo parsimonioso, hay un detalle, algo que no encaja, me miró fijo y endureció su aspecto: cuando encontramos el celular del primer abaleado y el del último en morir, encontramos que los dos habían recibido llamadas del mismo teléfono y las dos con diferencia de minutos. Es lo único que tienen en común. Eso, y el hecho de que ambos son sicarios. No dije nada, no se las iba a dar tan fácil, que hicieran su trabajo, ya para entonces, me había vuelto un hombre duro. El trabajo, debo reconocer, lo hicieron a conciencia, escucharon los testigos, ataron cabos, siguieron el rumbo de la anomalía, buscaron los síntomas y, para seguridad de todos, apartaron la dolencia. Revisaron mis cuentas, mis llamadas, juntaron testimonios, Melilla halló la oportunidad precisa de salvar el pellejo hundiéndome hasta el fondo y al final, sin oponer mucha resistencia, me entregué al brazo de la ley y desde entonces quedé recluido en la cárcel de varones, muy cerca de donde el sicario adolescente de escapulario en el tobillo vino a matar a mis dos primeros mandaderos. Espero que su madre, pobrecita, tenga con qué vivir. En cuanto a mí, sobrándome tiempo, me he dedicado a atender a mis compañeros de prisión y a estudiar, estudiar mucho, sobre todo la historia clínica, para que nunca más se me vuelva a pasar por alto ningún diagnóstico. Eso en la cárcel sería demasiado peligroso.





**AMORES DE PANTANO:
PAUL CARROÑA Y VIRGINIA PUS**

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ



De Virginia Pus ya no queda mucho por decir. Se la tragó la historia y a decir verdad, la fiebre de los diarios duró poco, tan poco como el amor, porque la malandra rajó en lo breve y se dejó enervar por el incienso de la fama. Se lo advertí desde el principio: nena, te me cuidas, mi amor es de los que queman y matan, si te quemas allá tú, si te metes conmigo es para sufrir, llorar y amar hasta la náusea, todo o nada, infierno y cielo, amor de los pantanos, destino de atorrantes, corazones que laten en el vendaval, borrasca que arrastra lo que encuentra hasta las puertas del infierno. ¿Quedó claro? Claro nene, decía, aquí estoy, pura candela, antorcha de fuego y azufre la más perra entre las perras, Lillith, Astaroth, tu súcubo de amor. Pura cháchara, chica, aflojaste en lo mejor y no fuiste capaz de aguantarme, te dio la pálida, te hicieron mal las alturas, no fuiste capaz de sostenerte en el escándalo, no *baby*, se te fue la candela, te apagaste.

Apareció en La Cucaracha Roja, la taberna donde hicimos los primeros toques, puro olor de *cannabis* y cerveza rancia, paredes desconchadas y un póster inmenso de Jim Morrison que arrancaban las chicas cuando estaban borrachas y se lo comían de a poco y al otro concierto resurgía y volvía a desaparecer entre sus fauces omnívoras, y había días en que se dejaban caer por allí motociclistas barbudos y obesos trepidando en sus Harleys y armaban severa batahola y los muchachos de la seguridad no daban abasto sacando los heridos por la puerta de atrás y los dejaban al sereno para que los perros les lamieran las heridas y el grupo toque y toque hasta que se acababa la marihuana, la perica o los dedos nos sangraban tanto que no había sino salir a meter las manos en cerveza helada y cuando las saqué y miraba mis preciosos dedos tumefactos se



me arrimó y me alargó una pepa, una pepita y yo que nunca pregunto, sólo abro la boca para engullir o cantar, me la tomé y esperé el tortazo. Violento, qué es, chica, pregunté a la mañana siguiente cuando desperté en una casa lejos de este mundo. Dilaudid, papi, dilaudid, bueno para los dolores de este mundo. Me gustas chica. Estábamos en una finca con gallinas vivas y marranos ídem por los lados de Santa Elena que tenía un tío esquizofrénico donde dijo, recalaba por esos días duros de no tener con qué vivir, a cambio de unos polvos más bien escasos que se echaba el vejete. Ella, justo es decirlo, le robaba dinero y comía de lo que daba la parcela. Ese día me la llevé. Después de eso éramos para arriba y para abajo en los conciertos y cuando Charles Atlas y sus Pajeros comenzó a ser conocido y nos llevaron de gira nos fuimos con ella. Fueron once meses trajinados a punta de pepas y perico, ron *ventiado* y dilaudid, puños y patadas, pero, de eso se trataba, ¿o no? Quisieron separarnos, dijeron que era no más una *groupie* cualquiera, que toda la banda se pegó de su herpes, que se lo chupaba al Joe Náusea mientras componía y mil y una pavadas de esas, pero lo cierto es que mientras ella fue la pus *punketa*, la más bandera, la escoria pura, el grupo se mantuvo de lo más prole y lumpen, anarco chabacanería de a de veras, pura unión y tesitura, pero cuando ella se aburguesó, se volvió decadente glamur y cuero farsante, mejor dicho se le acabó la pus y se volvió gelatina, el grupo se fue para la mierda y no volvió a dar pie con bola.

Charles Atlas y sus Pajeros estaba destinado a ser un grupo de metal de esos que abundan y pasan sin dejar memoria. Es verdad que Joe Náusea, Vitriolo Muñetón y Vomi Torres tenían genuina vocación de metaleros, que su alma era oscura y áspera como un castillo gótico, que estaban empeñados en conseguir el acorde más profundo y cavernoso, que Joe era buen letrista y que Vitriolo sabía empuñar bien la guitarra y sacarle sangre y esto y lo de más allá, pero lo que la gente quería era otra cosa y ahí fue cuando Virginia y yo entramos en escena y cambiamos definitivamente la historia del grupo y, si se me permite la inmodestia, del nuevo *rock*, dándole una bandera que ondear, una consigna para repetir: esto no es música, es la anarquía. Los músicos se convirtieron entonces en el decorado mugroso sobre el que representábamos nuestra



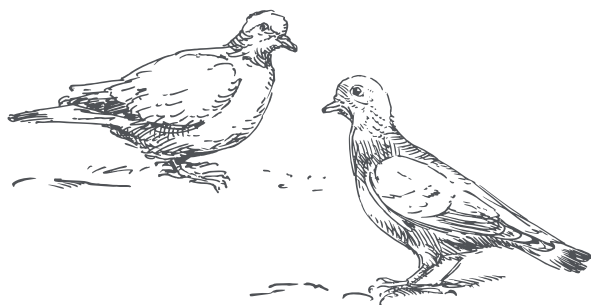
simbiosis tóxica y eso mantuvo cautiva a la prensa y a la galería. Y vendimos todas las entradas. Había que ver los titulares la vez que degollamos una gallina y asperjamos con sangre a los tontos de adelante, o cuando salí borracho a cantar el éxito de temporada *El Papa es un travesti* y metí los dedos bien profundo en mi boca justo cuando terminé de corear *pobre loca romana* y vomité sin aspavientos en la cara de los fans, mi público delirante y ensopado en mostaza, tortilla y vodka. De pronto ya no fuimos la banda condenada de Medellín, parroquia ñoña y beata que nos prohibió, so pena de excomulgo y condenó a cualquiera que osara mencionar nuestros éxitos, qué carajos importaba, si de la noche a la mañana éramos, como pregonó el crítico de *Rolling Stone*, sangre nueva que emerge de los albañales sórdidos de una ciudad tinta en sangre y humo de metralla. Llovieron los contratos y nos tocó pensar en escándalos mayúsculos para impresionar público menos montañero. Llenamos Luna Park, nos pavoneamos por Tlatelolco y, de pronto, lo impensable, nos llamaron de Nueva York y nos propusieron iniciar el *USA tour*. Sobraba la plata, no sabíamos qué hacer con ella, nos bañábamos en dólares, nos atragantábamos de licor y droga, contratábamos limusinas con choferes negros de voz algodonosa para que nos dieran vueltas por Nueva York mientras entonaban viejas canciones sureñas, nos chutábamos a las ocho de la mañana en la piscina del hotel y desayunábamos margaritas con caviar y justo ahí, en lo más fino de la fiesta, nos dimos cuenta de que habíamos llegado al punto más alto y que lo que seguía era, inexorable, la caída. Y ella fue la primera y nos arrastró. No se podía contener, estaba o borracha o inyectada, no quedaba nada de su desparpajo de antes, se aficionó a las compras por TV, a las joyas, a lo que fuera con tal de tener que pagar y contar dinero; lucía vieja, malgastada, no volvió a los conciertos y los conciertos, sobra decirlo, ustedes lo vieron en los periódicos, se habían echado a perder, el grupo andaba a las patadas y yo volvía al hotel para encontrarla a ella entregada a las más absurdas elucubraciones místicas o descubrir que había acabado por lo menos con la mitad del mobiliario y amenazaba con tirarse por el balcón sobre la piscina veinte metros más abajo por el puro placer de dar la lata. En resumen, nuestras vidas se habían vuelto una larga y tórpida sucesión de iras, frustraciones



y rabias incontenidas con apenas unos destellos momentáneos de felicidad esquiva echados a perder por sus caprichos y su incapacidad de mantenerse a flote.

Separarnos no estaba en los planes de ninguno de los dos, porque habíamos construido una inextricable red de dependencias que iban del alcohol a la heroína pasando por la coca y de los insultos barriobajeros a los arañazos, cuando no de los puños a las heridas que tatuaban nuestros cuerpos con corazones hechos a físico cuchillo. De tal modo que llegada la hora de las definiciones surgió la única idea que me pareció plausible, puesto que entendía que ella sin mí no podía vivir pero yo sin ella sí, es decir, que debía deshacerme de ella sin que tuviera que acarrear las consecuencias y sin que el público me quitara el favor que hasta ahora me había prodigado. Apenas me tomó una tarde urdir toda la trama. A eso de las cinco, antes del último ensayo, llamé a un cierto teléfono en los bajos fondos del Bronx, luego de los arreglos pedí un par de Bloody Marys y me senté a esperar. Sólo a esperar. A eso de las siete apareció mi *dealer*. Venía con las manos llenas: cripa, perica, morfina, ketamina, boquita qué querés, me dijo. Alcohol, mucho alcohol. Bebiendo la dejé. Cuando volví la encontré navegando en un mar sin puertos, lista a naufragar. Apareció entonces la heroína que convenientemente había guardado, se la apliqué, me inyecté yo mismo, dejé la puerta apenas entreabierta y, finalmente, desde lejos, desde las pesadas ventanas de mis ojos, vi cómo se arrastraba penosamente hasta el baño. No recuerdo más. El resto fue obra del asesino a sueldo y las fantasiosas creaciones de la prensa: es cierto que nos andábamos peleando a cada nada, como dijeron los tabloides, también es cierto que la víctima no pudo oponer resistencia al asesino. No es cierto, como algunos insinúan, que la mano que apretó su cuello fue la mía, como tampoco que después se me vio sereno, como si me hubiera liberado de algo, como si antes hubiera una presencia invasiva y agobiante y ahora nada, sólo una ausencia larga y plana, la que ninguna inyección podría llenar.





LOS HUESOS DE LA PALOMA

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ



Me acuerdo del ochentaycinco porque fue el año en que Gorbachov se la comenzó a chupar a Reagan, mucho antes de que dijeran que tenía alzhéimer. También fue el año en que aparecieron los *Singles* de Freddy Mercury y *Like a Virgin* de Madonna, del terremoto de México y la erupción del nevado del Ruiz, de la toma del Palacio de Justicia y de la retoma y del incendio y fue el año en que la conocí y después de lo del Palacio la perdí. Todo eso pasó en ese año. De nada de eso me olvido. Tampoco de la primera vez que la vi, donde Diego, el fotógrafo. Había una fiesta y ya estaba dándome contra las paredes cuando decidí que merecía algo más rotundo, así que dejé a un lado el ron y entré al cuarto oscuro que estaba a un lado de la sala y en el mesón un plato japonés donde arrumaban la perica colectiva y cada cual, cuando quería, se arrimaba y aspiraba. Busqué a tientas el plato, invoqué a nuestra señora de las nieves, acerqué lo más que pude mi prominente nariz y comencé a darme un pase hondo, de esos pases que te hacen cerrar los ojos hasta sentir el dolor de las cuencas contra el músculo y, después, con los ojos apretados salir trastabillando y no fue sino abrirlos para verla sola en mitad de la sala bailando sin importarle nada ni nadie con la botella de Absolut en la mano, el aullar alto y quebrado de Robert Smith que siempre me ponía la piel de erizo. No había muebles, no había cuadros, no había espejos, apenas el equipo de sonido en el centro sobre el suelo y el susodicho Mr. Smith, con su música a millón, en la escasa luz que las velas proyectaban, gemía, con un desgarbado contoneo pegado del micro recién salido del vinilo *Kioto Song*:

A nightmare of you of death in the pool wakes me up at quarter to three



GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ

*I'm lying on the floor of the night before with a stranger lying next to me
A nightmare of you*

Verla y alelarme no fueron sino uno y no hubo más rumba sino ella y justo en esas me dieron en el pogo que más me gusta los *punkeros* putrefectos de Sex Pistols-me cago-en todo- y *God Save the Queen*:

*When there's no future how can there be sin we're the flowers in the dustbin,
we're the poison in your human machine we're the future: your future
god save the queen
we mean it man, we love our queen
god saves*

Creo que ensayé un par de brincos desabridos y sin ritmo, o me pasó que se me notaban tanto las ganas de arrimarme que preferí hacerme a un lado y seguir dándole al ron y a la perica, haciendo muecas sin parar y sintiéndome incapaz de conquistar mujer ninguna, cuando alguien se compadeció de mí y puso a sonar *Sweet Dreams* y, sin más, ella se dejó venir por un lado de la sala y se sentó a mi izquierda, con las botas empanañadas, los yines iridiscentes, el pelo azul cortado casi al rape y esos ojos negros y achinados atisbando la nada. Cuando quería, sin mirarme, sin decirme, me pasaba el vodka y yo bebía y se lo volvía y mientras más cerca la tenía más me alelaba de ella y me emborraché hasta que ya no más, hasta el otro día. Cuando desperté, todavía estaba ahí, vestidita y dormida.

Eran casi las diez. Ya estaba bien alto el sol y subía la chispa. Hice café. Cuando volví a la sala ya estaba despabilada, sentada en el piso con las piernas en loto, fumando, esfinge que fuma. Le alcancé un pocillo.

—Buenos días.

No dijo nada, pero sonrió. Bueno, ya es mucho cuento para comenzar, me dije. Tomó el primer sorbo, se llevó el cigarrillo a sus labios muy finos y secos y exhaló una bocanada larga que se abrió paso suave y desganada y sus ojos la siguieron lejos con la mirada y al desvanecerse por fin pude oír su voz, una voz de amanecida, un susurro ronco, un *blues* de domingo:

—Hoy hace seis años murió Sid Vicious.



–Ayer. Fue un 2 de febrero, hoy es 3 –la corregí.

–¿Cómo sabes?

–La fiesta de anoche fue por él.

–¿Verdad? Ni cuenta me di. Estaba taaan borracha. –Se quedó callada. Pensaba en algo y de pronto soltó, mirando el café:

–Qué andará haciendo la mamá de Sid Vicius a esta hora.

–¿Cómo era que se llamaba la jíbara esa? –pregunté.

–Jíbara no, más bien la hippy-lumpen-proletaria británica Anne Beverley –respondió después de una fumada, un sorbo, otra bocanada, una risotada.

–¿No fue ella la heroína pródiga de su último estertor? –pregunté, siguiéndole la corriente.

–Si todavía es de día en Londres debe estar buscando en un estante una botella de ginebra barata y si vive en el campo, como oí, debe estar reborracha, porque el campo inglés debe ser el peor sitio para pasar un domingo.

Se acercó a la ventana y comenzó a mirar el nevado del Ruiz todo despejado y lechoso. Se quedó un rato mirándolo y dijo:

–Me acuerdo del día en que cayó ceniza del nevado.

Me paré a su lado y sentí el impulso cursi y románticoide de pasarle mi mano por su cintura, pero estaba escrito que ella pertenecía al mundo real y dijo, sin mirarme siquiera, casi con aspereza:

–Me tengo que ir.

Se puso las botas y sacó de la mochila un cepillo de dientes.

La oía en el baño cepillarse con furor. Dije duro, para que supiera que estaba hablando con ella:

–Hablando de *hippies*, ¿es o no es el cepillo de dientes la quintaesencia de la higiene burguesa? Porque no hay nada más truculento que un buen salvaje lavándose los dientes, ¿o no?, pero, como ya nada es lo que solía ser, ahora todos cargan cepillo, seda y esas cosas. Leí en un libro de Gore Vidal que el primer presidente gringo que tuvo sus dientes completos fue Warren Harding por allá en 1921. ¿Sabés por qué lo dice? Porque lo vieron usando palillo de dientes.

Salió del baño, sonrisa Pepsodent, como decía mi mamá. Me mostró los dientes y preguntó:



—¿Y cuál fue el primer presidente colombiano que no tuvo caja de dientes? ¿Alberto Lleras? Porque hasta a Rojas Pinilla se le notaba la caja, ¿o no?

—Bueno, Alberto Lleras era bien dientón, imposible que le hubieran hecho una caja así y el otro, Carlos Lleras, era rico desde chiquito, así que nos queda Rojas Pinilla que venía de una familia campesina de plata. Era rico pero montañero, debieron de haberle sacado todos los dientes a los quince para graduarlo de hombre.

Se rió y me tomó del brazo:

—¿Salimos? —me dijo.

El guayabo pasaba despacio y a su lado la vida me volvía. En la esquina entramos a una tienda y pedimos gaseosas frías y el periódico.

—Voy a fútbol esta tarde —le dije—. Juega el Cristal Caldas con el Nacional. ¿Te gustaría ir?

Me miró como si me fuera a quebrar la botella en la cabeza. Me defendí como pude:

—Bueno, a mí me toca, escribo sobre fútbol.

—¿Dónde? —se interesó.

—*La Patria*.

¿*La Patria*? Respete, caballero. Estás jodido, querido: ¿fútbol y *La Patria*? No te falta sino ser negro y judío. No, gracias. Además tengo que entregar una maqueta y debo ir a la facultad a trabajar toda la tarde.

Salimos. No soporto las mujeres que hablan mal del fútbol. Me recordó una tipa con la que salí un tiempo, una feminista radical, furibunda, neurótica, inestable, todo un estereotipo, que terminó viviendo con una prima mía, patética la pobre. Hasta aquí llegamos, pensé. Siguió callada. Llegando al cementerio San Esteban paró, se despidió con un simple y apretado adiós y se fue.

La dejé ir y tomé un taxi. Cuando estaba abriendo la puerta de mi apartamento caí en la cuenta de que no sabía su nombre ni ella el mío.

Después de fútbol pasé por la Facultad de Arquitectura, una construcción en guadua y teja de barro con corredores exteriores amplios, protegidos de la lluvia por alerones de bahareque, que hace como cien años fue estación del cable aéreo más largo del mundo, como todavía di-



cen aquí, con provinciano orgullo. Estaba en un corredor charlando con dos muchachos tomando ron a pico de botella. Tenían una grabadora y sonaba Ella Fitzgerald.

–Hola, dije. Los muchachos ni se mosquearon. ¿Te gusta Ella? Yo prefiero a Billie Holliday.

–Yo también –dijo y sonrió. Se le había pasado la rabia y a mí también.

–Me gusta. Tal vez será por la voz, ¿te das cuenta?, ronca, arrastrada y triste como la vida, además que a cada nada se enamoraba de quien no debía, y esas tipas me traman. No sé por qué pero esa vocación de fracaso me seduce.

Sacó un paquete de Pielroja y me ofreció un cigarrillo.

–¿Todavía estás bravo?

–¿Yo?, no, ¿y vos?

–No, lo que pasa es que he tenido una mala racha y me cabreo por todo.

–¿Me podés ofrecer un ron? –le dije.

Prendió su cigarro con una Tokay. Me llegó pleno el olor dulzón y picante de los Pielrojas. Tomó la botella de ron y bebió un trago largo.

Oscurecía, la tarde era fría y confidente y al fondo, en las montañas de la cordillera se desataba una tormenta eléctrica. Se me arrimó y sin más decir se empinó, acercó sus labios finos a los míos y dejó caer en mi boca el ron. Juro que detrás nuestro Ella susurraba *Prelude to a Kiss*, que comenzaba a llover una lluvia menuda y tibia y que, mientras deslizaba su lengua por mi boca, me decía, te quiero.

–Caminemos un rato –me dijo.

Echamos a andar por la avenida Santander. Paramos en San Carlos y pedimos ron y empanadas para llevar.

Llegamos a mi apartamento.

–Me quiero bañar –me dijo.

–Claro, seguí no más.

Me senté en la cama y armé un bareto. La oía cantar, no sé qué, en el baño. Raro, no había oído antes a una mujer cantando en el baño. ¿Por qué las mujeres no cantan en el baño? Me dije que era buen tema para un artículo o el título de un cuento y que mañana comenzaría a escribir



un borrador. Me paré y puse un casete de Héctor Lavoe. Me volví a sentar sobre la cama y descubrí que estaba asustado, como si fuera un debutante. En esas salió del baño, desnuda. Me remecí y se atascó la marihuana en mi garganta. Me ahogué, qué pena. Retrocedió un paso y se detuvo. Era hermosa y agreste, con su pelo corto y sus senos precisos y en punta, su color tostado y su falsa timidez. Vino despacio y se ahorcájo sobre mis piernas. Me quitó la camiseta y yo, como pude, me deshice de los bluyines. Besé sus senos y le lamí el sobaco. Seguía encima y me tiró sobre la cama. Pasó su lengua húmeda por mi pecho, también pasó su lengua por mi axila, se detuvo en mis junturas, reptaba sobre mí, me invadía. No quise cerrar los ojos para mirarla desde abajo, para verla jadear, insaciada, para que la punta de su lengua asomara por entre los labios apretados, para que el cuello se le alargara a medida que sentía mi sexo entrando y saliendo, engullido por la tibia oquedad de su coño de terciopelo. Bebimos del ron a tragos largos y después, empapados de sudor, ensayamos a bailar un bolero de borrachos.

Cuando desperté, muy temprano, estaba haciendo café y se había puesto mi leñadora azul, la que más me gustaba. Se detuvo a ver los libros en mi anaquel. Me levanté con ganas de más sexo y me acerqué por detrás, le palpé los omoplatos y abrí mis dedos sobre sus tetas firmes mientras le susurraba al oído:

–La pasé muy rico. Podría quedarme contigo para siempre.

Se zafó de mí furiosa, volteó a mirarme desafiante:

–Vos sos güevón, o qué.

Iba a decir: ¿qué dije?, pero no dije nada. Se quitó la leñadora, se puso la ropa furibunda y no paró de alegar. Decía:

–Todos son iguales. Ya la quieren tener a una de sirvienta. Yo lo que quería era tirar. No embarcarme con nadie. ¿Me entiendes?

Cuando abrió la puerta, lo único que pude decirle fue:

–Cómo te llamás.

–Paloma, la madre que te parió.

Y se fue.

Conque se llamaba Paloma, y yo que no le pude decir mi nombre.

A pesar de todo me gustaba, la quería para mí. Fui a la facultad, pero



nadie conocía a ninguna Paloma. Diego me dijo que tal vez Natalia, su novia, la había invitado a la fiesta, pero Natalia no la recordaba. No voy a mentir, ni diré que desde entonces sólo pensaba en ella. La necesidad de verla me duró mientras mantuve su olor rondándome en el cuerpo, las erecciones, las ganas de una paja. Después, como todo, se fue diluyendo en el olor transitorio de una mujer tras otra, y así la fui olvidando.

Hasta noviembre.

Estaba en Bogotá. Hacía vueltas en la embajada de México para trabajar en *La Jornada* y me fui por la carrera Séptima en busca de un restaurante argentino que un amigo me recomendó. Llegué a la Plaza de Bolívar y en la esquina de la Casa del Florero, donde se atiborran los desocupados, la vi parada, absorta mirando las palomas. La vi tensa y me pareció entonces más delgada, los labios secos y apretados, el pelo ahora negro, pero sobre todo las uñas, las uñas que me habían rastreado las espaldas ya no estaban, se las había comido. Pensé en no acercarme, en huir de aquellas uñas carcomidas a punta de desvelos, pero en esas ella dio media vuelta a la cara y me clavó sus ojos negros puntiagudos. Dudó un instante, yo también. Se me acercó:

—¿Qué hacés acá?

—Hola, Paloma. ¿Te acordás de mí? Flavio.

—Tiempo sin verte, ¿cómo te ha ido?

—Bien. ¿Y vos?

Hizo un gesto con la cabeza y nos quedamos parados sin decir nada.

—Voy buscando un restaurante.

—Ah, bueno, entonces...

—No, no, vamos, ¿te parece? —le dije, moviéndome un poquito.

Dudó, pero ya la había tomado del brazo. Se dejó llevar. Duramos una cuadra sin hablar.

—¿Cómo va lo del fútbol? —preguntó distraída.

—Me voy para México.

—¿Y eso?

—Un amigo me consiguió el puesto. Resulta que hubo periodistas que murieron en el terremoto y estamos de lo más escasos, así que me voy.

Arriba de la calle Once, cerca de la biblioteca Luis Ángel Arango,



encontré el restaurante del argentino. Entramos.

Pedí un bife de chorizo y para beber, Gato Negro. Ella sólo bebía y fumaba. Estaba tensa y parca. Cuando íbamos por la tercera botella, por fin, la noté más relajada. Apenas ahí se dejó besar, o me besó, y pude entonces volver a sentir su aroma oscuro y la resina de su lengua impregnada de tabaco. Se vació el restaurante y nos tuvimos que ir. Ya comenzaba a caer la tarde en el centro y me dijo que nos fuéramos a Quiebracanto, un bar por ahí cerca que entreveraba salsa y nueva trova. Apenas abrían y nos acomodamos al fondo, solos. Recuerdo que tomamos ron con bastante hielo y que fumamos a lo loco mientras nos tocábamos sin miedo. Al fin terminamos en un hotel de mal pasar por los lados de la calle 19. Del sexo no me acuerdo, si le juré amor eterno tampoco, del despertar sí, porque fue a gritos y golpes. Encima de mí, ella, y el dum-dum de la resaca que me partía las sienes.

—Hijo de la puta madre, te odio, te odio —aullaba, repetía, mientras me golpeaba en la cara, en las costillas.

Sin despertarme del todo la veía a lo lejos arreciando sobre mí y parándose desesperada buscando la ropa. Me maldecía en todos los tonos mientras se ponía la camiseta al revés y se iba sin un mínimo adiós.

Tenía un par de moretones en la cara y otro en las costillas, pero más que dolor sentía rabia, bronca, se me dio por putear a toda voz a aquella flaca camorrera que había vuelto a mí sin esperarla y me ponía en estas. Comencé a pasearme desnudo por el pequeño cuarto con ganas de darle patadas al mundo. Miré mi cara en el espejo del baño. Le di un golpe al espejo y se deshizo en pedazos. En esas tocaron a la puerta. Pensé en ella volviendo arrepentida. Era el administrador. Me miró extrañado, ahí, yo desnudo. Comenzó a increparme, a decir algo acerca del escándalo, de los que confundían una pensión con un puteadero. En últimas, lo único que quería era que le pagara por el espejo roto.

Busqué mi ropa, pagué los daños y salí a la calle. Eran pasadas las diez. Una lluvia menuda se desgajó de los cerros orientales. En un restaurante pedí caldo de huevo y chocolate. Me fui para donde mi hermano en el norte, hice la maleta y llegué a Eldorado para tomar el vuelo del mediodía a Manizales. Juré mil veces nunca más volverla a ver. En



la sala de abordaje alguien al lado mío comentó que el Eme 19 se había tomado el Palacio de Justicia.

En Manizales, el taxi que me llevó al apartamento se gastó exactamente 17 minutos. Recuerdo que también caía una lluvia pálida y desapacible y que en mi cabeza de resaca comenzó a sonar Tito Puente y lluvia con nieve. El taxista hablaba de la toma del palacio. Mientras parlotaba, le subía volumen a la radio del carro:

—Cómo está eso allá en Bogotá, ¿bala ventida, no?

No quería hablar con nadie y me hice el que revisaba la billetera. El resto del trecho dormité. Ya en el apartamento puse la televisión. Apenas se veía a lo lejos el palacio levantado en esa piedra bogotana amarillenta y seca cimbrado por los golpetazos de los cañones. La balacera era incesante. Seis tanques se alineaban al frente de la inmensa puerta de bronce por donde todos tenían que pasar. Uno de los blindados se adelantó, avanzó por el costado occidental hacia la carrera Octava, giró su armadura otra vez hacia el palacio, ganó lentamente los escalones que llevaban a la entrada, enfiló la torreta contra las pesadas puertas y comenzó a bombardearlas sin piedad. Los soldados progresaban al paso del tanque esperando para entrar. Derribada la puerta, ganó sin afanes el patio central y apuntó contra una ametralladora que los guerrilleros habían emplazado entre el segundo y el tercer piso. Después apareció un helicóptero que sobrevolaba el palacio. Indeciso, dio varias vueltas antes de escoger el techo del costado sur y dejar caer tres o cuatro policías. Intentaban entrar por el cuarto de máquinas, cerrado y protegido por una fuerte armadura de acero. Luchaban contra la puerta impenetrable y el fuego de amigos y enemigos que se cruzaban ráfagas incesantes. Uno a uno fueron quedando en el piso. Todo eso se veía en vivo y en directo. A eso de las cuatro me llamaron del periódico. Querían saber si aún estaba en Bogotá. Qué lástima, me dijo el jefe de redacción, hubiera sido un reportaje del carajo, tú allá viendo todo. A las cinco, las cámaras enfocaron, trémulas, el primer grupo de rehenes evacuados de palacio. Flanqueados por soldados, con las manos en la nuca, venían en una sola fila, favoreciéndose contra el muro oriental del palacio hacia la Casa del Florero, un emplazamiento virreinal de dos pisos donde comenzó la



independencia y que había sido tomado por la milicia como centro de mando. De pronto, en la esquina de la Séptima, justo donde la había encontrado, la volví a ver. Ahora la veía nítida, sorprendida por la cámara en el mismo lugar, como si no hubiera dejado de mirar a las palomas, flaca, filuda, perdida, violentada sin pudor por los soldados. Y yo que juré no volverte a ver y mira dónde te encuentro, Paloma de mis rencores.

Años después, muchos años después, el tiempo que duró el olvido infame y el remordimiento se fue, volvió y se acrecentó, pude entonces recuperar o tan meramente imaginar los pasos que siguió después de dejar aquel hotelito de amores furtivos pasadas las diez de la mañana del miércoles seis de noviembre de mil novecientos ochenta y cinco. A esa hora, sus compañeros de comando del grupo guerrillero M-19 estaban veinte cuadras al sur montando los pertrechos que llevarían para tomarse el Palacio de Justicia e iniciar desde allí, con la corte como rehén, un juicio histórico al presidente de la república, por el fracaso del proceso de paz con aquella guerrilla aficionada al autobombo y la proclama. Paloma era por entonces amante de uno de los líderes del grupo y fue enlistada, a pesar de no ser buena para las armas, porque había hecho dos semestres de enfermería y podía auxiliar a los heridos y llevar vituallas a las brigadas que el comandante de la operación, Luis Otero, había previsto desplegar por los cuatro pisos del edificio. La noche anterior los cuarenta y un guerrilleros que ocupaban dos viejas viviendas de la calle Sexta sur con carrera Octava habían participado en una improvisada fiesta en la que se tomaron fotos con sus uniformes de combate y bailaron hasta antes de la medianoche. Ignoro si notaron la ausencia de Paloma, pero en medio de la verbena el comandante Otero cambió intempestivamente los planes y condenó la operación al fracaso. El plan original decía que los guerrilleros llegarían al palacio por tres frentes: el primero, compuesto por siete guerrilleros ingresaría no más se abrieran los despachos, vestidos de paño y corbata y representarían el papel de abogados y funcionarios judiciales haciendo trámites ante las cortes; el otro grupo, veintiocho combatientes armados hasta los dientes, llegarían en un convoy por la carrera Octava y tomarían el sótano por asalto, y el último, compuesto por siete guerrilleros vestidos de paisano portando armas ligeras, daría



vueltas desde temprano por la Plaza de Bolívar esperando la llegada del destacamento transportado para ganar a pie la entrada principal y así copar por sorpresa todos los accesos posibles. Otero, temeroso de que el comando de la plaza despertara sospechas entre los policías que mero-deaban por allí, a unos pasos nada más del Parlamento y el palacio presidencial, contrarió sus propios planes y ordenó que este grupo llegara en carro hasta la plaza, precediendo el convoy de asalto del sótano y una vez allí abandonaran el vehículo y tomaran la entrada principal. Paloma pertenecía al grupo de la plaza y las órdenes que había recibido eran llegar allí a pie, no en carro. Sin embargo, cuando apareció en la esquina de la carrera Octava, a eso de las diez y treinta y no vio a ninguno de sus compañeros, sintió pánico. Dio tres vueltas a la plaza, paró en una tienda cercana, compró cigarrillos, se tomó un trago de ron y volvió a la esquina de la Octava. No vio a nadie. Entonces, entró al palacio, vagó un rato por el primer piso, se topó con Alfonso Jaquin, un abogado atildado y veterano guerrillero, vestido de paño negro, quien fue comisionado para presentar la querrela contra el presidente de la república y apenas pude notar detrás de su gafas de carey un sentimiento de estupor que ella no entendió por lo que prefirió correr a la cafetería para pasar el horror de la espera y el miedo de que su borrachera de la noche anterior hubiera dado al traste con toda la operación. Se alcanzó a tomar dos tazas de café cargado y sin azúcar, se fumó medio paquete de cigarrillos sin filtro y de pronto, al borde del abandono, sintió un estrépito insondable justo en las entrañas del palacio. Lo único que se le ocurrió, cuando sintió el chirriar de las llantas y el estruendo en el parqueadero subterráneo, fue pararse en la mesa donde tomaba café, todavía con un cigarrillo en la boca, sacar su pistola calibre 22 del fondo de la mochila, disparar al aire y gritar con todos sus pulmones:

—¡Somos el M-19 carajo y nos tomamos el Palacio!

Dos estudiantes de derecho que estaban en la mesa contigua la miraron aterrados, levantaron los brazos en señal de rendición y, todavía con las manos en alto, salieron corriendo hacia el segundo piso. Los empleados de la cafetería, los mismos que después desaparecerían de la faz de la tierra y de los cuales nunca se recuperaría ni siquiera una última



palabra, se quedaron quietos esperando las órdenes de la mujer petrificada que ahora los miraba en silencio, sin saber qué diablos más hacer. Fue apenas un segundo, el tiempo que nos toma darnos cuenta del lío en el que estamos, giró la cabeza bruscamente, se tiró de la mesa y corrió hacia la entrada principal a buscar a sus compañeros, para descubrir, con espanto, que los celadores que protegían la portería la habían cerrado por mero instinto de supervivencia y huían despavoridos a donde pudieran guarecerse. Entretanto, el ruido de la balacera en el sótano era insoportable y los guerrilleros habían encontrado una resistencia mayor de la que esperaban. La situación, de la que tal vez Paloma nunca llegaría a enterarse, era la siguiente: sus compañeros, los que Otero encargó llegar en un automóvil adelante y pasar de largo, estaban a cinco cuadras de Palacio atrapados en un trancón, por culpa del comandante y sus intempestivos cambios de estrategia. Después de la fiesta, la celebración anticipada del asalto, los dos grupos habían dormido en casonas distintas, separadas apenas por unas cuadras, pero los *walkie talkies* sólo los tenía el grupo principal, así que los planes trastocados por el comandante no se entendieron del todo y la operación comenzó a irse por el desagüe antes de que comenzara el asalto. Parada en la puerta, adentro del Palacio, Paloma intentó abrirla varias veces, pero ya las balas silbaban cerca de ella y sólo después de sentir su roce y ver los tanques que se alineaban amenazantes al frente, el miedo comenzó a invadirla por dentro y por fuera y la arrastró hasta el segundo piso donde se resguardó en un barandal de madera esperando que la guerrilla pudiera alcanzar la primera planta. De todos lados disparaban indiscriminadamente, sin reparar en quien pudiera ser alcanzado. El estruendo seguía en el sótano donde ya habían caído tres comandos del M-19, varios guardias y el administrador del edificio. Los guerrilleros que habían entrado temprano en la mañana buscaban afanosos en los pisos de arriba al presidente de la Corte Suprema de Justicia, su máspreciado botín. Nada parecía estar marchando como le dijeron y comenzó a sentirse sola y desamparada. Se zafó de la pretina el revólver y lo tiró en un bote de basura y corrió para ponerse a salvo en la primera puerta que encontró abierta. Era un cuarto de aseo, donde había dos mujeres con los uniformes y las cofias



de las empleadas del servicio. Se sentó en el suelo y comenzó a llorar, primero pasito y después abiertamente, sin contenerse. Como no traía vestido de combate las mujeres no sospecharon nada y no debieron de imaginar que aquella alma en pena, anegada en llanto y horror pudiera ser un asaltante, más bien la tomaron por otra de las trescientas personas atrapadas en aquella aventura suicida. Se acercaron donde estaba, la abrazaron y lloraron juntas mientras afuera seguía rondando la muerte. Cuando entró el tanque del ejército sintieron un fragor de mundo roto, como si el edificio les cayera encima y después vino el ardor y el sofoco de los gases que los soldados disparaban a todo lado. Durante una larga hora sólo sonaron los bombazos y las ráfagas de metralla en un combate sin mengua ni resquicios. Después, un silencio largo y el ruido de botas violentando puertas. Se mintió a propósito, se dijo que los que venían eran compañeros y saldría libre y victoriosa, pero cuando empujaron la puerta y vio al soldado que les apuntaba, el alma se le escurrió hasta el culo. Apuntándolas les pidió identificarse y ella apenas si encontró entre sus cosas un carné falso de una universidad católica. Alzó con las tres y las llevó casi a rastras, casi a ciegas, por un corredor envuelto en humo y escombros, mientras emergían de la nada gris hombres y mujeres, todos mayores, todos de paño oscuro, esperando que a sus espaldas reiniciaran el feroz combate. Pudieron bajar hasta el patio central donde estaba el tanque y desde allí, escoltados por un contingente de soldados hasta la puerta principal vuelta añicos. Cuando llegó a la entrada respiró hondo, miró la plaza, sombría, le llegó un olor acre de palomas desplumadas y se sintió deshabitada. El soldado le golpeó la espalda con la culata, le lanzó un escupitajo y le ordenó poner las manos en la nuca. Alguien detrás dijo que había que tener mucho cuidado, que una que otra se estaba escapando vestida con las ropas de los muertos. Volteó a medias la cabeza intentando conocer al que detrás de ella la acusaba y entonces su rostro apareció en televisión. Yo no entendía. Me pareció vivir una extraña sensación de tiempo circular, como si ella realmente no se hubiera movido de aquella plaza inmensa y nada de lo que hicimos o dijimos hubiera sucedido en realidad. Al mal tiempo bueno es ron. Decidí que si no entendía mejor era emborracharme. Me tomé un vaso largo y



seguí mirando la pantalla sin pensar, sólo las ganas de aturdirme y nada más. A eso de las siete comenzó un incendio en una de las esquinas del palacio y a medida que la ciudad oscurecía se iba poniendo peor hasta que el edificio quedó todo envuelto en llamas. De pronto se suspendió la transmisión, apareció el escudo de Colombia, libertad y orden y enseguida, en directo, desde el estadio El Campín, alegremente, como si nada, comenzaron a transmitir un partido de fútbol. A esas horas Paloma había sido llevada a la segunda planta de la Casa del Florero. En el primero funcionaba el puesto de mando y en el segundo la inteligencia militar. En la sala donde se firmó el acta de independencia alinearon a los sospechosos, los interrogaban, los ablandaban y después los enviaban al batallón de contrainteligencia Charry Solano. La tuvieron varias horas preguntando una y otra vez su nombre, oficio, dirección, qué hacía en el palacio y cuando se cansaban de preguntar la golpeaban. Oía las descargas intermitentes y las explosiones lejanas, el crujir de muebles y archivos al paso del incendio arrasador y debió de pensar en lo que alguna vez le oí decir, que su peor miedo era morir quemada en una hoguera. Aguzó el oído intentando traer las voces que pujaban adentro del palacio. Sólo le llegó un mugido inmenso. Por eso agradeció cuando, como a las ocho, la sacaron de ahí y la llevaron a otro lado. Le vendaron los ojos, la empujaron sola en un campero y tomaron rumbo al sur.

A eso de las tres de la mañana desperté. Todavía tenía la ropa puesta y el televisor parpadeaba. Fui a la ventana, prendí un cigarrillo y pensé en ella largamente. Pensé que nunca en realidad la conocí, que la recordaba hablando de política, es verdad y que en esas su rostro se ponía duro y que era más pasión que argumentos, un poco ingenua, un poco perdida, pero no la alcanzaba a imaginar de camuflado o alzando la mano en una discusión eterna sobre el futuro de la revolución, no, esa no era la Paloma que yo conocí, la que yo conocí gustaba más hablar de música o de alguno que otro libro o de un poema elemental de León Felipe, aunque debo admitir que en mi egoísmo de esa época yo sólo quería hacer el amor con ella. Me arrepentí y decidí que en un acto de decencia iría a Bogotá a buscarla. Me faltaba todavía una semana para viajar al Distrito Federal y decidí cancelar la despedida que los muchachos del periódico



me tenían preparada. En Bogotá revisé en todos los periódicos, averigüé en los noticieros, revisé las grabaciones de esa tarde, la volví a ver vencida y estrujada, pero nadie me dio razón de ella o de su paradero. Lo mejor, me dijo Arrázola, un periodista veterano que había tenido contactos con el eme, es no mover las cosas. Si ella era del comando y te oyen averiguando por su paradero te pueden detener. Me dijo que no había forma de preguntar en la cúpula. Están aislados, escondidos y nadie quiere responder por este fracaso monumental. Ni en la guerrilla ni en el gobierno. A la semana siguiente, el miércoles 13 de noviembre, mientras volaba a México, hizo erupción el volcán nevado del Ruiz y sepultó bajo lodo y piedra a más de veinticinco mil personas en una sola noche. Nadie volvió a hablar del Palacio, como si su historia también hubiera quedado enterrada. Lo que sigue es silencio.

Viví doce años en México, me casé, tuve dos hijos y al fin me pudo la nostalgia y volví a Colombia. Un día, creo que fue por agosto, recibí una llamada en la redacción de la revista donde trabajaba. Era Arrázola. Me contó que en el cementerio del sur habían hallado una fosa común y que se había regado el rumor de que eran desaparecidos del palacio. Me invitó a acompañarlo. No sé qué disculpa me inventé para no ir, lo cierto fue que me sentí de nuevo miserable, espantado de mí mismo, porque a pesar de mi viejo remordimiento, de mi afán pasajero por hallarla, no había vuelto a pensar en ella.

Días después volvió a llamar. Me dijo que iba para el cementerio a hacer una nota. Me invitó. Me negué. Arrepentido, al rato lo llamé. Me recogió en el Land Rover que siempre le conocí. Venía con un fotógrafo, un joven más bien descolorido pegado de un *walkman* que miraba la ciudad indiferente. Mientras conducía por los recovecos de la parte vieja, comenzó a ponerme al tanto de los detalles que se habían venido conociendo, la historia de los desaparecidos de Palacio. Me dijo que los detenidos en la Casa del Florero fueron llevados esa misma noche a varias dependencias militares. Algunos al Batallón de Contrainteligencia, otros a la Escuela de Caballería. Varios murieron debido a las torturas y fueron enterrados en cementerios clandestinos. Uno de esos quedaba en la vía a Villavicencio saliendo de Bogotá, justo después del retén, en un



camino que sube hacia el oriente. El otro cementerio quedaba cerca de la armería del batallón Charry Solano. Allí, en el extremo norte, un poco hacia el oriente pasando una cañada, existe un terraplén donde, según las fuentes de Arrázola, enterraron a Paloma. Tiempo después, poco a poco, en medio de la noche, los militares comenzaron a desenterrar los cuerpos y a llevarlos al cementerio del sur y a depositarlos, me dijo echarlos, en una fosa lejos de cualquier asomo de sospecha. Nos metimos por el tráfico infernal de la carrera 30 y luego desviamos por el occidente hasta llegar al cementerio. Mi semblante era sombrío, el suyo, exultante. Claro, él iba detrás de la noticia, yo me enfrentaba a mis fantasmas. Me empujé por entre las hileras de mausoleos a punto de venirse abajo, todo maleza y malolor. Bordeamos después una tapia apisonada y llegamos a un campo agreste a un lado del cementerio cubierto de árboles y zarzales. Antes de descubrir la fosa vimos los hombres. Los que desenterraban los huesos vestían de overol y los otros, los de bata blanca y brazaletes, anotaban la salida de cada nómina de huesos, la describían y ordenaban arrumar cada osamenta a un lado. Todos se cubrían la boca con bozales. Eran funcionarios de la Fiscalía. Arrázola se acercó al que dirigía la operación. Preferí mantenerme a un lado. El funcionario de la bata me miró receloso y señaló luego al fotógrafo. No se pueden tomar fotos, dijo Arrázola acercándose al muchacho, que se retiró aliviado, se recostó en la tapia y comenzó a fumar como si nada. Arrázola iba y venía. Yo ni me movía. El ritual era escabroso: salían huesos y más huesos, huesos calcinados –arrúmelos allí, decía el hombre, esos póngalos allá, ordenaba–. De pronto Arrázola se me acercó. Me dijo muy serio, tomándome del brazo:

–Mira esos de allá, los que están en ese rincón son los del batallón Charry Solano. ¿Ves aquellos? –me señaló unos huesos largos y afilados–, son de una mujer joven, muerta a quemarropa, pueden ser los de ella. ¿Quieres arrimarte? Tuve un acceso de asco y de furia. Di la espalda, apreté los labios y me fui para la tapia a fumar con el fotógrafo haciéndome a la idea de que nada me importaba.

Volvimos en silencio. De cuando en cuando Arrázola decía algo y volvía a estar callado. Me invitó a unas cervezas.

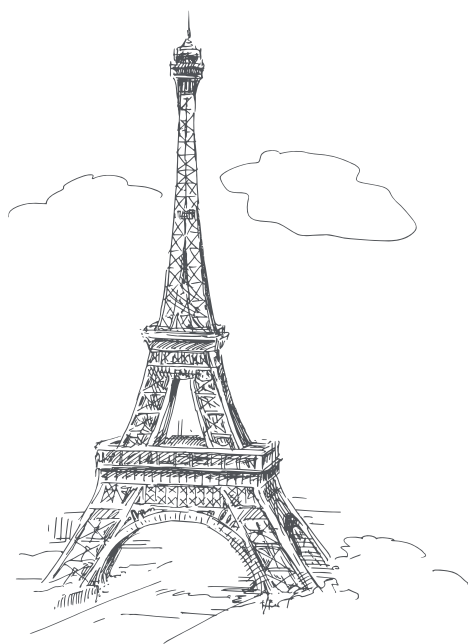


—Otro día. Gracias, viejo, nos vemos.

Al día siguiente me envió un libro de Beckett. *Los huesos de Eco* (Tusquets 1984, traducción de Jenaro Talens). En la página 36 señaló con lápiz rojo estos versos:

Asilo bajo mis huellas todo este día sus sordas francachelas mientras la carne cae hendiendo sin temor ni viento favorable guantilopes del sentido y el absurdo transcurren tomados por los gusanos por lo que en verdad son.





**¿POR QUÉ ME ABANDONASTE
ISABEL SARLI?**

GUSTAVO ADOLFO LÓPEZ RAMÍREZ



UNO

La nostalgia es una mierda, se le oyó decir varias veces, unas en francés y otras en un español rancio, mientras apuraba un Gauloise tras otro, y aunque sonara a decepción o reclamo, se veía que era apenas un recurso de último momento agenciado para lidiar con los recuerdos que, por haberlos desterrado para siempre treintaitantos años atrás, cuando abandonó esta ciudad y juró jamás volver, ahora le venían en oleadas, lo sitiaban y le devolvían las señas de otro tiempo que fue su tiempo, mientras el carro que lo llevaba raudo del aeropuerto al centro, le mostraba entre trazos fugaces la decrepitud de los parques, la carcoma que medraba en las estatuas, los rostros encallados. Se resistía, pero cierta palidez de la luz al mediodía en Chipre, o un tejado de barro invadido por el musgo en San José, le abrían por completo las esclusas a un pasado lleno de aguaceros, olores de brevas caladas, la rémora de una infancia en la que alguna tarde se sintió feliz.

Siempre dijeron que lo habían echado por jugar rayuela con las hostias en el atrio de la catedral. Realmente ese fue el fin de la guerra, el acabose, porque antes hubo otras escaramuzas con su padre, el doctor Jiménez, el viejo, tan infatuado en su bata de cirujano de la vieja guardia, tan jarto y envarado, cuando le dijo sin pensarlo, tal vez por el solo capricho de llevarle la contraria, que no estudiaría medicina y el viejo atronó tajante que sería cirujano o no sería nada, como él, como su abuelo y su bisabuelo, y Jiménez el joven, que para terco, terco y medio, rebelde sin causa como un eterno y galvanizado James Dean, que a todos traía locos, decidió quebrarle por esta vez su prepotencia y se fue, se trasteó



para una pensión de mala muerte en extramuros, para hacer lo que su real gana le dictara, que era solamente fumar la mejor marihuana punto rojo que recién bajaban de la Sierra Nevada los marimberos guajiros, oír completicos por cada bareto los diecisiete psicótricos minutos de *In-A-Gadda-Da-Vida*, emborracharse a media tarde con vino moscatel mientras estaba desnudo leyendo el almuerzo íbidem de Burroughs, volarse para el centro a ver cine rotativo, masturbarse por lo menos cuatro veces al día y de cuando en cuando salir por el centro a armar un escándalo en plena carrera 23 con La Pájara, Benalcázar y Cienfuegos, o meterse en la catedral, ellos y otros cuya memoria derritió la ketamina, a comulgar y escupir las hostias, mientras recitaban los poemas salaces de Gonzalo Arango y Belcebú Herrera, los prominentes poetas de la nada. Así pasó y después lo que siguió fue el exilio. Todos en aquella ciudad sorda, empalada en su moral coriácea y sus curas pulpiteros, se espantaron, sintieron que se les llenó la taza, lo putearon, proclamaron su destierro y él por su cuenta se fue, cómo no, justificado en su rencor, diciendo a quienes quisieran escucharle que se iba con mucho gusto, que lo suyo era el mundo, que se largaba una temporada a descansar en el infierno, que tal vez sería mejor la sordidez de un lupanar o el vértigo de una cuerda en un circo pobre que soportar aquella parroquia de mierda. Y se fue.

Hasta ahora. Cuando lo dejaron en la *suite* del hotel, pidió no ser molestado, *please do not disturb, ne pas déranger*, se encerró solo, solito, pidió que le subieran una botella del mejor whisky que tuvieran, una hielera de cristal y los periódicos de los últimos treinta días. Se sentó en el borde de la cama, fumando y bebiendo a tragos largos, repasando en el periódico las tribulaciones que lo habían obligado a volver tras de su huella y yendo de un canal a otro, un tanto anonadado y perplejo de no saber qué pensar ni sentir, hasta que sin aviso las lágrimas agrisadas de la infancia comenzaron a bajar por las mejillas ya curtidas y los recuerdos desgajados le obligaron, vencido, aún vestido, a encallar en la cama de un hotel.

Se vio a sí mismo desde lejos, como quien mira a un extraño, en la pesebrera de la finca de Santágueda y vio a su padre que desde las sombras lo acechaba, vio a Marino, el primo ufano y ostentoso, recién desempleado de USA, que juraba haber sido uno entre un millón en



Woodstock mientras le ponía entre los labios un moño de marihuana recién apelmazado, pernicia pura y vegetal, y le susurraba las instrucciones que han de seguir los *teen agers* para que el debut canabinoide no los ponga en trance de estallar arrimándole muslos y manos contra muslos, aspirar hondo y suave de tu boca y no dejar que se te escape, primito lindo y virginal, *hold on, hold on my sweet cousin*, aguanta, aguanta que ya te tengo y si no fuera porque el susurro era tan suave y cálido, que de seguro el viejo, que siempre fue un tanto sordo no lo pudo escuchar, el escándalo hubiera sido peor porque además de lo que se vio, se hubiera podido alegrar lo que se oyó, pero lo que se oyó fue una palmada abierta y trémula que el doctor Jiménez asestó en plenas las mejillas, primero a él y luego a Marino, que por un tiempo el joven Jiménez juró que lo que lo tuvo mareado y en trance no fue la punto rojo sino aquella cachetada perentoria. Marino miró al viejo apenas con desdén y sin decir siquiera este porro es mío salió silbando *Sympathy for the Devil*, mientras el viejo Jiménez tomó al hijo de los brazos y lo llevó a rastras hasta su cuarto para examinarlo con furia médica. Le puso una linterna en los ojos y midió el tamaño de las pupilas, notó la congestión conjuntival, se aperció de la sequedad de las mucosas y constató con alarma que su hijo apenas respondía al examen con una risa ataráxica. Mandó traer café cargado y le agregó unas gotas de ipecacuana, le puso una inyección de etilefrina y lo sermoneó un buen rato. Le contó que había visto naufragar varias carreras médicas brillantes y promisorias por los vicios y adicciones líquidas, sólidas y gaseosas, que una profesión como la que había escogido para los dos requería sacrificio y templanza, mientras se paseaba preocupado por el cuarto, indignado hasta la médula, porque la única respuesta que obtenía era aquella risa despreocupada y perversa de su hijo. Lo que nos lleva a otro asunto, volvía arremetiendo el viejo, a ciertas conductas aberrantes que son hijas y hermanas de aquellos vicios. La risa comenzó a pasársele cuando, por efectos de la inyección y del brebaje, sintió el corazón galopante en la garganta, el sudor frío empapándole la ropa, y las entrañas que se abrían paso a como diera lugar. Su padre le dijo que era una emesis loable, el signo eficaz de la desintoxicación de urgencia que había improvisado, pero a él, que quedó envuelto en una costra de



material gástrico y babas, aquel vómito incoercible sólo le sirvió para incubar un rencor sordo y perdurable.

DOS

Llamaban de la recepción del hotel para informarle que el negociador había llegado y lo esperaba en la cafetería. ¿Qué horas son?, preguntó. Las siete. Prendió un cigarrillo, se lavó la cara, se anudó la misma corbata sobre el vestido con el que llegó y bajó al restaurante. Reconoció al negociador por el aspecto pulcro, las maneras oficinales de un abogado y el vestido oscuro recién planchado. El negociador supo que era él por el aire mundano, el vestido caro a pesar de las arrugas, y la mirada desangelada. El negociador se paró al instante, vino hacia él, se le presentó con una cortesía profesional y lo llevó hasta una mesa apartada. Mientras llegaba el café hizo un resumen de los hechos que habían traído de vuelta a Jiménez, muy a su pesar, en un lenguaje deliberado, preciso y sin acentos. Según lo que hemos averiguado, su padre y su madre fueron secuestrados por una banda de delincuentes comunes. A través de nuestros informantes logramos llegar a ellos, pero ya los habían vendido a un frente guerrillero que se los llevó, probablemente para el Chocó. Aún están con vida y piden un millón de dólares por su liberación. Un rescate por cualquier otro medio resulta improbable. Eso es todo. El resto ya lo sabía por los periódicos. Su padre, el viejo doctor Jiménez que frecuentaba la arrogancia, era ahora un octogenario manso en su retiro en una finca en Santágueda, cultivador de orquídeas y bromelias, diabético y preso de un marcapasos, fue asaltado por un grupo de delincuentes armados cuando jugaba tresillo en la casona de la finca, y llevado lejos junto a su madre, la silenciosa Ofelia, a quien ni siquiera le permitieron sacar las ampollas de insulina y la colchicina, a pesar de que la anciana, lo decían los diarios, lloró, gimoteó, alegó, en fin, que su marido sufría desvanecimientos si se pasaba un tanto así del whisky o que se ponía de muerte si en vez de sucaryl le ponía azúcar al café. No se moleste, señora, dijeron, lo decían los diarios, que para donde lo



llevamos no conocemos el whisky y el café se lo vamos a dar sin azúcar. Y alzaron con los dos. Se hizo un largo silencio acompasado por el ruido que hace la candela al encenderse una y otra vez y el aire que se bate al expulsar el humo. Quería hacer varias preguntas de pura lógica cartesiana aprendida. Primero, dijo muy despacio, como si le costara hablar en castellano, ¿por qué alguien secuestraría dos vejestorios para quienes el mañana es apenas una tentación? Segundo, sin esperar respuesta, ¿y la policía, y la sociedad? Finalmente, repítame, ¿delincuentes comunes los secuestraron y los vendieron a la guerrilla? ¿Es eso posible? *Ce nes pas posible, monsieur, vous avez très mal information.* El negociador lo escuchó, impávido, y desbarató su discurso con un argumento inapelable: *nes pas chercher à comprendre, Monsieur Jiménez,* este país no le rinde culto a la diosa razón, más bien vive de espaldas a ella. O, como dijera Borges, Colombia es apenas un acto de fe. Jiménez abandonó entonces el sitial de prepotencia que le venía de familia y que su estancia europea había apenas refinado y miró por primera vez a aquel hombre sin desconfianza. Era el abogado que los hermanos de su padre habían escogido para tramitar el rescate, un hombre que había abandonado la universidad para unirse a una guerrilla maoísta y había vuelto decepcionado de la guerra y los guerreros. Después de terminar Derecho se exilió en Francia y aprendió los recursos del derecho de gentes. En la siguiente hora le explicó a Jiménez, paciente y convincente, todo lo que hay que saber sobre la violencia en Colombia y las artes que se tienen que oficiar para sobrevivir sin claudicar. Al final, seis tazas de café y diez cigarrillos después, Jiménez creyó haberlo entendido todo y le dijo que llamaría a París, hipotecaría la casa y tendría en unos días el dinero del rescate. Podríamos conseguir de una vez los pasajes para viajar al Chocó el fin de semana, ¿no le parece?, le dijo al negociador. Este se rió apenas, movió la cabeza y le dijo punzante: usted no ha entendido un carajo. Esto no resulta tan sencillo. Es algo más macabro que un secuestro extorsivo y el hecho de que usted demuestre que quiere hacer lo que ellos piden, lo único que va a lograr es que sientan que lo tienen cogido de las pelotas. Los secuestradores viven en lo profundo de la selva, caminan de noche y vigilan de día, no tienen en que entretener las horas más que en los rehe-



nes, así que harán todo lo que esté a su alcance para alargar las cosas, las llevarán hasta el límite, intentarán timarlo, lo humillarán y, si es del caso, si su padre o su madre mueren, traficarán con sus cadáveres, demandarán que para devolver los restos, alguien más joven se intercambie por un cadáver, para que también sienta la humillación, la degradación y lo bajo que puede descender un hombre a manos de otro, hasta que, como dijo Primo Levy, un día no tenga sentido decir mañana. Jiménez se derrumbó. Agachó la cabeza, la escondió entre sus manos y volvió a llorar.

TRES

Salió al final de la mañana con el negociador para la finca de Santágueda. Durante el viaje tuvo la misma sensación mordiente en la garganta, la impresión de que las cosas en aquella ciudad no cambiaban, sólo se cubrían de una pátina apizarrada y triste. Ya en la casona recorrió los cuartos sin afán, se entretuvo largo rato en el álbum familiar fijándose con minucia en detalles que antes había pasado por alto, sobre todo porque ahora no estaba de por medio el desdén y la rabia adolescentes, sino apenas la memoria haciendo guiños. En la buhardilla descubrió un juego de monopolio, un patín prehistórico, el misal nacarado con el que hizo la primera comunión y, en un baúl, al fondo, resguardado por la colección de revistas de Superman y el Pato Donald, emergió un póster doblado de manera minuciosa. Lo desplegó intrigado, como tanteando una puerta corrediza que lo llevaría sin compasión otra vez por el laberinto de la nostalgia. Cuando al fin se abrió, la vio, después de tanto tiempo, exuberante, ampulosa, la cabellera negra azabache cayendo sobre los desnudos hombros, las tetas inabarcables y la mirada de posesa. Isabel Sarli había vuelto. Puso el póster con cuidado sobre el piso, se sentó encima del baúl y se sumergió en la marea de recuerdos. Estaba en el viejo teatro Olimpia, una construcción de aspecto republicano venida a menos, depositaria del sedimento cinematográfico de México y Argentina. Vagaba una tarde en la que se voló de clases y descubrió un afiche que anunciaba la última película de la Miss Argentina 1955,



la mujer pulposa que todos querían poseer sobre un paisaje patagónico. No fue nada difícil sobornar al portero quien, con el billete en la mano, literalmente lo empujó contra la sala a oscuras apenas iluminada por el centelleo de la pantalla. El ambiente adentro era como el que Fellini recordaba en el Cinema Fulgor de Rimini: opiáceo. Una nube de humo vagabundeaba sobre la media luz de la sala toda llena de hombres, adolescentes sin cédula, obreros cesantes, dependientes, uno que otro intelectual y una visible representación de pensionados. El teatro era sucio, húmedo y olía a sudor y ambientador apelmazados en un aire ruín, aunque todos parecían pasarla muy bien, fumando sin mengua y charlando a los gritos. Gritos que no más se asordaron y devinieron murmullo cuando se apagaron las luces, comenzó la película y apareció ella y delante de ella sus tetas descomunales en *eastmancolor* y treinta y cinco milímetros, pura grasa y jugosa hormona el plop de sus gomas, el gesto fulgurante de quien ruega ser poseída, montada, ultrajada, todo con tal de calmar aquel fuego que calcina, los labios entreabiertos y un cigarrillo que se consume lentamente en el camino mientras recita un texto dramático con su argentina voz y la cámara cae en picada sobre la curva ingurgitada de sus senos y el galán de mirada intensa y agitada, que no puede contenerse en su arrebato, la toma y le muerde con furia el carmín dulce de sus labios, hurga en sus senos, se ahoga en ellos y la diva, apenas entrecerrando los ojos, se deja palpar, toquetear, al son de la música desatada en un fragor nibelungo y la cámara comienza a girar frenéticamente sobre la pareja rendida a su pasión furtiva. Jiménez, bi-soño impresionable, quedó marcado por aquella aparición. Se obsesionó hasta sentir una devoción tóxica, inventó excusas para faltar al colegio, dejó de comer en el recreo con tal de conseguir con qué costear la boleta del teatro y después incursionó en la cartera de su madre para comprarle un afiche al portero alcahueta. Cada vez que podía se encerraba en su cuarto y consumaba un ritual trémulo y prolijo, abrir el baúl, sacar las revistas, hurgar en el fondo, desdoblar el afiche, mirar fijamente aquellos ojos negros, quitarse la ropa, rogar en susurros que aquella diosa lúbrica se apiadara de él, gemir, desfallecer, proteger el material de toda mácula, volver a ponerse la ropa, doblar dilatado el devocionario, guardarlo en



la custodia de madera y reponer las revistas sin dejar huella. Le escribía cartas que nunca enviaba, le proponía matrimonio, se ofreció como sirviente y hasta pensó en ir a buscarla a Buenos Aires para que su sola presencia y devoción la convencieran de dejar a Armando Bo, su esposo y el director de sus películas. Cuando se fue furioso, cuando llegó el día del exilio y borró de un tajo su pasado, ella, sin remedio, también padeció la purga y el olvido.

Cuando retornó al hotel aquella tarde hizo dos llamadas. La primera a Hélène, su esposa, para preguntar por los trámites de la hipoteca. Tú sabes lo engorroso que es esto, no por nada todo burócrata se siente francés, pero ten paciencia que todo saldrá bien, le respondió. Luego, sólo por curiosidad, llamó a Buenos Aires a Francisco Caviglia, su compañero de estudios de publicidad en Nanterre, para preguntarle por la Coca Sarli. Caviglia, mucho más joven, no tenía idea de quién era la tal Coca, pero le prometió averiguar. Entretanto, el negociador trataba de obtener pruebas de supervivencia de los dos viejos y Jiménez navegaba sin brújula alguna por aquel maremágnum de recuerdos, desazón y remordimientos.

Ocho días después el estanque de la incertidumbre seguía intacto. La guerrilla no respondía las súplicas que Jiménez hacía por radio, tampoco hicieron efecto las diez mil hojas impresas que mandó lanzar desde una avioneta sobre las selvas del Chocó con la foto de los viejos y la promesa de una paga rápida y discreta, la hipoteca no se hacía efectiva en París y sólo Caviglia llamó para dar cuenta de sus averiguaciones. Isabel Sarli todavía vivía, tenía 73 años y después de la muerte de Armando Bo no se había vuelto a casar, tenía una casa en los suburbios, que compartía con diez perros, seis gatos y una lora. Jiménez, por su parte, intentando retornar al control de sus asuntos, decidió volver a París para acelerar los trámites y hablar con una organización sueca que, tal vez (lo sugirió el negociador, “como último recurso”), podría ayudarle con la guerrilla, desde allá. Jiménez ya no intentaba entender, sólo obedecía. Volvió en el vuelo de Air France un sábado gris, jurando que nunca regresaría a aquel país de bárbaros y que si liberaban a sus padres les pediría perdón y se los llevaría a morir a París.



Hélène, su esposa, contó después que nunca había visto a Jiménez tan desasosegado como en aquellos días, perdido en los meandros de un tiempo que siempre había mantenido a buen resguardo. Él le contaba, cuando se desensimismaba, una que otra historia de su infancia y su adolescencia, una estancia que parecía hasta ahora clausurada. Tampoco entendió, la tarde en que llamaron de Colombia y supo que todo se había ido a la mierda. Estaba sentado al teléfono oyendo al negociador contarle que lo habían llamado, por fin, para decirle que los dos viejos habían muerto de muerte natural y que, por esa razón, habían decidido cobrar por el rescate de los cadáveres apenas la mitad. Jiménez escuchaba envuelto en un silencio metálico y parecía ausente cuando se levantó con la bocina en la mano y vio a la mujer que pasaba por el café de Deux Magots, una vieja setentona de pelo muy negro, largo y descuidado acompañada de una cuadrilla de perros y gatos que danzaban a su alrededor. Al otro lado de la línea el negociador esperaba una frase, al menos una interjección, mientras Hélène miraba a su marido absorto, contemplando a la mujer, pegando la frente al vidrio y repitiendo un nombre que ella nunca había oído y nunca volvería a oír, antes de que él saliera corriendo y se perdiera para siempre en las calles de París.

